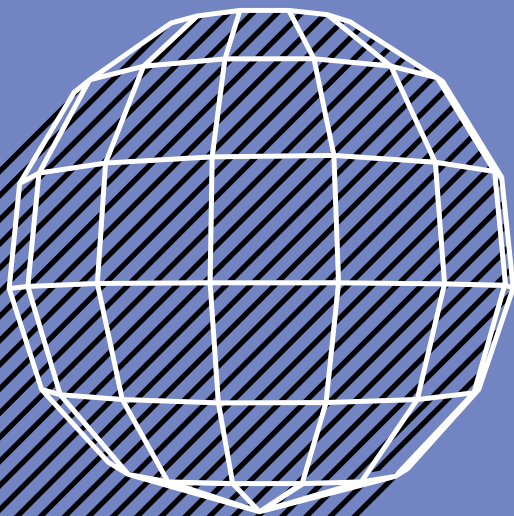


---

# Antología de poesía cuencana de cambio de siglo (XX – XXI)

Estudio y selección de  
Carlos Vásconez G.

---



Antologías de Poesía y Fotografía Cuencana



# **Antología de poesía cuencana de cambio de siglo (XX – XXI)**

Colección Antologías de Poesía y Fotografía Cuencana

**GAD Municipal de Cuenca**

**Pedro Palacios Ullauri**  
Alcalde de Cuenca

**Tamara Landívar Villagómez**  
Directora General de Cultura,  
Recreación y Conocimiento

**Universidad del Azuay**

**Francisco Salgado Arteaga**  
Rector

**Genoveva Malo Toral**  
Vicerrectora Académica

**Raffaella Ansaloni**  
Vicerrectora de Investigaciones

**Toa Tripaldi Proaño**  
Directora de la Casa Editora



DIRECCIÓN GENERAL DE  
CULTURA, RECREACIÓN  
Y CONOCIMIENTO



Dirección Municipal de Cultura,  
Recreación y Conocimiento



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa  
Editora

---

© Antologías de Poesía y Fotografía Cuencana

**José Corral Corral / Verónica Andrade Aguilar**  
Coordinación Proyecto de Fomento Editorial y  
Gestión de Bibliotecas

**Guillermo Gomezjurado Quezada /  
Juan Carlos Astudillo Sarmiento**  
Coordinación Proyecto Casa Editorial, Edición

**María Lucrecia Sofía Maldonado Rodríguez /  
Catalina Sojos**  
Pares revisores

**Sebastián Carrasco Hermida**  
Corrección de estilo

**Diego Lara Saltos**  
Portada y Diseño gráfico

**Fernando León Guerrero**  
Diagramación

**ISBN:** 978-9942-847-56-0  
**e-ISBN:** 978-9942-847-57-7

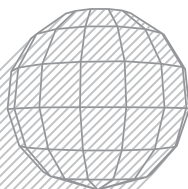
Dirección General de Cultura, Recreación y  
Conocimiento del GAD Municipal de Cuenca - 2022  
[www.cuenca.gob.ec](http://www.cuenca.gob.ec)

# Antología de poesía cuencana de cambio de siglo (XX – XXI)

Estudio y selección de  
Carlos Vásconez G.



**Antologías de Poesía y Fotografía Cuencana**





La **Colección Antologías de Poesía y Fotografía Cuencana** es una propuesta que quiere revalorizar y visibilizar la producción artística en estos dos lenguajes y en nuestra ciudad, en sus poco más de dos siglos de historia.

Así, los seis tomos: *Antología de la poesía cuencana modernista*; *Antología de la poesía cuencana de vanguardia*; *Antología de la poesía cuencana contemporánea*; *Antología de poesía cuencana de cambio de siglo (XX – XXI)*; *Antología de poesía cuencana escrita por mujeres*; y *Antología de fotografía cuencana*, se presentan como hojas de ruta para comprender la trayectoria de las letras y la imagen gestados en estas tierras, sus picos más elevados y los diálogos, puntos de encuentro o de distancia que los discursos que han generado construyen, para constituirse en nuestra tradición lírica y fotográfica.

De esta manera, la Dirección General de Cultura, Recreación y Conocimiento del GAD Municipal de Cuenca, a través de su Proyecto Casa Editorial y en coedición con la Universidad del Azuay y su Casa Editora, ponen a disposición del público esta **Colección** que quiere ser detonadora de muchas más investigaciones y publicaciones, desde la certeza de que la historiografía literaria y visual en nuestra ciudad es un camino en constante construcción y, sobre el cual, esperamos aportar con solvencia y claridad.





## Los bardos. Estudio crítico

El poeta es el traductor de la tierra. ¿La tierra le habla, la inmovilidad le habla, le habla el futuro? El poeta trae a nuestros sentidos lo que nos hace falta percibir pero, más que nada, le da voz a eso que queremos que sea percibido. No existe nada que queramos percibir más que el tiempo. Y el poeta, sin saberlo, es la voz de su época. Pero también la voz de las cosas, ya que las cosas necesitan ser dichas como nunca antes fueron dichas. Este, el de que cada cosa que hay en el mundo demande una palabra justa, *nueva* es un anhelo privado, una pretensión lógica del poeta. Y no solo del poeta: los seres humanos designamos a todo con un nombre propio, y cuando encontramos algo inexplicable, o innombrable, nos apuramos en cantarlo, en rodearlo —o someterlo— en base a nuestras palabras. Y es que lo que las cosas llevan por dentro, sus entrañas, es melodía. De esa melodía surgen las formas, las asimetrías y las geometrías por igual.

¿Cómo creamos el espíritu de una época si no es mediante el canto? Y el espíritu de todo un pueblo ¿no es el resultado de todos esos cantos, de la reiteración somera de estos, que, paradójicamente, sirven para abrir camino hasta los misterios más profundos de una sociedad y, por supuesto, de cada individuo que la conforma?

Con el fin de conceptualizar adecuadamente al proyecto de escritura de este libro, el primer planteamiento se dirigió a la selección de los autores y sus obras de excepción. Para ello se pretendió, en la medida de lo posible, ser objetivo y democrático y dar con los poemas que exciten la sensibilidad del lector.

Hay que considerar con claridad que el respeto a la poesía en Cuenca viene desde hace mucho tiempo, por lo que no es ni ha sido nunca la cantidad de poetas cuencanos, laureados en o fuera de la urbe, el factor determinante para que nuestra ciudad se vea considerada como cuna de poetas y ciudad digna de ser renombrada como altiva, majestuosa y, precisamente, “poética”. Es la calidad de sus productos artísticos —que han trascendido en el tiempo, que se siente —cosa que solo el rigor estético puede causar en un ser humano— que trascenderá su tiempo, lo que significa que lo definirá—, y, en este caso específico, literarios, la que define esta denominación y la avala. Por este motivo, el criterio de selección ha obedecido al de un conocimiento cercano del poeta y de su obra, sin olvidar que cada lectura de un poema o una pieza literaria, digna de ser llamada de ese modo, se reinventa ante nuestros ojos, sufre una ligera modificación estética.

Las piezas reunidas en este volumen obedecen a un impulso por encontrar el equilibrio entre belleza y eternización de la imagen. La imagen es perfectible en literatura, por el mismo hecho de que cada lector ve con ojos distintos lo que se ha escrito. Cada lector abona algo más al texto leído, cada lector impone su presencia y su carácter, consiguiendo, románticamente, que lo leído adquiera dotes literarios aún mayores. He ahí la grandeza y la actualidad de los poetas inmemoriales.

En cuanto al orden de la antología, este ha sido dispuesto en sentido cronológico. Empecé a esbozar este estudio como un manuscrito que me divierta, que me atraiga a mí mismo a leerlo, a revisarlo, a sentirlo como parte mía, al ser cuencano y ser escritor. Curiosamente, he presentado varios de los poemarios de los autores aquí reunidos y, sin embargo, cada

una de las selecciones que aquí se presentan responde a una revisión nueva —dado que ha pasado el tiempo—. Hay que reconocer que trabajar sobre poetas es trabajar sobre las materias que nos forjan: el olvido y la memoria, los sueños, los deseos y la imposibilidad de verlos concretados, la indiferencia del prójimo y la urgencia de cantar por el bien de este ser que, de manera deliberada, no nos presta atención. Hay motivos equivalentes a la vida, en estos versos.

El trabajo fue denodado desde un principio, y complejo. Pero motivador, sin cuestionamiento alguno. El mayor reto fue, sin duda, el de hallar algo de claridad en mis términos. Me valí de lecturas previas y de una mentalización para que estas no abrumen mi escritura, ni la acomplejen al punto de transformarla en algo impropio. El resultado, en lo personal, es satisfactorio, ya que en la misma práctica de escritura encontré varias soluciones a algunos recursos estilísticos que en principio se me hacían oscuros de los autores. Es así que debo enfatizar que, por curioso que suene, el levantamiento de texto puede darnos una visión distinta de una obra establecida. Tipear lo ya escrito es como caminar sobre el camino punteado de un mapa, con la emoción creciente de acercarnos al tesoro.

Cuenca, ciudad de arte y lírica, está profundamente signada por el arrebato poético. Gracias a una historia rica en manifestaciones y apoyos que llegan desde diferentes partes, la poesía se ha visto amparada en esta ciudad, que de por sí es un poema grande y en constante desarrollo. La poesía es básicamente una actitud, una forma de mirar y de habitar el mundo. Al respecto, G.K. Chesterton, el poeta británico, asegura en *El hombre que fue jueves*: “Y si sus moradores no eran poetas, no por eso dejaba de ser poético el conjunto” (1908, p. 19), conclusión que aplica al pie de la letra con Cuenca y la cuencanidad. Comarca de poemas andantes y de circunstancias poéticas o “poetizables”, las voces nuevas o novísimas tienen un despertar felino ante la vida y ante el cosmopolitismo imperante entre la última década del siglo XX y las dos primeras del XXI. Se trata de un despertar desperezado, que vuelve a nuestros autores personas atentas a los andamiajes del mundo y en particular a los acontecimientos de los sentidos.

Recordemos que una cultura en buen estado de salud es una cultura múltiple, diversa. Es por eso que ninguna antología hace un mero recuento de los actores y sus actos, mucho menos tratándose de una antología de poesía. Este estudio, así, no puede ser sino eso, un examen sincero de la gran poesía cuencana del cambio de siglo y de milenio, que está muy bien custodiada por extraordinarios y sensibles lectores que entendieron los arcanos y la naturaleza de la poesía.

De igual manera debo puntualizar que, para la selección de textos en esta antología, abordaré libros impresos y alguna que otra revista, para abreviar y conceptualizar de modo eficaz el trabajo de marras, aunque esto, por mucho que lo lamente, me obligue a relegar a escritores de un gran talento que pudieron publicar uno que otro de sus poemas de manera suelta. Sin duda, no habrá quién refute la certeza de que hay poemas sueltos, como fragmentos de novelas, cuentos, ensayos, que hablan más que toda una obra y que poseen una calidad que libros, volúmenes, colecciones enteras ya anhelarían. Esto acorta al universo, objeto de este estudio, pero también le brinda cuerpo. Y la palabra necesita un cuerpo, no para manifestarse, no del cual salir, sino en el que reflejarse.

Los lectores de poesía cuencanos han sido más bien eclécticos que otra cosa. No hay una influencia marcada o definitiva. No hablo en forma general, sino más bien de forma particular. Nuestros poetas han leído con atención e intuición a Walt Whitman de la misma forma que a Lorca o Cavafis. Y las nuevas generaciones hallan un manantial en la cotidianidad, en las frases sueltas o incluso en murales desperdigados por la urbe. La influencia entonces, si bien es una agonía permanente, ya que nos impulsa al parricidio, en el caso del cuencano lector y potencial escriba, surte un efecto de mezcla que depura el gesto poético. Por eso, los poemas no son extensos, porque la palabra se concentra en su propia esencia.

El respeto que impone la poesía cuencana es sonoro y, digamos, natural. Esa búsqueda de una expresividad profunda y acertada nos aproxima a una manera de ser poética. Estamos detrás, no de la realidad en la expresión, porque eso es desde ya un alarde, una pretensión de lo imposible, ya que la palabra no puede en esencia describir la realidad. Verbigracia el caso de la palabra silencio. Si bien existe una palabra para definir la ausencia de sonido, el sonido de esta palabra, así sea el que mentalmente timbra cuando pensamos en ella, anula la misma posibilidad de lo que significa. Las palabras, *ergo*, están diseñadas para decir casi lo contrario de las cosas, por más que provengan de raíces etimológicas, casi siempre vinculadas al ruido que tiene todo, al ruido que causan los objetos, las personas, la existencia. Bajo esta premisa, o consciencia, el poeta en Cuenca está detrás de la forma expresiva idónea, la que produzca el hecho estético.

Hace varias décadas, el poeta latinoamericano cantaba por el poeta que estaba por venir. Era un profeta. Este poeta ya nació y no es del todo mesiánico. Es un poeta múltiple, con varias voces, que edifica esa construcción en varias partes de sus ciudades y con distintas perspectivas vitales. En la actualidad, la pluralidad del poeta surge, como no podía ser de otra manera, del decurso de su época. Una época en la que la variedad parecería ser lo prioritario, en la que el mundo nos lleva a amontonar casi como *cliché* y en un enorme collage los acontecimientos, entreverados con los sentimientos y las ilusiones, forman un mosaico en el que se puede mirar todo como si lo hiciéramos desde un Aleph. Y los poetas, de manera particular en esta Cuenca de los Andes, han entendido que la habilidad estriba en lo sucinto. Lo detallaré a continuación, al demostrar que de los mejores ejemplos de poemas cuencanos se extrae su animadversión a la globalización, pero su adecuación a protestar en medio de ella. Si se busca el centro de algo, se lo puede destruir. El gran inconveniente, de tintes kafkianos, es que mientras se busca ese centro, nos destruimos. Esta no es una condición *sine qua non*, ya que hay modelos perfectos de armado verbal que pueden conmovernos y demostrar que la regla es evidentemente real.

Aquí recaigo en la última de mis observaciones previas. El ansia ignorada por el propio poeta es la de volver indestructible lo que ha convertido en verso. Por eso la poesía perfecciona lo que la inspira. Por eso las musas, antaño entregadas a los deleites de la palabra, se fortalecían con esta y demandaban a los hombres mayores cantidades y mejores poetas. El mundo, tal y como lo conocemos, se destruirá cuando no haya quien lo cante.

Sé que la musa es un “instrumento” arcaico, pero sigue vigente, solo que con otra denominación. A veces, hay quien las llama flores y otras veces hay quien las llama ojos. Solo que hemos olvidado que a la musa le gusta posarse en la mirada. Luego, desciende hasta la lengua, que es el lugar que habita el poeta. No otro. No hay otro.

Como gran contradicción, el poeta natural —que difiere del otro, del poeta esteticista, laborioso, confeso minimalista, que deplora de todo artificio o explosivo verbal—, propone que todo texto se puede destruir con el lenguaje. La destrucción puede ser desafortunada. No se trata de un constructo sino de una revolución que con aires anárquicos trata de traerlo todo abajo. A esta variación del sentido poético pertenecen la penúltima y la última generación de bardos morlacos, quienes, santiguándose todavía, le piden a Dios la fuerza para no creer en Él por lo menos unos minutos. Ya que el lenguaje es el espíritu y el cuerpo que maravilla y se deja poseer por la gloria, termina siendo lógico que sea ese mismo cuerpo el que pueda desintegrarse gracias a un proceso visto a la inversa. El Dorian Gray que vea su rostro retratado con pulcritud envejecerá hasta hacerse humo, o el olor del humo. Y sin embargo, no se trata *grosso modo* de un ánimo destructivo, porque está el gesto creativo de por medio, el empleo de la palabra como salvataje.

Por un aspecto estrictamente generacional, no entrarán en esta antología autores noveles aunque de edad proveya, que emprendieron el arduo y magnífico empeño escritural a inicios de este milenio y finales

del anterior, de los cuales hay varios. Sea porque no encontraron ese camino con prontitud o sea porque necesitaron expresar lo que tenían estancado por años, lustros o décadas, hay nombres que convendría incorporar a esta selección, ya que, sin pertenecer a una generación establecida, o por lo menos al no crecer en el centro de una, resolvieron escribir poemas que podrían pasar tranquilamente los filtros más estrictos de crítica y recepción literaria. Son personajes sueltos que quizá escribieron toda una vida, cual anacoreta, en condición hermética, mística, en busca, sin pretenderlo, de una sabiduría proverbial, y que el rato menos esperado rompieron a llenar papeles. La consagración no les llegaría porque, sencillamente, no la buscaron toda una vida. Nombres como Eugenio Crespo Reyes, Claudio Cordero, Marcelo Vázquez Montesinos, Verónica Durán —a quien incluyo en este párrafo por su aparición fugaz y más que prometedora en la escena poética morlaca—, Eddy Castro, Aurelio Maldonado, Mario Cordero Alvear, Carlos Vásquez Mosquera, Julieta Zamora, Alfredo Vivar, entre tantos otros, muchos de los cuales podrían ser calificados como “poetas populares”, que retratan más allá de sus emociones, las del conglomerado que los rodea y marca. Todo esto da cuenta de la consabida vena poética del cuencano. (En este punto, cómo olvidar a un cantautor que merece el respeto de la poesía de nuestra ciudad: Renato Alborno, heredero de la mejor musicalización poética de Joan Manuel Serrat, por ejemplo. Sus elegías a Cuenca, a sus ríos, mujeres trigueñas y sonrojadas, sus aves con su cantar madrugador, las maneras de caminar sobre el adoquinado y su folclore multicolor y plural, merecen un reconocimiento dentro del “bardolatrismo” que nos signa).

Los escritores convocados a esta selección tienen distintas propuestas líricas. Hay austeridad, y un yo lírico casi confesional, que sirven para anular las distancias entre lo que se dice y lo que se escribe, así como entre lo que se oye y lo que se lee, que, aunque en principio parecerían formar parte de una misma categorización, no lo son. El que lee no es el que escucha u oye, y el que escribe no es quien dice o habla.

Y, sin embargo, aquí surge un estado de apariencia, un lenguaje que habla para entender lo que piensa. Curiosa, providencialmente, el poeta atrae a las palabras mediante su habla, su lenguaje. Las palabras son el señuelo de las palabras mismas. Recordemos que a veces se escribe para olvidar, que a veces no hay mejor remedio que una buena zambullida en palabras para una inauguración del sentir, de la memoria, del universo.

La poesía cuencana siempre ha estado a buen recaudo. Sus cultores son mujeres y hombres a los que los caracteriza su inquietud, su rostro risueño y su aventurera forma de plasmar lo que es o no la belleza: es decir, que están siempre en camino de encontrarnos como lectores. Nosotros somos el destino inequívoco del poeta. Nosotros, quienes, cuando sentimos el arrebato poético, nos volvemos, aunque sea por un instante fugaz e inatrapable, poesía.

Una antología nunca está de sobra, aunque de por sí siempre se cometan errores, u omisiones. El caso de la poesía cuencana, y en general de toda la literatura cuencana, urge de una serie de trabajos de selección, siempre bajo la mirada de una persona en específico que ofrezca su perspectiva ante los potenciales lectores, que resuma el palpito vital de la cuencanidad. Recalco que nunca está de sobra, porque gracias a estos libros, que proliferan por el orbe a cada instante, tenemos una idea, siempre aproximada, nada más, de la realidad cultural de un pueblo y de su manera de percibir la vida y al prójimo. Tener una antología entre manos es casi como tener el ritmo, las cadencias, los deseos, la pasión y el silencio fundamental de una agrupación de seres humanos, y la posibilidad de entenderlos o, por lo menos, disfrutar (sí) de sus frustraciones y logros por igual. Una antología está hecha para caducar. Su fecha de caducidad, sin embargo, es una opción entre otras, incluida la posibilidad de que tan solo sea una fecha que esperaremos eternamente. De esta antología perdurarán unos, y otros serán enviados al baúl del olvido, por razones que solo el porvenir puede dictar y comprender.



En el prólogo de Eduardo Espina a *Tempestad secreta*, este afirma que “la poesía ecuatoriana no ha tenido buena suerte con las antologías, en caso de que tal abstracción de la incertidumbre, eso que llamamos suerte, fortuna o casualidad, sirva para intentar explicar el sistemático desdén padecido por esta lírica andina” (Espina, 2010, p. 20). Eso es cierto por varios factores. Uno de ellos es que la poesía está viva, y una antología tiene un no sé qué de mausoleo, en el que entrarían aquellos cuyos pasos ya fueron dados y a quienes las generaciones posteriores deberían seguir. Este es un caso *sui generis* en que se recopila el trabajo, todavía en proceso, de estos poetas que, posiblemente y mientras redacto estas líneas, estén escribiendo también, y quizá un gran poema en contra de las antologías. Pero si profundizamos más, podremos distinguir un problema crónico que aqueja al hábito lector ecuatoriano, y es que no nos agrada que “nos den escogiendo” lo que viene a ser lo mejor.

Este trabajo de investigación que he emprendido no tiene sesgo alguno ni preferencias, y tratará, de todos los medios posibles, de atrapar la objetividad en las lecturas que me han conmovido y que en un momento específico capturaron mi mente y mi cuerpo. Y aquí se atraviesa otro detalle nada insustancial, y es el hecho de que conozco personalmente a casi todos los autores nombrados, con la única salvedad de Alexandra Vásquez.

Lamentablemente, algunos de ellos todavía no cuentan con una obra íntegramente suya publicada, aunque el espíritu de la poesía daría libertad para que eso no sea un pretexto para su exclusión. Sin embargo, el objetivo original de esta antología es el de recoger piezas publicadas en libros físicos o digitales, con las normas elementales de la edición. Con este criterio, poetas prometedores, sutiles y fascinantes como Agustín Molina o Cristina Flores quedarán fuera de este examen.

Si bien existen poemas “suelos”, extraídos de revistas —en particular de *Salud a la Esponja*—, el sentido de la selección se da a partir de escritores que tienen por lo menos una obra íntegra publicada bajo su firma.

Desde cierta visión, la poesía es un interrogatorio que el autor se hace a sí mismo. A veces sus respuestas son capciosas y a veces son tan acertadas que parecen la materia de la cual están forjados los sueños.

A partir del año 90 del siglo pasado, un grupo de jóvenes recoge la herencia lírica que grandes voces desperdigaron por la ciudad. Por sus corredores, calles, viviendas, mercados y ríos. No hay una designación específica para este grupo, ciertamente reducido, y -no menos- ciertamente especial, que tomó la posta con una visión singular de la poesía. Es este el primer grupo de poetas que abordaré de manera detallada, que en cierta forma son una generación y que algunos de ellos se condujeron como tal: Galo Alfredo Torres, César Molina, Cristóbal Zapata y Franklin Ordóñez.

El tiempo, otro gran poeta —quizá el poeta maldito por antonomasia— permitió que con los años apareciera otra generación, esta sí más amalgamada y numerosa, a inicios de la primera década del siglo XXI. Con expresiones disímiles al punto de no parecerse en nada entre ellos, resonaron la que Tito Astudillo, en la presentación de la colección de poesía y relato *Aunque bailemos con la más fea*, llamaría la Generación del 2000, compuesta también por algún que otro narrador, aunque decididamente integrada por poetas: Juan Antonio Serrano, María de los Ángeles Martínez, Juan Carlos Astudillo, Sebastián Lazo; a la que, gracias al proyecto de creación “Salud a la Esponja”, se adherirían paulatinamente varias voces, como Juan Fernando Auquilla, Sebastián Endara, María Paula Martínez, Pedro López, Yesenia Espinoza, José Corral o Alexandra Vásquez.

Y, por último, un casi colectivo todavía más numeroso y que va en aumento, con la figura de Isabel Aguilar Jara a la cabeza, junto a poetas cuyo despegue da el mismo ánimo que en las dos generaciones anteriormente nombradas: Camila Peña, Juan Fernando Bermeo, Jorge Aguilar, Cristina Flores, Agustín Molina, Guillermo Gomezjurado Quezada, Isabel Ochoa, Verónica Neira. No todos ellos con un amplio corpus escritural que los anteceda, pero todos ellos heridos de poesía y con un talento vigoroso y dúctil.

*A priori* resulta engorroso realizar comparaciones de nuestros trovadores con poetas universales, no obstante que existan similitudes que no serían desdeñables para entender el engranaje y la arquitectura de un poema. La estructura, los juegos semánticos, las imágenes y la utilización de un ritmo pueden ser las señales de esos parentescos o de aquellas apropiaciones, voluntarias o no. La vida del poeta no tiene por qué ser un impedimento para visualizar un poema, tampoco tiene por qué ser la forma más apropiada para esa visualización. La vida no es un disfraz que usa un ser humano para olvidarse que es poeta. Lo que es definitivo es que las causas y los azares del poeta sí suponen su obra posterior, esta que puede translucirse en el texto. El poeta se abandona a su verso, a la melodía y al lenguaje.

Imaginaré una ciudad, llamémosla Cuenca, llena de “maravillismos” en cada recodo, que deberá ser cantada por quienes la habiten, casi como una maldición, de la que solo se desprenderán elaborando un canto que le haga justicia. ¡Que no se desmida en elogios vacuos ni se sucumba a la tentación de la verborrea! Como en la ficción narrativa, la ciudad es una extensión del personaje principal, en la vida real lo es del poeta que la celebra y detalla. La voz del poeta será tan grande como lo será la memoria de la ciudad de marras.

No optaré por el cansino recurso de la biografía, pero aprovecharé —¡cuándo si no!— de la cercanía con estos personajes variopintos y en gran medida entrañables que trazan la faz de la Cuenca contemporánea, para adentrarme, y traer conmigo al lector, hasta los arcanos de nuestra mejor poesía. Todavía nuestros autores recorren nuestras calles, ven detrás de sus ventanas, leen y se apasionan —con el lamentable caso de Juan Antonio Serrano, desaparecido en condiciones bárbaras hace cerca de una década—.

Cuando he tenido la dicha de presentar un poemario, la sensación predominante es de un regocijo intervenido por el terror. Algo similar a trepar a la primera Montaña Rusa o al inminente estallido en la boca anhelada del primer beso. La poesía es una fórmula que transparenta al poeta. Nos deja ver a través de él, quien ha tenido la delicadeza de detener al tiempo para nuestra serenidad. Al acabar de leer el poema, el reloj salta como loco y se adelanta hasta ajustarse al tiempo de los demás. Pero no, nadie sale indemne de un gran poema ya que nadie es invulnerable ante el lenguaje que puede inmovilizarnos y aun así darnos más vida que cualquier otro tipo de vértigo: “La raíz del lenguaje es irracional y de carácter mágico [...] La poesía quiere volver a esa antigua magia. Sin prefijadas leyes, obra de un modo vacilante y osado, como si caminara en la oscuridad” (Borges, 1996, p. 10).

# “Salud a la Esponja” y Oniria Cía. Ltda.

Antes de pasar a los poetas, es oportuno dedicar unas pocas palabras a dos revistas literarias que han aparecido en la ciudad. La primera, la revista de creación *Salud a la Esponja*, que fue el fruto de un grupúsculo de mozalbetes universitarios que recorrían la Universidad del Azuay en busca de sus pares. Esta ha albergado, por más de dos décadas, a las novísimas voces cuencanas y nacionales. Hay poemas en ella que merecen formar parte de una antología, aunque no hayan tenido hermanos menores que los acompañen en la travesía que es formar parte de un libro. Todavía hoy en día, la revista goza de muy buena salud gracias al empeño de Juan Carlos Astudillo Sarmiento, mentor y promotor del proyecto. *Salud a la Esponja* puede ser considerada una revista que se presta para la experimentación continua y eso la hace un laboratorio literario. Sin periodicidad establecida, esto ha servido para que gane en experiencia y en ínfulas por existir. En este compendio no puedo ni debo omitir a ciertos autores que han recorrido sus páginas y cuyos textos son, con justicia, motivo de antología.

*Oniria Cía. Ltda.* es el libro que resultó del magnífico Taller de Poesía CiertaPalabra, impartido por el poeta portovelense Roy Sigüenza en la Casa de la Cultura del Azuay. De este trabajo salieron poemas que igualmente merecen ocupar un sitio en esta antología.

## **Galo Alfredo Torres (1962)**

*Cuadernos de sonajería* fue la primera colección de poemas publicada por Galo Alfredo Torres. Su aparición fue rutilante y, anunciada por el título, sonora.

Desde esta primera obra, el trabajo de Torres con el barroquismo es notable y sincero. La sinceridad predominante en toda su obra la vuelve un imán y a nosotros el hierro que no puede eludir su convocatoria.

Dice el poeta: “Boca que bocas me dibujas / y en mi boca conversas”: la reiteración de una palabra en un mismo verso o en dos consecutivos acentúa su presencia y justamente provoca en el lector que la repita hasta sacarle el jugo. Las palabras tienen un jugo que es posible encontrar con esta forma de gustar. No las tragamos, y cuando algo no es tragado se convierte en placer, en sensualidad. A esto nos lleva el barroquismo literario, a besar las palabras: “Boca, que toda boca me borras / y en mi boca enmudeces” (Torres, 1996, p. 36).

Ya en su primera obra, Torres enseña una aplicación al poema que hacía falta en la lírica cuencana. Es un hombre que siente al poema en todas sus partes, por lo que cada una de estas le es indispensable, como una mano o un ojo.

En junio de 2003 aparece *Sierra songs*, que confirma el poder poético de Galo Torres, y en la que nuestro poeta antepone la sensualidad de la mirada a la de los sentidos en general. Es como si nos aconsejara que las cosas deben ser deseadas todo el tiempo, pero jamás ocupadas o poseídas.

La belleza de los poemas de Torres radica en el empleo cadencioso de la lengua, en la sutileza con la cual coloca las pausas y los silencios. Torres es un maestro al separar versos, ya que prioriza su musicalidad, con el tesoro que todo lenguaje porta de manera oculta y que le corresponde al escriba descubrirlo ante los lectores.

El eje de *Sierra songs* es el cuerpo: “El cuerpo es un caníbal / (muerde la carne con un arma blanca). / Es el más antiguo nómada, / y solo reposa en territorios amables y blandos” (Torres, 2003, p. 28), nos recuerda en “*Esprit de corps*”: “Mas la piel es la orilla” (Torres, 2003, p. 27), que es donde se vuelve a nacer. El renacimiento está en la otra parte de la piel, en la exterior, en el sueño de lo que el otro, el amado, lleva por dentro. “Nos damos a luz”, dice Torres, “las manos alumbran” (2003, p. 27).

En un libro tan completo como *Sierra songs*, lo mejor está vertido en cada página, aunque yo me decanto por el poema en partes que da título al libro, en el que gobierna una suerte de consciencia ecológica, a través de una analogía permanente entre el cuerpo amado, que es indestructible para quien ama, el propio, que en cambio puede destruirse si eso conlleva el cuidado del ajeno, y la naturaleza, expresada en una sierra con curvaturas, ondulaciones, afectaciones y traiciones topográficas. “Nuestro cuerpo es la meseta en que habitan todas las especies” (Torres, 2003, 49).

Con imágenes penetrantes, metáforas que no son ubicadas por el poeta de manera gratuita, Torres, en este poemario, es un urbanista, un decorador expedito: “Nuestro pelo ya anuncia un silencioso asilo de ancianos blancos” (Torres, 2003, 49).

El más entrañable de los poemas de *Sierra songs* es “Balada para una mujer sola”, en el que, además de hablar de “la más pequeña hija del Señor”, que es a su vez “la hermana mayor del error y el dolor de toda mujer” (Torres, 2003, 63), recurre a su afición más profunda y a lo que más conoce: el cine, aludiendo a *Lo que el viento se llevó* o a Natasha Kinski. “Por su cuenta mi madre ha deducido que el amor / es una bella historia solamente cuando es contada por otros”. Hay una herida abierta en este poema, una gota de sangre que es limpiada sobre el papel con una lágrima.

Cinco años más tarde, Torres nos obsequia *La canción del invitado*, para muchos su libro más logrado. En la contratapa del libro, el poeta Iván Carvajal asegura que “en la poesía de Galo Alfredo Torres ha de verse entonces el esfuerzo, que proviene de una firmeza ética, para sostener ese sustrato de la memoria, de cierta serenidad contemplativa, que acoge sin embargo la compleja trabazón de la experiencia” (Carvajal, 2008, contratapa). Más helenístico que en sus dos primeras obras, la madurez escritural se convierte en esa “firmeza ética” que señala Carvajal.

En uno de los poemas de este libro, “Bóvedas”, Torres se ejercita con soberbio adiestramiento sobre la misma materia de las palabras y del verso y del poema:

Si fuera posible,  
como una sábana, como una piedra,  
levantar o destapar estas líneas (las palabras:  
bóvedas custodiadas por una espina y un compás)  
y mirar debajo o detrás,  
se verían entonces, un poco ajados,  
quizá lejanos pero legibles,  
ciertos nombres o unas manos,  
las verdaderas voces que han dictado el poema.  
Pero no,  
porque una mística común  
hermana a la sábana, la piedra y la palabra  
en el oficio del secreto y del silencio.

(Torres, 2008, p. 54)



Esto nos invita a debatir si será cierto que hay una voz que nos dicte nuestros pasos y actos, a la vez que nos ayuda a comprender el sino del poeta, que se piensa a sí mismo como el instrumento que ocupan los dioses para expresarse.

Con *Fila india* (2016), Galo Torres se adentra en dos territorios que conoce a la perfección: el de la imagen, fruto de su cinefilia, y el de la disciplina a carta cabal. Continúa en su indagación de lo mínimo, del detalle, con una concentración preciosista, pero nada folclórica.

Su letra no es la de un domador del poema, es la de quien se deja conducir por este, como en *Alfanhui*, la novela de Rafael Sánchez Ferlosio, cuando el labrador permite que el buey decida por dónde debe arar, ya que sabe que el animal comprende mejor que él la tierra. El *preciosismo* en Torres es la factura con la que hila, y preciosismo es invocar el agua y el polvo por separados hasta fusionarlos y dar con el barro del cual nacemos y al cual regresaremos, como dictan las *Escrituras*.

La hermosa primera parte del libro, “Tiempo de vivir”, nos remonta a situaciones cotidianas y entrañables, contadas con una maestría que mezcla a la perfección la vulgaridad de los sentires con la exactitud de la pleitesía —que Torres se la rinde a distintas etapas y personajes de una vida colmada de sentido—.

Hablé de disciplina y subrayo este aspecto de su proceso poético, en vista de que es una carencia, cada vez más evidente, en los poetas de las novísimas generaciones. La disciplina que impone el leer con asiduidad, pero, sobre todo, con respeto, es decir, con atención.

Con esa atención —cuando no fijación— es con la que se deben estructurar los poemas, con la contención propia y consciente de las ínfulas que a todos nos gobiernan. Hay un trabajo señero de sujeción,

de freno del furor verbal. El poeta sabe que regar palabras en demasía ocasiona que el terreno aledaño produzca maleza y hierbas dañinas que, al cabo, afectarán al objeto de riego. Esa disciplina de jardinero hace de los poemas de Torres bonsáis cuidados hasta en su último pormenor.

La fortaleza de un poeta puede radicar en su detenimiento, en la asimilación perspicaz del entorno. La contemplación de lo que hay alrededor es la que genera el templo que es el mundo. Templo, todo lo existente, dependiendo desde qué ángulo sea advertido. Torres ve las cosas con esa admiración primigenia, con los ojos de quien las ve por primera vez, de quien las bautiza con su canto, ocasionando que tanto el observador como lo observado adquieran alturas celestes. Un hilar fino, en busca de enviar las ondulaciones de su poesía a destino cierto, como ya lo hacían los antiguos gnósticos.

Hablé también del aspecto cinematográfico en su obra, puesto en escena en el apartado “Tiempo de conversar”, celebración de la amistad y la desmesura. Se tratan de poemas en prosa a los que se les impone el ánimo de relator de Torres. Son microcuentos, en su mayoría enormemente tiernos, incluso cabría el término “ingenuos”, que introducen en nuestras venas la ligereza de la vida, su mundanidad. Aquí, el espesor se difumina, y la fantasía ocupa un sitio de primer orden.

Galo Alfredo Torres invocará, por y para siempre, a la diosa y por eso a sus adeptos. Hay un devocionario continuo en sus poemarios, magnificado en *Fila india*, con sus homenajes —en forma de traducción, su tercera pasión artística— a Clarice Lispector, Seamus Heaney, Edgar Lee Masters, entre otros.

La traducción es un oficio poco reconocido, y menos llevado a efecto, entre nuestros intelectuales contemporáneos. Galo Torres, con valentía, practica esta misión histórica de enmendar el desmán babélico con astucia y elegancia.

A Galo le agradan las altas horas de la noche, y le agradan los amaneceres. Amante de los animales, entiende que el logro estético está en la pausa. El detenimiento le es básico no solo para comprender su propia esencia de poeta sino para alargar la mano y tocar que en el lugar de la nada siempre hay algo esperándolo un poco más allá. Intuyo que se trata de su lector. Se trata, sin duda, de un poeta reservado, o sea, de un poeta de verdad.

## César Molina Martínez (1965)

En “Deriva del extranjero”, el sabio prólogo a *La leña del fuego*, la poesía reunida de César Molina, Cristóbal Zapata (2009, p. 9) asegura que: “Ya sea en prosa o en verso, debido al elevado voltaje narrativo de su escritura, Molina actúa siempre como un cronista, un diarista, un reportero de su situación personal”, y, por más que pensemos que todo poeta está reportando su personalidad, su temperamento, su nervio en cada verso, en el caso de Molina Martínez este aserto gana en contundencia.

El poeta se fija en el pasado más remoto, en lo veterotestamentario para hurgar los sentimientos que lo abrigan o congelan hoy en día, pues sabe que lo añejo no significa ajeno sino más bien anejo —juego de palabras que intenta ser menos fortuito y jugueteón de lo que parece—.

La violencia implícita en las *Sagradas Escrituras*, en la épica más remota puede tramontar los tiempos hasta materializarse en los eventos diarios. Ya James Joyce lo demostró, con sobrada probidad, en su *Ulises*. Las aventuras nunca dejarán de estar a la orden del día, y nunca dejarán de ser el llamado de las sirenas aquello hacia lo que acudimos prestos y felices. Mas la violencia expuesta por César Molina surge del desarraigo, del nomadismo, de las ganas de quedarse en un sitio o de irse cuanto antes.

En los poemas de César Molina está impregnado el viaje como migración, el alistarse del viajante para convertirse en un ser distinto, para acoplarse a un sueño que tuvo desde siempre y que siempre le resultó remoto: “un mismo sueño nos ha juntado”, dice en “Estoicos” (Molina, 2009, p. 29), ese sueño que comparte con gente de todas las épocas. En sus poemas viven por igual Moisés o el desamparado del siglo XX que trata con ansiedad de ser alguien.

*Catholic Splendor* pertenece al año 2000; *Código de extranjería*, al 2007. En esa brecha temporal, Molina cría un viento que unifica las dos voces con las que maneja el tono poético. En el primero, hay una grandilocuencia, diríase que normal, dada la temática: “Esta es tu Ítaca / y a ella te debes peregrino. / Aquí los extranjeros / se prestan las lenguas” (Molina, 2009, p. 55). Son poemas de estamento bíblico, dispuestos en un orden que dan la sensación de ser una caravana a la cual seguir. En el segundo libro, el tono es más reposado, menos beligerante para con la deidad “odiada” y temida, y por eso en el fondo respetada.

A estos libros se suma *La leña del fuego*, un puñado de poemas escritos entre 2008 y 2009, en los que la nostalgia resulta imperativa: “A veces en las tardes [...] aguardo la llegada del cartero. Apurado regreso dentro, cargando la correspondencia. Ninguna caligrafía me resulta familiar. Las cartas que no llegan han despertado un sueño aciago” (Molina, 2009, p. 64).

La de Molina es una obra sucinta, intensa, emotiva. Sin regodeos estéticos, sin ripios, el poeta hace fe de una vida extranjera. Su hábitat natural es estar entre esos dos mundos, casi paralelos, que son el de su Chicago adoptiva y su Cuenca, que también lo adoptó desde la infancia. En sus poemas hay claridad y un notable interés plástico. Su mejor poema no es *Catholic Splendor*, pero es el mejor ejemplo de su poesía: “mejor intenta tu propio éxodo, / y cierra tus folios, / deja al tiempo / tu rancio anecdotario, / para que todo lo que dijiste / sea usado en tu contra” (Molina, 2009, p. 37).

Un último detalle a tomar en cuenta: como casi nadie en nuestra poesía, César Molina dice con los epígrafes que selecciona lo que de verdad trata de decir con el poema que ha compuesto.

## **Cristóbal Zapata (1968)**

Si hay un poeta al cual laurear por su entrega incondicional al cuerpo como miel nuestra de cada día, este es Cristóbal Zapata. No se puede negar que su condición poética se la debe, acaso expresamente, al erotismo, a una disputa, de tintes milenarios, entre la sabiduría y la sensualidad.

Empezaré erradicando equívocos, comunes cuando se habla de erotismo: la obra de Zapata carece de mal gusto, y, en todo caso, por la elegancia en el manejo atildado del lenguaje, da en el blanco tantas veces que enrojece de apasionado goce.

*Corona de cuerpos*, su primera publicación, ve la luz en 1992. Este poemario es la fehaciente muestra de un joven responsable con la palabra. Zapata es un lector de culto. Hace honor a una tradición de lectores —que devendrán indefectiblemente escribas— que para encarar el acto lector depende de ciertas condiciones que él mismo busca: música apropiada; un ambiente olfativo adecuado —posiblemente su sentido más agudo sea el olfato—, con velas o aromas inspiradores; un libro al que tantee con anticipación y que también reconozca previamente como producto de un intelecto y una sensibilidad superiores; el tiempo de sobra para ocuparlo en una lectura cadenciosa, condecorada por el sonido de algarabía que implica cada cambio de página.

Como lector de culto, es escritor de culto: Zapata necesita de similares aditivos para generar una biosfera idónea para que la Musa lo elija. En *La Folie Baudelaire*, Roberto Calasso hace un recuento de los hábitos de Baudelaire, y casi por extensión de todos los poetas de la vanguardia francesa, y hasta algunos precursores, como es el caso de Gérard De Nerval: “Con los vicios a flor de piel, hay que ser soñador hasta la sutileza, tierno hasta la blandura, voluptuoso al fin; para ello, no hay mejor receta que un mueble de pino, una pipa de lavanda, la compañía de Madame Sabatier, y que esto ocurra en el Hôtel Pimodan” (Calasso, 2008, p. 43). Zapata,

marcado sin duda por la influencia de la poesía maldita decimonónica, se unta de sus consejos al punto de seguirlos casi a rajatabla, lo que le otorga ese aire ceremonial a su poesía.

La conciencia poética de Zapata regocija. Es una constante cacería de imágenes que nos resulten exultantes, que son en esencia antagónicas a todo concepto de muerte porque están vivificándonos, alterando nuestros sentidos junto a los del escriba. No exige mendicidad al lector, pero en las ranuras de su poesía, que son como cabos sueltos, entra el destello de una luz que se llama deseo.

A pesar de ello, la muerte está vigente, está al acecho del amante, del que siempre está a punto de favorecerse con el amor pero que teme perder la emoción de lo previo. Por eso, este primer poemario nos lleva al pasado de nuestros instintos, al elemento fundacional de la poesía universal: el temor a que el sueño no sea compartido.

Igual que en el caso de los escritores antes citados, Torres y Molina, Zapata mide su esperanza con palabras. Su esperanza está entre las cosas que nombra, entre las circunstancias que describe. “¿Será eterna esta flotación / esta mojada laxitud del cuerpo?”, se pregunta en “Mientras posa, la modelo reflexiona” (Zapata, 1992, p. 23), para luego proseguir: “Mi boca tiene un rictus de agonía / pero la agonía es tan solo víspera”. Todo en poesía es víspera; “víspera” puede ser la palabra más bella de nuestro idioma.

Con el paso de los años, el repertorio “zapatiano” empieza a fortalecer con imágenes todavía más depuradas. Él se vuelve un *voyeur* casi experimental. En una conferencia, organizada por Zapata, el escritor quiteño Javier Vásquez apuntó a un hecho significativo en el arte de narrar, y es el poder ver por el ojo de la cerradura de una puerta, nervioso de lo que podría pillar *in fraganti* del otro lado. Zapata, cuyos recursos estilísticos son vastos y acertados, tiene ese ángulo juguetón que le da la pauta para intuir dónde reposa el más profundo de los anhelos de un hombre o de una mujer.

En *Te perderá la carne*, de 1999, esas imágenes decidoras son también proféticas: el mundo está a punto de acabarse a cada instante; para impedirlo, el poeta debe memorizar las palabras que las personas que desean con fruición no se atreven a decir.

En este poemario, Zapata recurre a un género que con el tiempo perfeccionará: el relato; claro que en este caso en verso. Lo que en estos textos sucede es una evocación de una vida que parece perdida entre los pliegues de la eternidad, una vida que alguien quiso tener, aunque la haya tenido, como la tuvo Zapata. Siempre hay cines y jardines, damas que piensan en el sabor de sus olores y en la sangre corriendo por sus venas. Hay pieles que fungan a la perfección de laberintos. Hay canciones de fondo que apenas si son audibles y hay un cordón umbilical que nos apresta a nacer tras cada párrafo. La prosa poética “Interior” es un ejemplo de perfección escritural, que ni el propio autor ha identificado entre sus obras selectas.

A año seguido, aparece *Baja noche*. Época de bohemia desbocada, de relaciones que se consumen entre sus propias sombras, Cristóbal Zapata vive en el vértigo, como un supuesto conductor de coche de Montaña Rusa. Pero sin importar su biografía, él reside en sus poemas, con sosiego y aplomo. El libro entero es una resaca lúcida, como las que le gustaban a Malcolm Lowry. Zapata está así por llegar a un punto de la poesía desde el que ya es imposible el retorno, retorno que no anhela en lo mínimo. Es un lugar —ese punto— donde el virtuosismo ya no es hazaña sino rutina, y donde la rutina se ha transformado en la histórica alquimia. Para *Baja noche*, nuestro poeta ha aprendido de sus aciertos previos.

Una de las incuestionables fortalezas de Zapata está en rozar, con la yema de los dedos, lo que está a punto de poetizar. Su canto es, al contrario de lo que se presume, una devoción hacia lo que merece ser erotizado.



No debería ser, pero es necesario hoy en día vindicar el aspecto del placer en la poesía. No del reclamo por el placer, sino el del placer *per se*, el que se siente al escribir o el que se siente y es por lo que se escribe un poema.

El Eros es la fuente de la juventud perpetua. El otro, para jugar con la afamada referencia sastreana, nos devuelve a nuestros instintos más básicos, al conjuro y al ritual de la belleza y del afecto.

Zapata siempre se asombra del poder de atracción de la vida, y permite que sea la palabra la que tome posesión de su necesidad carnal. Así, rozar con las yemas de los dedos el aire es hilar fino un pensamiento. De ese modo, ningún verso es fortuito. Todo está milimétricamente medido, sentido hasta su médula. Esa precisión de relojería fina nos recuerda que justamente somos los hombres quienes le damos la hora al reloj y definimos el tiempo, no al revés. Cristóbal Zapata coloca una emoción en el mundo, para recordarnos que el deseo y el placer son ejes fundamentales en nuestro ascenso poético, si tal definición, *a priori* discutible, existe

La sencillez literaria de sus poemas, con un léxico que ofrenda al lector en clave de invitación a un convite, es la muestra de su respeto al prójimo. La sencillez, la delicadeza con la cual recuesta cada palabra, el acierto con el que nos invita, pues, a recostar a nuestra mirada junto a esta, es un ejercicio de ordenamiento mental preciso, flaubertiano. Nos obliga a leer el verso, el párrafo, el poema, el libro, con armonía, como si estuviéramos catalogando los momentos y los sentidos que estos nos ocasionan: “Catalogar nuestros hábitos [...]. / este es el oficio que heredé. / Cada día lo hago mejor” (Zapata, 2015, p. 49).

Las alusiones, directas o indirectas, al mundo de la literatura y del arte, son expuestas con presteza en la obra lírica del cuencano. Es evidente que Zapata no escribe sumido en el desamparo que causa la prisa, o en

la prisa surgida por el desamparo. Su condición de poeta está regida por una medida exacta de cada verso, por una composición con tintes minimalistas que hermean una idea al punto de volverla sensual. Son toques justos que les da al tono respectivo de cada una de sus piezas idílicas.

En *No hay naves para Lesbos*, uno de los libros esenciales en la órbita poética ecuatoriana, la poesía de Zapata alcanza un punto elevado. Los libros anteriores se evidencian como la base de esta construcción metódica, inspirada, que culminan con esta obra intensa y precisa. María Augusta Vintimilla asegura, en la contratapa del libro, que “este poemario es la crónica de quien ha perdido de vista los andenes de arribo” (Vintimilla, 2004, contratapa). Y si ha perdido, como dice Vintimilla, los andenes de arribo, significa que sigue en un viaje sin tregua.

El poema inaugural e innominado es de una belleza sobrecogedora. Hay ecos de la mejor poesía de William Blake: “Pongo otra mano sobre mi corazón / y el gusanito empieza a roer / sin prisa, sin culpa, sin temor” (Zapata, 2004, p. 13). El libro en sí homenajea a varios pasajes de su vida, desde situaciones familiares hasta filmes que pasó por alto, así como a canciones imprescindibles o cuadros y lecturas que le dejaron marca.

Aunque sea soterrado, se puede olisquear la influencia de Jorge Luis Borges, el poeta, en el verso de Cristóbal Zapata. “Apenas ha cambiado el poema / y el nombre de la mujer que no llega” (Zapata, 2004, p. 23). Ese ejercicio rutilante de descripción contenida, cosa que la psicología contemporánea recomienda para que la respiración no inhíba los sentidos. Contener las emociones, las tristezas y las tempestades que llevamos dentro. Se ha asegurado hasta el hartazgo que la cualidad de Kafka, escondida a plena vista, es la de decir “aquella casa” con la extraña combinación de las palabras “aquella” y “casa”. Zapata, que

recoge con cuidado el pañuelo del reto de la humanidad para emprender el duelo, es consciente de que esa combinación, de raigambre mágica, es la que perpetúa la especie del poeta excelso y hasta parnasiano.

El poema que da nombre al libro es de antología, literalmente, y debe ser repasado de esa manera. Hace referencia a la legendaria Gia Marie Carangi, a cómo alguien puede encapsular su corazón en un cofre hermético, para que nadie lo toque, lo vea, para que no tenga contacto con el mundo exterior. Habla de su acabose. La mejor lírica de las canciones de Bob Dylan oscila por este territorio en el que, descarnadamente, se retrata a una mujer adherida al paso de los años, que es de lo único que en suma quiere desprenderse.

El poema que define la pulsión poética, y acaso la vida de Cristóbal Zapata, es “Plegaria del Fauno”, perteneciente a su libro *Jardín de arena* (2009). Poema confesional, como casi todo su repertorio, describe con precisión su andamiaje vital. Clama a los dioses por el regreso a la multitudinaria noche, al goce del que los inclementes años nos privan. Todo lo que canta es verídico y enternecedor: “Yo he cumplido con mi parte: / he cuidado vuestras vides y vuestros bosques, / he guardado vuestros ritos y vuestras fiestas” (Zapata, 2009, p. 91). Este canto a la eterna juventud y a la exaltación de los goces es un reclamo a ocupar un lugar en el olimpo dionisiaco, un reclamo por el derecho a bailar.

La madurez poética que exhibe en *Jardín de arena* alcanza ribetes estéticos de un nivel superlativo, convirtiéndolo en uno de los grandes poetas ecuatorianos de todos los tiempos.

Luego vendrá el exquisito *La miel de la higuera*, en el que se pueden ubicar otras tesituras poéticas, a más de las recurrentes en su obra, como una indagación de las virtudes de la flora, siempre en analogía al sexo

y sus alrededores, al erotismo y sus devaneos: “Los eucaliptos tañen la música del campo / con los acordes de su follaje. / Acordes que son aroma y melodía, / melodía y memoria” (Zapata, 2015, p. 100), reza en “Eucaliptos”.

La espléndida estructura de “De la cartografía” me tienta a trasladarlo aquí de manera íntegra: “Dos mujeres vuelven a verse en Lesbos, / dos hombres se reconocen Sodoma, / un hombre y una mujer se juntan en el Edén. // A veces el deseo recuerda otro lugar” (Zapata, 2015, p. 102). Véase el uso de la sorpresa final, recurso literario más afín a la narrativa, ese giro que apacigua la intensidad que gana la numeración antes emprendida y que se ve, de sopetón, transgredida.

Artista de varias facetas, Zapata ha sabido unir sus distintas iniciativas y concentrarlas en la poesía, que es el sendero que ha seguido con tacto y olfato. Sus últimos poemas, sueltos, dan fe de sus viajes, de su especialización en temas plásticos.

*El habla del cuerpo* es su último trabajo poético, publicado en 2015, en el que aparece otra confesión, más dilatada que las de libros anteriores. Aquí, el poeta está en constante redescubrimiento de su vocación primaria. “Blanco sobre blanco (apuntes para una poética)”, es un recorrido por los engranes mismos del arte del verso: “La diana es siempre esquiva, / como la diosa de la luna”, o “La página es lecho (*lectus*), / lugar de la lectura y la reescritura” (Zapata, 2015, p. 132). Dirá luego que escribe para diseminarse, para salir de su cuerpo, para hacer luz. Dirá, como César Vallejo, que escribe contra el golpe de Dios. Y dirá que morirá en son de paz. Sabe Zapata, lector expedito, que Faulkner y T.S. Eliot tenían razón al afirmar, casi al unísono, que lo dicho se extermina por el poder devorador de la palabra, y eso le causará gracia.

A Zapata le gusta el campo, incluso más que la ciudad. Es un administrador de las sensaciones, que generalmente lo conducen hasta los puntos más lejanos de sí mismo, que son los únicos lugares donde nos podemos encontrar. Luis Antonio de Villena lo declara en el prólogo a *El habla del cuerpo*: “tras esta lectura no vamos a olvidar a Cristóbal Zapata como un notable poeta del siempre ahora mismo” (Villena, 2015, p. 11).

Poetas de su estirpe, de los que con sinceridad hay pocos, alcanzan una armonía en el decir como teoría materializada, o corporizada, que hacen que la palabra en cierta medida se difumine, se mezcle con la respiración del lector. Hay algunos poetas de esta misma selección con esta cualidad innata, en quienes la busca primigenia al escribir se fusiona con el ectoplasma de lo anhelado. Esta metáfora fantasmagórica quiere decir que la palabra se hace música y que su sentido, como en el caso de Zapata, que casi siempre roza el sentido del placer, se convierte en melodía, casi en solfeo, o, en términos felinos, bufido. Quizá es el origen de toda poesía, y el objetivo de esta. Que las palabras o su sentido pasen a segundo plano, por más que las imágenes que estas produzcan nos sobrecojan o acunen.

La poesía de Zapata es eso —como diría él mismo al referirse a Marilyn Monroe—: “una incierta forma de la alegría” (Zapata, 2015, p.111).

## Franklin Ordóñez (1973)

Franklin Ordóñez Luna es un poeta de los sentidos, sin que quepan dudas. Sus obras son testimonios de lo que siempre hace falta, el relleno de esas carencias o ausencias. Porque tanto como le hacen falta un sabor o una emoción, es bastante lógico que le sobren las manos o los pies para encaminarse a un lugar específico. Si bien su ciudad natal es Loja, es en Cuenca donde ha cultivado su proceso creativo y vital.

Aunque su primer libro sea *Mapa de sal*, es con *A la sombra del corsario* que sale a la luz todo su talento, su potencia poética. De versificación sobria, breve, el recorrido que hace es el de aquel que comprime lo que ve, que lo encapsula en un instante. Es un desencantado, se siente, como el potencial subtítulo de *A la sombra del corsario*, expulsado del jardín. A ningún poeta se le puede pedir más. Ordóñez no se prestaría para ello, tampoco. Sus obras, contadas con los dedos de una mano, tienen la precisión de un reloj. Dicen lo que un tiempo exacto demanda que se diga. Es un bardo del amor. En “A la sombra del corsario” se lee: “Te retengo en pedazos, en mi piel donde dibujaste ciudades muertas” (Ordóñez, 2003, p. 37).

Como todos los poetas de su generación, la literatura helenística, los griegos y sus herederos, definen su actividad poética, su proceso escritural. Aparecen en su literatura personajes de todos los tiempos, desde Aquiles, Penélope y Ulises, hasta Cástor, Jesús, o, incluso, Keanu Reeves.

Sabido es que el sexo es de lo más complicado para hablar en literatura, si se quiere mantener una distancia significativa entre erotismo y pornografía. Las palabras no siempre sustentan a las imágenes, para lo cual hay que adquirir una experiencia verbal prometeica, en el sentido de revelar misterios que *a priori* pueden resultar comprometedores. Franklin Ordóñez ha sabido dominar esa bestia lexical y brindarnos con sapiencia un material para el goce estético, sin caer en edulcorantes innecesarios. De ese modo, condujo a su poesía a un nivel superlativo con *Augusta Patientia*, publicado en el año 2014.

Hay una caída en picado en cada uno de sus poemas, como un relajamiento que proviene del gozo cumplido. Si he alegado que Zapata es un maestro de la lírica del deseo, Ordóñez no dista de serlo de la que ocurre luego del éxtasis. Ese momento posterior que en gran medida es rechazado por el cuerpo y por las ganas. Es el momento al que de verdad el cuerpo no quiere llegar. Versificarlo y leerlo es arribar a la Calma, convertida en una ciudad de descanso y meditación. Tan solo luego de cumplido el propósito inicial, uno puede contemplar el porvenir y a uno mismo en este. Uno adquiere clarividencia. Esta consigna budista ha sido expresada con sobriedad por nuestro poeta. “Ayer nos despedimos y aún es fresco tu veneno / en mis labios” (Ordóñez, 2014, p. 26).

Señalaré esta maravilla vengativa: “Y llevar en una bandeja tu lengua, / y ofrecerla a los pájaros. / Que en tu nombre canten mi nombre” (Ordóñez, 2014, p. 19).

Aunque este libro proclame la paciencia, se trata de una lucha contra su antípoda, la premura. Si bien salimos del Paraíso por falta de paciencia, y por falta de paciencia no volvemos a él, eso no quiere decir que no lo podamos ver, sentir, incluso vivir. La paciencia que invoca Ordóñez es la necesidad de expresar su desazón y hartazgo, su comedia y su ancestro. En la descripción que hace su pluma está la forma de suturar la herida causada por la vida.

Mención especial se debe a *Del Neo José y otras historias*. Su aspecto de libro infantil es una gambeta a nuestra atención. Se trata de homenajes a la “felinidad” y a escritores o artistas imprescindibles, sobre todo a aquellos que mencionaron a los gatos y sus congéneres: Baudelaire, Borges, Kafka. O como en este tributo a Hemingway: “Con su voz agridulce cantaba historias de muerte. / Tras la noche y el alcohol, sus ojos dolientes / se convertían en nidos de sombras, fusiles, balas” (Ordóñez, 2008, p. 59). Y es que a veces olvidamos que también la poesía puede ser risueña, ingenua, un divertimento. “A pesar de que mi vientre se / retuerce con el peso de la muerte, / sí, estoy aprendiendo a ronronear” (Ordóñez, 2008, contrasolapa).

## Juan Fernando Auquilla (1973)

Para entender la ciudad es necesario entender el cuerpo. El cuerpo y sus necesidades, la necesidad de oler la flor, la necesidad de ser anónimo y popular. La necesidad de, como el Yahvé bíblico y el Shakespeare respondón, ser yo y ser los otros, como Rimbaud, pero más como Borges, que apreciaba en “el otro” a su semejante, a su reflejo.

*Ciudad nómada* aparece en el 2010 y constituye una indagación sobre la ciudad. Se trata de una colección de poemas crudos, que atacan a las estructuras capitalistas dominantes y retrata las supuestas malas decisiones de quienes sufren o viven en la alta noche, en la noche sin vuelta, la que deja en el alma su impronta falaz. Auquilla acude presto adonde nadie lo conoce, a las periferias, a los recodos y al engullido de los gritos de ayuda de quienes ya no quieren pedirla: “En la calle 109 / se desencuentran todos / a pesar de tanto vagabundeo / venimos / vestidos solo con nuestros ojos y nuestros pies” (Auquilla, 2010, p. 59).

Su preocupación estética alrededor de la ciudad y cómo convivir con ella lo ha conducido a una reflexión sin parangón en nuestras letras cuencanas. Ve a Cuenca, es cierto, con ojos de quien ve una metrópolis. Hay otros ejemplos, pero no con la asiduidad de Juan Fernando Auquilla, quien tiene la seguridad de que una revolución solo se perpetra cuando el ánimo por hacerla es constante. La revolución no es un momento histórico, como mal nos han enseñado los libros, la revolución es un no-tiempo, o está situada en ese no-tiempo. Es atemporal y es vehemente. Es un *work in progres*. De ahí que se desprenda la modernidad de estos pensamientos en verso, de este reclamo a la ciudad como madre de todos quienes la habitamos. Su expresividad, que adquiere en ocasiones tono futurista, nos invita a ver a nuestra urbe con los ojos de nuestros hijos, es el eco del sonido de unos pasos que no están perdidos, que son vagabundos.



Por eso vuelve a la ciudad con amor. En *Diario de la Ciudad Incógnita*, alega que “Muchos años después recordarán que he sido, / soy y seré quien desean que sea, / aquel que nació en algún lugar del mundo / del cual nadie quiere acordarse” (Auquilla, 2007, p. 17), y clama, rabioso: “Hay que despertar a la ciudad / que la masa levante los ojos / que se quemem sus retinas a la luz de la realidad” (Auquilla, 2007, p. 19).

Esta mínima imagen es un movimiento magistral, de esgrima: “Imagino tus manos en otros cuerpos / ¿aún apagas la luz?” (Auquilla, 2009, p. 51).

### Alexandra Vásquez Fárez (1973)

En palabras de Camila Corral, *Lipocodyum* es un poemario en el que su autora “hace uso de la potencialidad de la palabra para crear un universo mitológico personal [...] a través del que devela los misterios de su experiencia vital y afectiva” (Corral, 2018, contratapa). Y es cierto. Vásquez crea un entramado de personajes donde quien figura destellando especialmente es ella misma, o quien habita los espejos en los que se peina o retoca. Desacomplejada, sin densidad, compara para establecer, lo que es su método lírico: “Siento crecer en mi piel el pasto que ahora te cubre” (Vásquez, 2018, p. 13), lo que la convierte en cripta, en el acabose del amor de su amado.

El refresco que significa el hallazgo de este libro, y consecuentemente de su autora, nos pone en escena a una poeta que no es novísima —su primer libro es *Quebracantos*, de 2014—, pero cuyo poder está vivo, como la víbora del pecado original a la que alude esporádicamente. En “Pagoda”, uno de los poemas más rotundos de este trabajo, nos dice: “Quizá en algún tiempo / mi voz suspendida en el misterio de la ocarina / se vuelva mariposa / para escaparme” (Vásquez, 2018, p. 16). ¿Escapara de qué? De todo lado donde no está ella, o, lo que da lo mismo, “del viento escualido” que “roza su piel” (Vásquez, 2018, p. 16).

Algo de Roberto Juarroz y la poesía vertical fluye por entre las páginas de *Lipocodyum*: “Si me dieran / a elegir, / perseguiría el gris / escindido huidizo / de mi sombra / para jugar / a encontrarme” (Vásquez, 2018, p. 41): *¡c’ est magnifique!*

Su palabra está —en términos de José Ángel Valente— oscurecida pero “preñada de su secreta claridad, oscuro el tiempo, rota su impersuasiva progresión lineal” (Valente, 1984, p. XXIII). Un fraseo persuasivo y atrapante, que oscila entre lo viviente y lo muriente. Son microhistorias, “microvidas”, si se prefiere. Dolores que, en su explosión verbal, imitan una carcajada.

Alexandra Vásquez ha traído a la vieja literatura actual, algo de la joven literatura ancestral.

## María Paula Martínez (1977)

Su familia está integrada por gente de cultura y política. Es diseñadora, artista, y poeta, aunque no lo sepa tan bien como debería. María Paula Martínez publicó *Alfileres y formol* en el año 2011—libro que no he querido dejar de comentar, pese a que no he seleccionado poemas de él para esta antología, dado que considero que es un libro que se lee muy bien íntegramente pero que no permite ser tomado en partes—. Ignoro si ha emprendido otra aventura como aquella. Libro del hastío, libro de la posibilidad de atraer para desprenderse mejor de lo que le atrae a la poeta, es una investigación de sí misma a través de la palabra. Martínez usa lo que tiene a mano para jugar sin reglas sobre el vacío. Declara una cama vacía, una enfermedad creciente en algún lado de su cuerpo, que puede ser su boca, una lujuria que la devora. Antes, sus poemas ya habían aparecido en *Salud a la Esponja*: “Mustias manos de silencio muerto, / justo en el filo donde terminan los párpados, / ¡escóndeme del delirio y del hastío! / simulando inmensidades rotas” (Martínez, 2008, p. 95).

*Alfileres y formol* insinúa un gesto vengativo. Hay hombres que no merecen ni un alfiler que los atraviase ni el gastar en formol para conservarlos, son insectos desechables. Ese desencanto que posee a la poeta, ese enojo, es la gran interrogante que se hace para desprenderse de lo que fue un grillete: “¿Eres tú el rey de los grillos? / ¿Cómo haces para oír la voz que no tengo?” (Martínez, 2011, s.p.).

Prefiguró los tiempos actuales en *Erotic chat*: “Las chispas alucinan, / corretean. / ¡Ausencia de piel! / Te conozco / pero estreno encuentros carnales, / sin carne” (Martínez, 2011, s.p.).

## Sebastián Endara (1978)

Anarquista de corazón, Sebastián Endara ha cultivado la filosofía desde distintas áreas. Sus ensayos son reconocidos a nivel nacional. A estos los ha atravesado de visiones poéticas, quizá por esa inclinación del pensador hacia la búsqueda de la belleza. Hacía décadas que en Cuenca no se daba un suceso semejante, que un filósofo poetizara sus pensamientos y anhelos de enderezamiento de las cosas. Esto, aunque la poesía, nuevamente vulnerada —para su regocijo, ella se deja hacer—, no propenda en esencia al enderezamiento de las cosas o las situaciones. Casi cabría afirmar que lo contrario es de su gusto, pero también lo es jugar a que es maleable, a que gracias a ella las cosas pueden mejorar. Lo sugirió José Kozer en una charla de medianoche, tras el fin de una Fiesta de la Lira, más o menos con estas palabras —mi memoria es morosa—: “La poesía es la hija de todo poeta, no la madre, empecemos por ahí; ella se deja llevar por el poeta, y si el poeta se cree un vindicador, un salvador o un profeta, le permite que la use con esos fines. Luego, si no demuestra que lo es, ella se desquita mejor que nadie”.

Alegar que el poeta no puede enmendar el mundo es quitarle capacidades a la palabra y al mismo gesto creador. Alegar que todo poeta enmienda el mundo con su obrar es tan solo ingenuidad. Endara consigue una mezcla gratificante de estas dos ramas del espíritu humano. Para ello, se arma de la historia de la literatura. El epígrafe de *En el más cercano límite del cataclismo*, su poemario de 2006, es directo en este sentido: “El verso no debe, pues, componerse de palabras, sino de intenciones...” (Mallarmé, citado en Endara, 2006, p. 11). Pero será en *Poesía para insomnes* en que Endara despertará a la bestia poética que lleva dentro, dándole rienda para que obre en su ser y le permita al lenguaje desarrollarse: “la poesía es la voz de la naturaleza / en el silencio de un hombre” (Endara, 2010, p. 25).

En *Poesía para insomnes*, Endara hace gala de un formato concreto de poema. El poema de una estrofa es predominante. Utilizar esta arquitectura nos habla claramente de las intenciones del autor de concretar un pensamiento en una ráfaga, sea erótico (poemas “18”, “19”), existencial (poema “36”), plurívoco (poema “43”) o familiar nostálgico (poema “46”). A ratos se deja poseer por el tono y la melodía, como en “Fuego”: “Tu impulso en una fogata, / mi impulso la fantasía, / ¿por qué he sentirme culpable / si vivo de tu sonrisa?” (Endara, 2008, p. 57).

¿Qué culpa y qué castigo sentimos cuando escribimos poesía? Justamente, el no escribir poesía. Endara enmienda este yerro craso de los hombres y las mujeres con una poesía fundacional en cada verso. Fundacional del mundo y fundacional de su vocación de observador y analista del universo. Él —aventuro— percibe una “barrera que ya no ha erigido voluntariamente el poeta hermético, el filósofo, sino que emerge de situaciones personales del poeta”, que es lo que mismo que percibió Rilke sobre Trakl (Rilke, 1984, p. 502).

## Juan Carlos Astudillo, “Tuga” (1979)

Poeta por herencia, por decisión, por pulsión vital, por eco y por ego, Juan Carlos Astudillo Sarmiento, más conocido como “Tuga”, constituye la quintaesencia poética de su generación. Su formación académica es de comunicador y lector. Su formación vivencial es de captador de sucesos extraños que oscilan a su alrededor. Es un poeta mayor de nuestras letras que no se rinde ante tributos ni grandilocuencias. La fotografía —como se anotó anteriormente en el caso de Serrano— es su manera real de ver el mundo. La poesía es su manera de sentirlo. Ha gestado la única revista de creación literaria y artística de la región con duración —quizá del país—, *Salud a la Esponja*, que ha promovido las novísimas generaciones de bardos morlacos

Astudillo puede decir con sabiduría sin el regodeo propio del calificativo. Como gran poeta que es, pues, no califica las cosas, las emociones, las muertes o las vidas. No juzga, que para eso están los otros, tal vez los no-lectores. Caminante, fanático del aire libre, del frío de El Cajas y del abrigo de un buen poncho, recorre nuestra tierra, cartografiándola —es fácil imaginarlo pateando una piedra en mitad de la vereda hasta una esquina, como quien acomoda un cuadro torcido en una pared ajena—. Habita sus libros con autoridad y tiene mucho de poeta de Medio Oriente medieval. Su amistad es inquebrantable y sincera, pero, más que nada, abierta y preparada hasta para el ostracismo y el adiós desprevenido. Sabe cuándo algo y alguien merecen su abrazo y su aplauso, que no es para nada gratuito.

Luego de estas palabras laudatorias, adentrarnos en su *poiesis* es como buscar un espacio solaz a la orilla del Tomebamba; es decir, encontrar algo que hay por doquier.

Los primeros poemas de Astudillo son una indagación del cosmos y una pregunta continua sobre nuestra existencia. “1”: “al comienzo de los caminos / el agua y el cristal enardecieron / y detonaron tiempo, / todo brillaba en aquel entonces...” (Astudillo, 2002, p. 12). Hay un génesis que visita con frecuencia, no porque estemos atados a este, sino para hallarle sentido, como en “3”: “ya se calla, / ya se alerta, / ya se vuelca a sus altares... / bienvenida la noche y sus delirios” (Astudillo, 2002, p. 13). De esas indagaciones profundas en procura de comprender el abismo y el destiempo, se generó *del Profundo Albedrío...*, un trabajo de una madurez tenebrosa, publicado a sus 23 años. Eliécer Cárdenas advierte en la contratapa que Juan Carlos Astudillo “se lanza”, en tiempos de herejes, a crear una poesía real, abisal, sanguínea, utópica: “como si nada fuera o importara... / cuando en realidad todo importa, porque Es...” (Astudillo, 2003, p. 17).

Poeta de la fragmentación, del corte oportuno, innova en sus textos como si estuviera componiendo un haiku. Sus tijeras invisibles son tan relevantes como la pluma con la cual dibuja la luz, “esa luz que late, / me nombra / los regalos / y, en silencio, / celebro el tiempo / de azularme anclado a lo que busco, / merezco y reclamo” (Astudillo, 2012, p. 5). Cuando veo la forma en la que traza sus poemas, sé, descubro que Juan Carlos Astudillo está en busca de lo que falta a lo que ya hay, y ha dado con esas esquinas, esos rellenos, como lo que consigue la cámara, la lente, el ojo del fotógrafo comprometido con lo que ve, con lo que caza. Es su forma de llamarle a la vida, vida. La llama con las palabras que encuentra al paso, que le dibujan el sendero, que necesita él y necesitamos todos para no sobrevivir de pura gana.

Dispersa su sabiduría, dándole color a lo que no tiene, y olor, y textura, y sabor, y pasado o incluso futuro. Su obra ralentiza las sensaciones como cuando esconde migas de pan en la sombra de un hambriento o como cuando habla del entretiempos en los temblores ante una visita.

Eso es Dios, quizás, o Lucifer. Sus metáforas son en general surrealistas y mágicas: “ahí va un anciano con la nariz doblada sobre su propio eje” (Astudillo, 2012, p. 17), que recuerdan al mejor Girondo. Y, sin duda, se hace presente la influencia de las lecturas ecuatorianas, ecuatorianísimas, como le habría gustado a Jorge Enrique Adoum: “ahí va el abrazo abrazo; la palmada palmada; la sonrisa a medio llenar satisfecha o colmada en su otro par por lo que desde ya se dice lágrima y caída” (Astudillo, 2012, p. 17).

El páramo es parte sustancial de su manera de pensar, de sentir el mundo y, de alguna manera, de poseerlo. Sus poemas breves son como gotas de rocío que se ven en las espigas de las altas cumbres. Gotas anhelantes, gotas de rocío que se ven en las espigas de las altas cumbres. Gotas anhelantes, a punto de explotar volviéndose aire. Ese aire que deja alrededor del poema cual campo abierto para ser explorado, para reposar la mirada y el sentido.

No se apresura nunca Astudillo en dar un aleccionamiento, lo recibe, su palabra lo recibe de la naturaleza y del ser humano que se interpone para capturar al sentido que está por ahí, en alma pura, rondando. Su busca es trascendental. El sonido adecuado, la pausa acertada y milimétrica que componen el horizonte. La silueta que hipnotiza y nos mimetiza con ella. Para eso sirve la hipnosis, no para otra cosa: para adentrarnos en lo que nos está hipnotizando, para hacernos suyos.

Su voz atrae al lenguaje oblicuamente, como de forma indirecta, al punto de dejar hablar al neutro. El verbo en sus conjugaciones conduce la lectura, todavía más la lectura de lo que no se ha dicho, que no es justamente el silencio. Lo no dicho, como en el caso de Emily Dickinson, son los bordes de los poemas de Astudillo. La palabra neutra, por su naturaleza, ni revela ni oculta. Pero eso no quiere decir que no signifique nada, sino que abre en el lenguaje un poder distinto, un poder mixto. Es que todo lenguaje enuncia y así afirma. Tuga, como él mismo se reconoce, establece el centro de gravedad de su poesía en una palabra que está en



otra parte, ¿en el lector? Su obra colinda con la negación de sí misma, como Dios, que colinda con la negación de Él mismo. Su voz es la voz del sueño de las noches, la voz que no descreo ni cree, que solo es. Su disposición filológica se emparentaría con la de Paul Celan, ya que hay una relación entre el silencio y el sufrimiento y la culpa gratuita del no-personaje que retrata sin máscara. Pero si hay alguien con quien cotejaría gran parte de la poesía de Juan Carlos Astudillo es con la del uruguayo Enrique Bacci: “Por lo menos en este octubre / digo que sé nacer / bajo esos techos el color / y el racimo la palabra tarde” (Bacci, 2002, p. 50).

En ciertas ocasiones, la influencia de Whitman es arrolladora. Se ve en Astudillo un poeta de la naturaleza, de la contemplación, del músculo. El músculo por caminar las tierras de esta vida como en la casa propia, olvidándose de ciertos escondrijos hechos a propósito para jugar a las escondidas. En las antiguas casas era habitual dar con espacios que nos inspiraban la noción de haber sido creados para los niños y sus diversiones. Hay en este mundo, en esta gran casa, espacios aprestados para la diversión de los sentidos, y Juan Carlos Astudillo sabe de estos sitios y, a veces, escribe desde ahí. Whitmaniano por principios, canta al orbe y sus majestuosidades, así estas sean de un tamaño infinitesimal o microscópico.

Su última obra es una oración larga. Tierno, con una dosis narrativa que se agradece, hay un giro en la poética que venía practicando los últimos años. Averigua en el decurso de la oración que se puede ser estoico y derrotado a la vez, y que eso es noble —una de las palabras menos empleadas en la poesía de nuestro tiempo—. El apartado “15” es terriblemente triste, desasosegante, cuando la familia no puede acercarse a ver a la madre de todos, la abuela, en sus últimos instantes, merced al coronavirus, y solo saben que exhaló, pero no cómo. Todos queremos saber el cómo. Una narración, sí, en clave poética, que me remontó a esa (otra) joya universal titulada *El nadador en el mar secreto*, de William Kotzwinkle. Con esto, podría quemar sus naves, pero sé que apenas es el inicio de la travesía.

## **manifiesto**

sin embargo,  
nos decidimos al Amor,  
aunque su piel no sea clara,  
nosotros,  
los de siempre,  
nos decidimos...

(Astudillo, 2004, p. 123)

## **Juan Antonio Serrano (1979-2012)**

La poesía no tiene el encargo de ser consejera. Ni buena, ni mala. Huir de este tema suele ser la mejor forma de blindarse ante el posible equívoco. Así nomás, la poesía ocupa el lugar de la sinceridad sin cuartel, de lo que no pide permiso para existir, y si la crueldad halla en la poesía un sitio para manifestarse, pues la poesía, sutil, dócil, cede. El riesgo de decir las cosas como deberían ser es tomado por una voz ecuánime, solidaria, que ve a la poesía como una herramienta para ajustar ciertos engranes en el mundo que así lo necesita. Juan Antonio Serrano se aplicó a esta poesía sapiencial. Así de tajante: “Somos nuestro propio tiempo, el que nos ha tocado vivir” (Serrano, 2002, p. 67).

Como otros autores de esta antología, Serrano repartió su pasión cultural entre la fotografía y la poesía. No es ilógico. La fotografía enmarca al tiempo, y el poema es el lugar del que el tiempo no tiene escapatoria. Así que esa hermandad los vuelve atractivos mutuamente. Gran poeta, fue además un excelente fotógrafo. Y en ambos casos, el cuidado por los márgenes estaba latente.

¿Que no hay poetas que planifiquen sus versos, estrofas o poemas íntegros con anterioridad? Al contrario, al poeta de casta le habita el poema desde mucho antes de que aflore en el papel. Son días, semanas o meses en que el bardo urde la trama que se inmortalizará luego. Es en realidad un estratega. “La poesía de mi ignorancia y mi silencio / en las caminatas en medio de gente, / en la cerveza en el bar, / en un partido de fútbol, / en la sala habitada por flores y un fantasma” (Serrano, 2009, p. 37).

Con este ejemplo enlace la idea anterior con la cotidianidad de su generación. Serrano se vio influenciado más por las manifestaciones pop que por las populares o que por la cultura de alto vuelo, lo que no le impedía leer incansablemente y moverse en el mundo de esa cultura alta

con total pertenencia. Yo lo conocí en las aulas de clases, pero lo conocí más jugando fútbol y todavía más cuando, luego del fútbol, hablábamos de este. Y quizá cuando más lo conocí fue cuando se interesaba por la semiótica que lo habita todo, como me comentó. Dos estrofas más abajo me desdice: “Compartir el gozo de encontrarnos y en el ambiente / una canción de / Leonard Cohen, / sonreír y pretender que soy inocente de todo... que / vos también lo eres” (Serrano, 2009, p. 37).

Recaigo en la idea de poesía sapiencial. Casi todo practicante del aforismo, lo es, verbigracia, “Labia”: “El don de la mirada es una palabra” (Serrano, 2007, p. 42). O: “Si tan solo nos dejáramos deslumbrar por la luces [...] / y llegar a la certeza de que al escogernos, perdimos” (Serrano, 2008, p. 33).

El interés por el no-ser es muy cuencano. En *Tiempo Dado* (2004), su poemario personal, el interés metafísico solo puede aparecer tras el interés por lo físico. Hay un análisis de fondo matemático y una preocupación ontológica que rodea justamente al tiempo y la posibilidad de su inexistencia. El tiempo como negación de sí mismo, a pesar de que el tiempo es el ser más temido que ha concebido el humano. Junto a Juan Carlos (Tuga) Astudillo, Serrano es el más experimental de su generación, generación que diríase, *grosso modo*, que sí existió o existe, dada la cercanía de edad de sus integrantes y de que compartieron aulas, gustos, noches y días.

Para Serrano, la poesía también es laboratorio de sí misma, así que puede inventar formas de plantear lo que estaría a punto de decir.

Piano  
Nuestro actuar  
Siempre  
Es  
Condicionado  
Por  
Algo  
Que  
Nunca  
Llegaremos  
A  
Saber.

En el momento en que uno se plantea la duda sobre lo que vendrá  
Es mejor atenerse a las consecuencias  
Deberemos saber, después de todo  
Que el verdadero error está en arrepentirnos.  
(Serrano, 2004, s.p.)

No existe el mejor poema, porque no existe el mejor poeta; el mejor poema de Juan Antonio Serrano es “Definitivo”. En seis versos divididos en dos estrofas lo dice casi todo. “Nuestra vida es un contar de muertos”, asegura, para pronto rematar: “...de todas formas, esperemos que mañana sea diferente” (Serrano, 2004, s.p.).

Sus preguntas de algunos de sus poemas son shakespearianas. Sus respuestas, que están en otros, acaso descreen de quien preguntó. Sus poemas se encuentran en ese punto indeciso en que todavía no ha sido operado un completo deslinde entre el canto de las cosas y el canto de los hombres. Serrano tiene por qué desunir lo que el verbo ha

unido. Sus poemas buscan ese punto de reconciliación, son un canto de significación: “Con nuestro encuentro nos encargamos de borrar los cronogramas y los mapas” (Serrano, 2004, s.p.). Sabe que todos los ruidos del mundo son solo el antecesor al canto del poema y con algo de música herética los traduce a sus páginas.

## **Pedro López (1979)**

La de Pedro López Cárdenas es una historia que merece ser contada como un relato largo. Él la cuenta en forma de poesía. La maneja “al dedillo”. Como pocos de sus contemporáneos, López es más que nada un lector, un veedor, un espectador antes que una figura central. Le fascinan y conmueven los personajes secundarios en las películas, los que han perdido antes de poder decir “Yo sí puedo”.

Si bien su bibliografía se limita a un título, hay que destacar que su participación en revistas es constante, en especial en “La Esponja”.

*Factoría de saetas*, de 2015, es un resumen de años de escribir para él y su Hacedor, sea cual fuere este. De múltiples recursos, el libro casi ha pasado desapercibido para la crítica especializada, pero contiene un sinfín de sorpresas y astucias escriturales, producto —vale recalcar— de sus lecturas interminables y de una vida alejada del ruido común, de los cortocircuitos a los que cada vez nos acostumbramos con más dejadez.

No conozco otra persona con quien pueda conversar sobre el *Ulises*, de Joyce o *En busca del tiempo perdido*, de Proust o *La vida instrucciones de uso*, de Perec —entre otros monstruos entre los libros—, que en verdad los haya leído a conciencia y cabalmente. Su predisposición al asombro es —redundante pero realmente— asombrosa.

El poeta español José Luis Corazón Ardura afirma, en el prólogo de *Factoría de saetas* que: “Bajo el tono elegíaco propio de la poesía, aparecen otros elementos tradicionales, como una inspiración romántica de la noche, la atracción por el abismo o la cercanía de la musa abandonada” (Corazón, 2015, p. 9).

Hay una tristeza en la poesía de López que gobierna y que gana cualquier lucha, incluso la riña contra el sarcasmo: “Acaso eres el culpable por las quinceañeras que no desfloré”, recrimina en “Daddy” (López, 2015, p. 48), o, como en “Sollozos rezagados”, ese bello poema a la madre desaparecida: “No tenerte es volverte a amar, / saber que me buscabas en jardines / flanqueados de edificios / que eran cárcel y aposento” (López, 2015, p. 47).

Sí, nos ofrece la experiencia de la extrañeza, y lo hace con músicas incorporadas a su labor de escriba. Es que para alcanzar esos toques de buen gusto, se necesita un conocimiento mayor de las artes. Pedro López es cinéfilo, músico y melómano —que nadie se rasgue las vestiduras; estas dos palabras no son sinónimos— y poeta —quizá no tan loco como aspiraría él mismo—. Usa la métrica, como un ser extraviado en el tiempo, componiendo sonetos, cuyos endecasílabos, aparte de todo, riman.

Cinéfilo —o videófilo, mejor— es curioso que en sus poemas la cinematografía sea apenas aludida, más bien esquivada, por más que alguna imagen se atreva a acariciar el pómulo de Marilyn Monroe o su sombra. Quizá —pienso yo— es tal el respeto por el Séptimo Arte que no se permite entrometerse entre él, su poesía y los filmes que lo marcan. Ese distanciamiento es habitual en otros poetas cuencanos actuales, casi todos amantes del cine de calidad y culto, de los museos, de la música, que permiten que atraviesen sus obras, pero tan solo de soslayo. Pocas personas, sin embargo, con el acervo cultural de López en esta Cuenca culta y cálida.

Le gustan, ¡cómo nos gustan!, las enumeraciones. Es una forma detectivesca de acceder a los arcanos de todo ser humano, pero también, como en el caso del *aleph* borgiano, de entender el instante, o la instantánea, mejor.

Con furia se recita su poema clave, “Así Dios cobra sus deudas”. Hay que leerlo en voz alta, noctámbulos, a la hora en que los demás se disponen a empezar su jornada.



## Ángeles Martínez (1980)

La niña que rompía los tímpanos de los cretinos que se creían muy machos, rompió así los esquemas establecidos de una comarca que no creía lo que sus ojos anonadados y las ganas de taparse los oídos recibían de su voz lapidaria y decisoria. Los rompió haciendo lo que sabía hacer con categoría desde temprana edad: poesía. Poesía “bukowskiana”, poesía delirante, irónica y seductora, de gran calidad.

Es *Un lapso de impiedad* el que causa este desbarajuste, absolutamente necesario, en la sociedad cuencana. Su poema canónico “Para empezar” lo prefigura todo: “Dame una Gillette. [...] / Y luego ven, / toma mi mano, / y vira la muñeca” (Martínez, 2002, p. 46). Su mordacidad no es desnudez, es talante. “Si crees que la raza / merece oportunidades / al menos ten el decoro / de clonarte, / y que tus miles de defectos / no se junten a los de otros” (Martínez, 2002, p. 98). Sus poemas prístinos muestran una inestabilidad que no fue nunca expuesta por su voz. Escucharla en público siempre fue un aliciente, y otra forma de entender que la mujer podía arrasar, desde siempre, con todo alrededor si no hay un fuego que ella pueda apagar a punta de fuego. Porque eso nos enseña entre líneas nuestra poeta: que el fuego del Averno solo se apaga con el fuego del Edén.

“Razón de olvido” es uno de los poemas más hermosos escritos en nuestra tierra: “Sus alas estaban hechas de la noche, / burbujeante espuma del abismo [...] // ¿Por qué le dejé ir entonces? // Porque yo quería abrazos y él tenía alas” (Martínez, 2002, p. 54).

El poeta debe romper con las tradiciones, en especial con su tradición oral. Romper lo establecido, porque caso contrario no existiría la demostración de que conoce las reglas hasta sus últimas consecuencias o vericuetos. Eso lo inestabiliza, lo desespera al trovador. Ángeles Martínez desarrolla una involución lingüística hasta dar con el poema,

digamos que, pelado. Le quita sus sobras, lo que no es comestible o digerible. En aras de la totalidad, del conjunto, la palabra poética pierde singularidad en sus manos. Es un sacrificio de alcances semánticos. Se opera en ella y en su obra una desmitificación de la palabra poética para dar con un poema *resonante*. No se preocupa del mito de lo cotidiano y en lugar de ello se preocupa (ocupa) de dar con el misterio de su valor como poeta, como mujer. No quiere fracasar en poesía, porque el poeta puede ser un fracaso total, lo que quiere decir que puede triunfar. Y su triunfo es el de una original construcción de una imagen coloquial a la que le da una cruenta sentencia: los ojos de la persona que la inspiró.

Para alcanzar el poderío de su versificación, Martínez se arma de versos cortos, como laceradas de puñal. Esta estrategia enfatiza su manera de respirar, corta el viento con un par de silabadas, y así nos hace perder el aliento. *Trasnoche* está constituida de esa forma: “porque / aire / descompuesto / lleva / trae / cadáveres” (Martínez, 2012).

Es la primera poeta maldita de la ciudad y una de las primeras del país. El concepto que la motivó era sintáctico: perdónate por no tenerme, que ni yo ni nadie más lo hará. O, en otras palabras: ¡que nadie me recuerde por todo aquello que olvidé! Lo que podemos leer como que su obra apunta al olvido. Su mente es laboriosa y el acertijo que postula no tiene respuesta: ¿hay un fin en la poesía que no sea el de la reinención?

Sus poemas demuestran una madurez y una aceptación de la sensualidad con el paso de los años, de los traspies y de las dichas. Alguna vez opinaba ella que no entendía las frases coloquiales, sobre todo las respuestas a preguntas cotidianas que está prefabricadas, como el mentado “¿Cómo estás?”, ya que se puede estar mal, verdaderamente mal. Su inmersión en el lenguaje es una manera de ubicarse en otra

esquina, asimilar las cosas desde ángulos que nos permiten aceptar las muchas y posibles simetrías de las cosas, de la existencia de nuestros allegados y gente circundante y, así, de ella misma.

Su cercanía con Sylvia Plath, Alejandra Pizarnik y Amélie Nothomb no es gratuita —pero tampoco rebuscada—, como ansían otras poetas de generaciones cercanas a la suya. El aspecto más destacado de su personalidad es que Ángeles Martínez prefiere buscar lo que esconden las cosas, como las tres notables autoras nombradas, sin importar si eso es basura, la luz o la oscuridad que pueblan nuestras heridas o su propio nombre redactado con mala letra y en otras palabras: “todo es un sólido silencio / puedo sentir el corazón / me suena apenas / desesperante / como un papel que se rasga / a pedacitos” (Martínez, 2012, p. 72).

### **Yessenia Espinoza (1983)**

Yessenia Espinoza tiene una obra poética que es un fiel reflejo de ella misma. Este caso no se repite constantemente en los otros autores. Siempre hay un rasgo, una palabra que surge del mismísimo espíritu poético y que les es ajena en su cotidianidad. No es el caso de nuestra poeta. En Espinoza, y en palabras de Oswaldo Encalada: “Es la intensidad lo que engendra el sentido, tanto del discurso poético como del discurso existencial del ser humano” (Encalada, 2013, p. 7).

La poeta rehúye de la realidad, pero lo hace por la razón justa: dar un paso hacia atrás le permite ver al amado con claridad y no extraviarse en los detalles de este que probablemente son los que la dejan perpleja y enciegan. No olvida, sin embargo, que esto también le permite ser avistada en su totalidad. Nadie fija más la mirada que el amante. Y es este paso hacia atrás el origen de la razón: “Tú, frente a mí / me permites ser más azul. / Cuando acaricias mis rodillas / persuado tus intenciones” (Espinoza, 2012, p. 12).

El amante tiene doble función, la de desnudar a la voz cantante de sus ansias y de provocarlas un poco antes y un poco después. Esto nos explica que el amor se conjuga en presente, y cuando ocupa otro tiempo verbal se transforma en un juego macabro, que, para mayor inri, lo juega una sola persona, el que espera, el que rememora. Todos estos poemas enmarcan esta realidad entre sus bastidores de página vacía. El vacío que rodea a un poema es su contenedor, es lo que termina por ver el lector cuando el poema ha ocupado su interior.

Yessenia Espinoza es Penélope hastiada de la espera, quejumbrosa porque sabe que la última misión de Odiseo será ella misma, y encantada de saber que su recuerdo y su nombre serán el motivo de desesperación de su siempre amado. La voz de la poeta indica que quiere ser algo en las manos de quien lee. El libro como estimulante del erotismo.

## **Sebastián Lazo (1982)**

Cuando hablamos en mesas informales sobre poesía, el tema siempre se dirige a los poetas que lo son por su labor encomiable y dispuesta ante la letra escrita. El poeta es un ser que respeta a la palabra por encima de todas las cosas, que hace del lenguaje su territorio, el único que “posee”. Es un ser extravagante que siente el pulso de la vida en cada momento. Su hipersensibilidad no resulta un defecto, y se sabe que cuando habla lo hace cuidando la entonación, el ritmo y enfatizando los fonemas adecuados. Sebastián Lazo es, entre los poetas nativos de la comarca morlaca, un ser privilegiado con esa sensibilidad exacerbada y ese tono melódico en el que convierte lo que siente.

Desde toda una vida, su predisposición a la poesía es signo de su esencia humana. Está listo —se le ve— para que la belleza, la elegancia y la sorpresa lo manipulen y lo usen como su intermediario para llegar al resto de personas. Un poeta intenso, que sin remilgos ni cuidados ataca a la academia poética —perdón por el oxímoron— a base de versículos atildados y repensados hasta el hartazgo, hasta que no les queda otra opción que materializarse en la forma de un poema.

Lazo es un poeta del romanticismo, pero dista tangencialmente de ser un poeta romántico por antonomasia. Su romanticismo es más próximo al de Jaime Sabines o Pedro Salinas que al de Lord Byron, ya que la estética planteada se ajusta a un oído contemporáneo y a una captación actual antes que a los cánones o a la nomenclatura preferida y sugerida por los maestros del género. Su voz desenvuelta pero siempre aterida a la brevedad nos ilustra una cosmovisión del sueño como patente de la realidad. El sueño en Lazo es el porvenir de su poema, el sueño es la antesala de la verdad inequívoca que ocurrirá en su vida el día menos pensado, pero que se avecina inevitablemente.

Personaje histriónico y poeta de la necesidad, nuestro autor no se adentra en el acto de la finalización del amor, prefiere lo que está cerca de suceder. El amor para él es eso que se aproxima a hurtadillas, en juego peripatético, lo que termina por ser un gesto infantil y luminoso. Ella, la dama a la que canta, casi ignora el canto, el sufrimiento interno del poeta. Ignora incluso que alguien le cante sus gracias desconocidas. ¿Cómo nos atrevemos los humanos a imaginar el amor nuestro empotrado en el pecho del prójimo?

Herido por la *poesía vertical*, se alivia de las otras heridas con esta. O por lo menos le sirve de distracción. Su plenitud lírica amasa primaveras, para usar un término que le agradaría a nuestro poeta. Convierte con facilidad un sustantivo en verbo o un adjetivo en sustantivo: “Quien testiga esta noche / tu luz contará” (Lazo, 2010, p. 75) para darle una mayor fluidez expresiva, no para confundir al lector.

Afirma que la Musa es luz y por eso le ayuda a ver el camino. El camino que conduce hasta ellas, la Musa y la luz. Junta locuciones adverbiales de una singular manera, para así crear universos líricos y metamorfosearse en un antihéroe cínico que enfrenta a la soledad: “Porque siempre te vas / debo inventarte, / así tus templos y paisajes” (Lazo, 2008, p. 8).

Cabe en Lazo un detalle nada insignificante, y que en mucho está presente en una gran cantidad de los autores aquí citados: su capacidad para recitar sus versos en voz alta. Como he dicho, este no es un detalle a menospreciar. He subrayado la importancia del canto como fuente de aspiración vital, y que la poesía no puede tener otro sentido que el de enseñarnos en definitiva a respirar, quizá como el prójimo, como el autor, y, de tal modo, percibir como él las sensaciones circundantes. Por eso se vuelve imprescindible realizar un acercamiento al hecho de la entonación al recitar, u orar —si se me permite— en voz alta. Hay lecturas cuya inmanencia es el hecho de levantar la voz. Levantar la voz,

levantar la mirada, levantar la quijada son signos de rebeldía y también de aceptación. No así el asentir, que *a priori* es de resignación. Lazo, al igual que Cristóbal Zapata o que Ángeles Martínez, adquieren un poder al emplear su habla que no sabremos los escuchas pasar por alto. Recitar con poder, con el sentimiento idóneo impuesto a nuestra voz, no es tarea sencilla. Díganse lo si no a ese sinnúmero de grandes poetas del silencio, poetas para ser leídos a la luz de una vela a medianoche, con temor de invocar sus fantasmas. Estos autores no, pueden usar megafonía o su voz a bocajarro, pero sea como sea, saldrán victoriosos en una lid poética.

Aparte de todo esto, la potencia de Lazo está en su detenimiento. Comprime al momento en dos versos puntuales que tienden a ser contradicción pura, y que en ese ejercicio paradójico hallan algo parecido a un suspiro. Si algo busca esta poesía es eso: suspiros. El suspiro es la aspiración de alguien más, cuando no la expiración. Estamos aspirando suspiros a cada instante, si lo vemos bien. Lazo trata de poblar al mundo de suspiros, no de aspiraciones, no de expiraciones.

Uno de sus poemas iniciales —su periplo por el universo de la poesía inició muy tempranamente, su precocidad solo ha ido afianzándose con los años, y disculpen el retruécano— es delectable como la miel en los labios de la amada:

Cuando digo amor  
Se me rompen los dientes,  
Por eso solo lo escribo.  
Cuando escribo amor  
Se me nublan las letras,  
Entonces solo lo pienso.  
Cuando pienso en amor  
Acapara los sueños,  
Por tanto solo lo veo.  
Cuando veo amor

Se me ciegan los ojos,  
Entonces lo guardo.  
Cuando lo guardo  
El amor se estropea, se pudre,  
Entonces lo digo  
Aunque se me rompan los dientes.

(Lazo, 2002, p. 20)

Poema juvenil de alto calibre. La palabra soledad es la principal en su vocabulario. Ha aprendido a decirla de varias formas, tantas que parecería que son la misma soledad que lo visita con frecuencia, enamorada de él. Fito Páez y otros músicos ocupan su repertorio, aparte de su inmensa capacidad para silbar y con ese llamado, medio selvático, advertir a las palabras que necesita que acudan en su ayuda. No cae en parafernalias o simplismos. Es un poeta de la simpleza argumental y la riqueza de sintaxis: “Y cuando siento estas cosquillas ciegas, / ¿es que rozas con tu mirada mis letras / como lo haces ahora?” (Lazo, 2021, p. 67); o bien: “Aunque ya sea / demasiado tarde / seguimos aquí. // Ahora / poesíame tú” (Lazo, 2021, p. 70). Y de pronto dejó de ser juvenil, y de pronto reclama, y de pronto tiene como objetivo poético enniñecer.

No recuerdo haber conocido un poeta más en bruto, alguien que está en perpetuo estado de gestación, a quien cada palabra que le arriba, que le posee le causa una sorpresa abrumadora que no trata de eludir sino de dejarse poseer. Si no es el amor de pareja el perfecto amor, lo será por lo menos el amor por la poesía, esa otra pareja, que a veces nos intimida porque no cesa en su intensidad.



Sebastián Lazo camina por Cuenca con unos audífonos. Una vez me dijo, sentados en el Parque Calderón, que le encantaría ser extranjero para conocer nuestra hermosa ciudad. Lo leí antes, no sé dónde, pero no importa, porque Lazo se lo inventó, como inventa cada poema que se inventa a Cuenca. Es regocijante y aliviador saber que está por ahí, siendo un canto cantante, poesía en vivo y en directo.

## José Corral (1985)

Con 17 años, José Corral Corral presentó su ópera prima, *Pensamientos*. Febril y precoz, su intentona se debía a la presión cultural que tenía alrededor. Esa presión rindió frutos, ese libro iniciático era el germen de un poeta consumado que todavía hoy en día no se reconoce en su magnitud real.

En 2006 publica *El color del viento*, en el que su mundo interior toma posesión de todo: “Viajo entre luces de agua salada, / recordando tu susurro, / esperanzado en recordarte” (Corral, 2006, p. 41). Es un libro “encarrerado” con el propósito de encontrar a su autor. Los poemas marchan detrás suyo, en fila militar, siguiendo su voz. La condición de la poesía es ser inmanejable. Viajamos por ella como se viaja por los sueños, a sotavento, ansiosos siempre por encontrar la vigilia. En estos avatares el timón es operado por alguien que no somos y que quiere que seamos como él. Un libro catártico —en su momento— y que hoy sirve como testimonio de una generación alocada, “es que esto de no ser Dios / le deja a uno mediocre en el dolor” (Corral, 2006, p 64). Letraherido, el autor se invisibiliza, o se camufla como el viento al mover cosas, sin importarle nosotros ni los otros.

Cuatro años más tarde aparecerá *Tour errante* con ese despliegue de informalidad en sus palabras, lo que da resultado, en su combinación, a una relación innumerable de realidades. Su lenguaje se aleja de la ilación racional para desplegarse como un hecho autónomo que cubre todas las posibilidades de lo real; dígase, por ejemplo: “El feliz lago de niños entumecidos del calor / se derriba y forma el estilo de presentarse / en el cuerpo de los dos” (Corral, 2010, p 67).

José Alejandro Corral tiene un poco de cronopio más que de fama. Lee de manera especial — fijada y obsesivamente— novelas y cuentos, y sin embargo escribe: “Errante de camino dormido, ¡cómo merezco

tu travesura!, / incompartida” (Corral, 2010, p 29). Nunca dejará de procrear objetos mágicos surrealistas, que en términos bohemios lo definió Eduardo Milán después de una agotadora velada: “Puedo ser tu ahogo... / pero / asegúrame de no ser quien siente / la daga dentro de / tu cuerpo” (Corral, 2008, p 88). Prefiere la literatura convencional, las tramas policiacas, los seres imaginarios y los finales felices.

Pregunta el inmenso poeta que fue y es Wallace Stevens si “¿existe una imaginación [...] que en medio del verano se detenga // para imaginar el invierno?” (Stevens, 1993, p. 35), a lo que José Corral responde: “Aprendí a dibujar mariposas silvestres debajo de la falda de la montaña del monstruo comesueños” (Corral, 2010, p. 19).

A veces, la poesía de Corral es una respuesta a las maledicencias mundanas. Está por todos lados, una mirada que bordea los aspectos más importantes de la vida, de un pueblo, de una persona o de un campo. Andar al borde es una de las formas de aprender equilibrio. Eso enseña el siluetismo, en arte y en poesía. Esa forma de acercamiento a la sensualidad que es mirar las cosas como si estuvieran vaciadas, como si solo tuviéramos a mano lo que la define, como si tan solo se tratara de sombras. Como en el caso de Corral, hallamos este distingo en poetas de antaño, en especial en Jacinto Cordero, casi su predecesor en cuanto a su afán de cantar por la existencia desde el centro mismo de la existencia; casi su predecesor, en este sentido, al ser el más whitmaniano de nuestros poetas contemporáneos, de lo que, presiento, él es consciente.

Por eso, Corral es prolijo. Sus imágenes no están saturadas, aunque no rechazaría él jamás un toque de barroquismo, porque toda luz es barroca, permite que veamos el entorno en su totalidad. Diríase lo contrario también, que toda oscuridad es barroca por excelencia, ya que permite adivinar todo lo que hay y no hay en un espacio singular o unívoco. He dicho que es prolijo porque es sencillo leerlo, como a todo gran poeta, cuya fortaleza resonará en nuestros oídos por mucho tiempo. Prolijo y luminoso, los dos calificativos que le calzan a la perfección.

Aire y agua, elementos primordiales para Corral, su condición de géminis coincide con ellos y también con su poesía, que es ambigua en el sentido de que entraña dos objetivos afines a los elementos, los sueños, que son volátiles, y las profundidades acuáticas a las que nos sumerge. Hay poetas que como él experimentan un tono en procura de una voz que resuena, para lo que se nutren intencionalmente de poesía que resuena. Lector impenitente, escoge a Wallace Stevens y su huella se nota en sus versos. “Cuando resbalé por aquellas laderas tristes, / recordé el rostro envejecido de Manuela. / Parecía todo muy atardecido. // Lo verde, que ya no era su nombre, / fue fuego. Todo / lo que era verde fue fuego” (Corral, 2021, p. 46).

Su oído sería su mayor virtud, por eso la habilidad genética para captar las bondades de cuanto instrumento musical se le cruza en el camino. De una guitarra saca lamentos como lo hace de una persona que se identifica en su verso.

El mundo hoy en día intenta unirnos. Estamos fragmentados. La voz del pueblo ahora son las voces del pueblo. La *Ilíada* fue compuesta por una muchedumbre que respiraba acompasadamente. Es una historia coral, así la hubiese escrito un ser extraño llamado Homero. La poesía de hoy, como las costumbres de hoy, nos han dividido con el afán de entendernos mejor. Ya no hablamos en coro, ahora hablamos en nombre de algo que queremos ser nosotros y trascender al punto de crear el “renombre”. José Corral recoge la tradición antiquísima de generar una poesía de la tradición, una poesía que se pueda cantar coralmente. Algo similar practica Jorge Aguilar, solo que en un sentido más de *civitas*. Una observación del pueblo, no tanto el darle la voz al pueblo. Palpita en Corral el aroma de yerba mojada, ese olor ineludible que nos cobija a todos.

Aunque tiene como premisa el cuidado reposado de la palabra, a veces los neologismos le son de fácil elaboración y discernimiento. El neologismo no implica ingenio, tampoco la disposición cadenciosa del lenguaje, silencios incluidos, certifica la experticia con el tono y el ritmo, y Corral alcanza logros estéticos en ambos campos, combinándolos con algo que se me ocurre es su infinita humildad; verbigracia, “decúbito prono / decúbito inclemente / decúbito porno / decúbito supino // los párpados ya encierran el día / pienso en el basalto y en el algarrobo / pienso en la lluvia que cae oscura en las islas de Jara” (Corral, 2021, p 47).

Pocos poetas cuencanos poseen su capacidad de adaptación. Ninguno su mayor virtud, jamás morir en el otro, ya que el otro, el hermano, el amigo, no son urnas fúnebres. Sus libros tampoco. Si algo son, son cunas de un lector que irá confortablemente en ellas a sus sueños.

## Jorge Aguilar (1986)

El rigor en la poesía es trazar un mapa hacia el poeta que solo un elegido puede seguir. Jorge Aguilar, de manera sigilosa pero estable, ha confeccionado un poemario que con los años reúne a una serie de composiciones perfectas en su estructura y en su manufactura, por no decir en su compromiso ético y estético hacia el lenguaje y la tradición. Esto calificaría para los mejores poetas de todos los tiempos y en Jorge Aguilar no es una desmesura. Sus versos sustanciosos, el concepto que componen cuando se los lee juntos, autoriza a Aguilar a ser considerado el portavoz de una generación de desencuentros, de desmotivaciones, de juzgamientos de los que se han visto amenazados y que mediante la poesía subsanan con garbo y solidez.

Cualquiera de los poemas de la trayectoria de Jorge Aguilar son edificaciones tan bien fortificadas y custodiadas con celo como lo sería cualquier panal. Como en cualquier panal, esconden reinas y miel, el júbilo. Lleno de ritos, son imágenes carentes de patetismo, y sin afectaciones o mojigaterías nos masajean la cara hasta dar con una expresión de sorpresa aterida, más como si despertáramos y tuviéramos sobre el rostro una mascarilla, no para disfrazarnos sino para cambiarnos el rictus. Habla en nombre de la tribu que comanda: “Llevamos la vestimenta de los parias / y la sombra a rastras” (Aguilar, 2021, p. 38).

La sección autobiográfica de sus poemas tampoco nos muestra a un hombre quejumbroso y rendido, ni por desamores ni por la ausencia de una deidad que se manifieste en él ni porque no entiende que en el mundo habite el olvido: “En algún punto del mapa existe una mujer / que ha venido soñando, desde su infancia, / con el precario funcionamiento de mi patíbulo” (Aguilar, 2021, p. 39). Versifica largamente, contenidamente, aguantando la respiración con el objetivo de llegar al fin de la línea desalentado, para solo empezar de nuevo en la siguiente. Intuyo sus días, similares en forma a estos versos, aunque conozco su jovialidad al pie de la letra y su entrega casi total a las sensaciones: “Benditas formas de perder lo que uno ha sido” (Aguilar, 2021, p. 41).

## Isabel Ochoa (1987)

Isabel Ochoa tuvo un estreno rutilante y sonoro. *Los dioses hacen figuras de origami* permitía adivinar y soñar con una poeta a carta cabal que evite los improperios o los juegos mordaces y verbales para salir adelante. Cosas del destino, Ochoa se distanció del ámbito literario pero nos dejó esta pequeña maravilla de poemario colmado de alusiones sexuales, de erotismo puro e ironía. Sus personajes hacen cosas disparatadas, como bailar con nadie o repetirse el nombre propio para que el del otro al fin sea borrado.

No es una poeta nihilista, ni quiso serlo, y no obstante, desde el juguetón título del libro atiende a sus ansias de que no exista dios para que no se enfade por odiarlo: “Sacudieron las colas hasta lograr un mito, // repletos de miedo, haciéndose gigantes / hasta extinguirse ciegos” (Ochoa, 2012, p 23), pero también para que su soledad no sea en vano: “Presas de su cáncer de memoria / deseando ser un poco más que nada / un poco más que percusión del hastío” (Ochoa, 2012, p 22).

Cristóbal Zapata dice sobre Ochoa que la “joven poeta ha construido un microclima [...] y un micromundo, que es al mismo tiempo un mirador y una empalizada contra la hostilidad del mundo real” (Zapata, 2012, contrasolapa).

Ochoa apela a la contracción del poema y a su inacabado, como una pieza arquitectónica contemporánea que luce las paredes sin pintar o los techos sin enyesar. Ese recurso que asoma en muchos de sus poemas nos inspiran confianza en que la escritora que hace esperar por el fin es una forma de gestar la ansiada paciencia.

Es sin duda una de las voces emergentes más destacadas del escenario poético local y nacional. Su primer libro es, a su vez, imborrable.

## **Verónica Neira (1987)**

Verónica Neira es una poeta que maduró ostensiblemente entre su primer y provocativo *Y decidí tus ojos* hasta la actualidad. “Hic et nunc” es un gran poema, en el que utiliza soluciones lingüísticas que obligan un análisis reposado. Un verso propone lo que el siguiente desdice, y el primer párrafo hace lo mismo con el último. Una estrategia serpenteante y en esencia posmodernista. Si algo será Neira como poeta es eso, posmoderna. En ciertos momentos se inclina por lo radical y la poesía de corte maldito: “Mantengo tu lengua alejada. / No amor, / no es la tentación. // No quiero cortarla, / ni decorar” (Neira, 2009, p 61).

Le ronda una tristeza profunda, acentuada en sus últimos poemas. “Sueño en días de risas, / en mañanas eternas” (Neira, 2021, p 148). Una tristeza rayana en la nostalgia. “Ayer me besas, juegas y cantas. / Ayer pierdes, / y hoy también, / pero la casa está llena de ayer” (Neira, 2021, p 149).

Le ronda una gana de huir que traduce en verso.



## Juan Fernando Bermeo (1989)

A partir de su sugerente “Bajo la tenue rigidez del cristal”, Bermeo Palacios ya muestra su condición ética que priorizará en su producción futura. Dice: “Esta fricción es asfixiante / y la presión es insoportable / aquí, / dentro de este envase, / que separa mi felicidad de la tuya” (Bermeo, 2009, p 95). Juan Fernando vive en varios mundos, el de la historieta, el de los videojuegos, el de la comicidad y la música, el de la docencia y la gestión cultural, el de la poesía, y la combinación de todos ellos puede traer caos, que no siempre es desdeñado desde el último de sus mundos. O quizá desde ninguno, si somos más puristas.

*Metropolis*, título extraído de la banda estadounidense de metal alternativo, no de la película homónima de Fritz Lang, es la reunión de sus poemas de juventud y del inicio de adultez. Un poemario que intenso en su profundidad nos da serenidad al leerlo por primera vez. Se trata de una obra que debe ser repasada en varias ocasiones, acogiendo el consejo de que los auténticos grandes libros urgen de una relectura antes incluso que de una lectura. Anécdotas aparte, Juan Fernando Bermeo cultiva la poesía con entusiasmo, con alegría, con, precisamente, lecturas varias, y sabido es que no existe ejercicio intelectual más arduo que el de convertirse en lector. De tono reposado, *Metropolis* nos traslada a una distopía —y entonces, por acto de magia, visualizamos al filme de Lang—, y con esto se viene lo escabroso y la inevitable violencia que se incubaba en todo conglomerado humano: “Caminamos con sueños como espadas / penitentes frente al cadáver del tiempo / somos también la llave que se antoja ley y voto / esculpimos corazones en los inquebrantables vacíos” (Bermeo, 2018, p 47). La serenidad con que se nos presentaba se vuelca por la sinceridad de un pueblo dolido que, como un uroboro, come su propia cola.

No sería descabellado encontrar un reflejo del cómic, en el que la ciudad es siempre un enorme basurero o burdel, con los poemas de este libro, y quizá con toda la mística literaria y artística de este poeta, cuyo destino es adentrarse más en los barrios más sórdidos de nuestra imaginación, o sea, de nuestras vidas, a donde no pretendemos ir ni en cien años, pero en los que vivimos, de una manera ladeada, cómodos, sin querernos dar cuenta de dónde estamos. Amante de la historieta y de la secuenciación que esta ofrece a sus adeptos, depura nuestra captación a base de imágenes que están congeladas en el tiempo pero que dicen y se desdicen a rabiar.

*Metropolis* es la descripción de una ciudad sin salida. Nuestro autor es kafkiano en ello. Y también un juzgamiento a nuestra capacidad autodestructiva. Cuando un poeta, como es este caso, funge de juez, el castigo que impone es que los ímprobos sigan siendo lo que son.

La tercera parte del libro: “Amor. Nacidos de un soñador y un milagro”, no reivindica a la especie, por esperanzador que sea el nombre: “El planeta será destruido irremediabilmente / no por el calentamiento global / ni por los meteoritos que salen en *History Channel* / sino por el exceso de estupidez embrionaria” (Bermeo, 2018, p. 94). Leo en esta obra la memoria del *Libro del desasosiego* de Pessoa:

El dilema no está en el beso, sino en el cambio de labios.  
Si los sentimientos son iguales o más fuertes que antes,  
sabrás, muy en el fondo, que el cambio empezó hace rato y que  
transmutar de una mirada a otra no es un acto sencillo, pero  
sí letal. El daño que tu cabeza experimenta cuando ves el alma  
de un mortal volverse humo frente a tu boca es irreparable  
(Bermeo, 2021, p 56).

Me sobrecoge la economía con la que administra su palabra, con la que controla la fuerza bruta de sus imágenes.

## Isabel Aguilar (1988)

Firma como Issa Aguilar Jara. Los nombres que les da a sus poemas son el primer gran hallazgo en su literatura: “De cuando Dalí me invitó a internarme”, “Desde el multivértigo”, “Las botas que nunca pisaron mierda”, “La edad de burro tardía de una vagina resentida”, “Posé una mariposa del color del arcoíris sobre tu hombro para que te cuidara”, entre otros. Luego viene el éxtasis de leerla. Desdeñosa de los convencionalismos, sin caer en vulgaridades, extrae de su boca como si regurgitara un sinfín de adivinanzas sobre cómo sería el mundo si, por ejemplo, no sonara tango en ningún lugar o si de verdad la hierba de los deseos fuera en verdad mala. Cruda, pero tierna, ama sin prejuicios, porque en el elevar palabras a los santos cielos se desprende de estos.

Es la voz de su generación que la adopta como su líder, no solo por su bonhomía y desenfado, pero también por eso. La adopta más que nada porque su talante la antecede, su vigor poético, su caudal de imágenes que en un principio resultan desconcertantes pero a las que regresamos como al calor del colchón conocido.

En 2018 publica *Con m de mote se escribe mojjigata*, que hace temblar la tierra cuencana. El cinismo a flor de piel: “Existen dos tipos de personas en la Tierra: // 1. Las que creen que el objetivo de una relación sentimental es el matrimonio. // 2. Las que leemos. // Los libros son tan costosos en las ciudades pequeñas...” (Aguilar, 2018, p 95), en el que muestra su rebeldía, necesaria, para desprenderse de lo que ella no quiere llegar a ser en el futuro y que muchas jóvenes antevén sin el armamento adecuado para esquivarlo. Por eso es la voz de una conciencia y de una generación. La ciudad le duele porque quiere —como todo lector— que sea más plácida, más libre. Su obra en general es un grito independentista. La libertad que también da lo sensorial y carnal. “¿Habrá algo más divino que arder dentro de una piel en llamas?” (Aguilar, 2018, p 25). No tiene miedo de decir que las cosas son azules, así estas sean blancas. No tiene

miedo de equivocarse. Esto quiere decir que no tiene miedo de acertar. Luego, escribe aterrada de que estas catarsis no surtan efecto, y lo hace con mayor vehemencia, para al final, luego de las 12 fases del luto, despacharlo todo de un plumazo: “Espero / dejar de ser materia / el día en el que este libro / no sirva para un c-a-r-a-j-o” (Aguilar, 2018, p 84).

Hay poetas que usan una pose o se ajuaran de una forma específica para escribir. El método es ritual. La profusión de telas o su ausencia marca el devenir poético. La pose de Aguilar Jara no es la de una manipuladora que se ha maquillado en procura de convertirse en una *femme fatale* o en una dominatriz. No es una queja, su poesía, ni un alegato de defensa, es pura consonancia estética, sentido espiritual alcanzado por una tesitura diáfana, acaso coloquial en ciertos casos, pero profunda, sensualmente acertada.

*Poliamor Town* es publicado en 2020. Se trata de un libro más compacto y con línea conductual. El amor ocupa el protagonismo que en el anterior lo tenía la ciudad. Aguilar hace gala de una madurez lingüística y de arquitectura poética insoslayable. Incluso aventura rimas: “Ya nadie ha de usarme / para el amor construir / ricina ruego matarme / no es en vano mi sufrir. // -¿Qué hago entre los textos de una sacrílega que escribe sobre poliamor?” (Aguilar, 2020, p 27), se pregunta al fin el amor.

Su obra maestra es “Territorio”, aunque discutiría conmigo mismo este aserto. Su final es espléndido: “Miami, / yo te amo más de lo que recomiendan las instrucciones para armar cualquier otra cosa” (Aguilar, 2020, p 22).

A ella no le gusta esto, de eso estoy seguro, pero, junto a dos o tres poetas aquí seleccionados, es el futuro de la poesía cuencana y ecuatoriana que viajaron en el tiempo para demostrarnos que está en buen recaudo.

## Guillermo Gomezjurado (1993)

He nombrado ya en este estudio literario a poetas de una sola obra o que prefirieron guardar silencio después de esta. Es una actitud respetable, como lo es la de actuar prolíficamente y no cejar en el intento de encontrar una propia voz o de renovarla. Guillermo Gomezjurado Quezada fue siempre un lector abismal que entendía que a la palabra hay que darle su centro y sus periferias por igual, para causar contrapeso. Lamentablemente, nuestro autor, después del auspicioso despegue con *Identidad* —publicado cuando el autor tenía dieciséis años— se resistió a publicar lo que seguramente tiene engavetado y latiendo en espera de su redescubrimiento.

Poeta por excelencia, sus descripciones preciosistas son una invitación a volvernos un poco más risueños: “las orillas seguirán entallando / la cambiante cintura del río / y las hojas seguirán cayendo / como nosotros, / al mismo ciclo / de flujo y de silencio” (Gomezjurado, 2011, p 34).

Como crítico sesudo que es, descreyó en mucho de su propia obra —razón por la cual ha pedido que sus poemas, en principio seleccionados para esta antología, finalmente no se publiquen en este volumen—. Discrepo. Las primeras obras, por supuesto que olvidables, dan pie para la confección de las siguientes.

Libro infaltable en nuestras bibliotecas, *Identidad* habla de nuestra ciudad como prolongación del cuerpo y alma de Guillermo Gomezjurado. Debe ser leído así, como un extraordinario trabajo de un no menos extraordinario poeta en el momento de su eclosión.

## Camila Peña (1994)

La última gran colección de poesía cuencana pertenece a la poeta Camila Peña. Con *Jardín transparente* obtuvo el II Premio de Poesía Iberoamericana “Francisco Ruiz Udiel” (los poemas aquí antologados pertenecen a esta obra). Se trata de una lírica persuasiva y profunda, que cala hondo. Es un poemario lleno de fantasía y de dulzor, sin ser acaramelado. Invocación de las fantasías más añejas, de los sueños perdurables. “El primer jardinero / tiene voz de mujer, / viste una túnica de alas quemadas” (Peña, 2021, p 19). La belleza que da paso a nuestra lectura (porque eso hace; la belleza abre las brechas de las frondosidades del alma) nos engalana como lectores, como parte de su gesto creativo. Hay violencia en sus versos, maldad, como las niñas que juegan a las escondidas o a atrapar mariposas: “Encontrar entre las rosas / unas manos de hielo. // Mirar cómo / la flor / casi muerta / dice / *piEDAD*” (Peña, 2021, p 30).

El regreso a nuestra esencia, a arañar la tierra, a mirar cada amanecer como si fuera el primero, a buscar en la voz el origen de la herida o a unir con las manos algo que está en el aire, es dolor hermoso. Sus versos son una caricia; la parafraseo: “Donde no hay nada, después estarás tú” (Peña, 2021, p 41).

Todo *Jardín transparente* es una evolución de la naturaleza de nuestra visión. La sección o museo “Tierra del canto” es proverbial. La sangre palpita por la malacrianza que comete todo niño de crecer, de dejar de ser lo que es.

El jardín en Camila Peña es el lugar donde pasa todo, donde está el veneno a la par que el manjar o la miel, donde está la tierra que lamemos y la otra tierra que se pondrá sobre nosotros: “El jardín más hermoso solo es el anuncio de otra muerte” (Peña, 2021, p 82). Cada poema bebe del anterior, como espinos enlazados en sus raíces, como bananeras que se alimentan juntas o juntan fenecen.

Su profundidad de ribetes bíblicos sobrecoge. Nos invita a recorrer su jardín, y a que nuestra mirada sirva quizá de fertilizante, quizá de riego. Esa cualidad de volverle al lector partícipe, o cocreador, se refleja en especial en los autores de la última generación, o los novísimos, que, un poco más generosos, abren las puertas para que el lector ingrese de plácemes a sus adentros, a conocer sus secretos más íntimos, pero también a modificarlos, si les viene bien. No es esta generación de poetas de la que da por sentado que su punto y coma es el punto final.

La aparición de este libro nos predispone al largo camino, en clave de paseo jardinero, que hará Camila Peña por las órbitas poéticas. Libro ya imprescindible y que conjuga su naturaleza con la de este otro jardín que conocemos como Cuenca.

## Conclusión

La poesía cuencana siempre ha estado en buenas manos. En las manos de sus lectores y de sus autores. Hay una larga historia entre Cuenca y la poesía, que es a su vez profunda y sincera. Los poetas cuencanos son seres que permiten que los vientos y el agua de los ríos los inspiren. Las generaciones últimas buscan una voz particular, hermoseedada por el encantamiento que es vivir en Cuenca de los Andes. Dan con esta sin mayor problema, porque viene en nosotros el gen de la melodía, del ritmo y porque el lenguaje nos priva y nos permite gestionar recursos imaginativos y estéticos ante las adversidades de la existencia.

Esta es la recolección de voces de los principales protagonistas de la lírica cuencana de entre siglos. No vamos a fingir con que estamos hablando de una selección dificultosa, ya que los autores cuencanos saben a la perfección que escribir en esta tierra es tarea ominosa y compleja. Más aún publicar. Esto habla más que bien de aquellos que, heridos por la letra, emprenden esta misión que nadie les dio sino el hado, el destino, la Musa, la Providencia o su afán, y en la que entran sin importar si les ha sido asignada algún arma o mecanismo que asegure su victoria. Son poetas, *ergo*, íntegros.

Huelga asegurar que la poesía se reinventa al instante. Tiene eso que tienen las cosas antiguas —las de siempre— de no saber morir. A veces siento en nuestros autores un fuerte deseo por no escribir poesía o de más bien escribir el negativo de la poesía, una no-poesía. Toda ciudad necesita su poeta de turno. Nos acercamos a lo que mitologizamos para transformarlo, para volverlo también indecible y artificio. Un poeta nunca llega a destiempo. Eso es cosa de atletas. El poeta asume la memoria de un mundo, su parte vencida, su parte triunfal. Los poetas cuencanos, o que habitan a Cuenca, de este cambio de siglo que seguimos atravesando, con su destilado de sensibilidad, hacen también



de su poética una política, una historia cultural. Nos encontramos así con que casi todos los poetas son autorreflexivos, sin auto-desbaratarse —aunque por supuesto que hay quien así lo intenta—, algunos son neovanguardistas y hay incluso los sintético-ideogramáticos, al mejor estilo Nicanor Parra. La mayoría de ellos usa la palabra para mundanizar sus emociones más elocuentes y celestiales, para hablar del amor y de la perdición, para promover revoluciones y hay los que escriben poesía para ausentarse un rato y quebrar su propia sombra.

La novísima poesía, la emergente, no actúa contra lo imprevisible, porque eso se entendería como actuar contra la lectura de los clásicos. Se nutre de ellos. Los lee para intimar con esos autores que ya no están, así eso desemboque en intimar con la muerte.

Tenemos poetas para todos los gustos y poesía de varios decibeles. Para leerla rodeados de un silencio absoluto, sepulcral, o para leerla a gritos, con rabia, en medio de la plaza central. No nos falta una escritura teórica, reflexiva, sin impresionismos pero de una exigencia radical. Torres, Zapata, Astudillo, Lazo, Corral, Aguilar —Jorge e Issa—, Bermeo, Peña dan fe de que nuestros días no están contados, están siendo cantados.

Por último, conviene relieves el pensamiento crítico que fortalece la estética que entrañan las obras poéticas de Cuenca del Ecuador. Sin esa crítica, a sí mismos y al entorno, nunca se podría explicar ninguna clase de tradición que se pretenda fundar. Porque la dimensión histórica de un pueblo depende de la potencia y la sensibilidad en la voz de sus poetas.



**Los cantos. La cuencana es  
poesía en movimiento**

## **Galo Alfredo Torres (1962)**

Poeta, catedrático, crítico de cine, veterinario, egresado de filosofía; desde temprana edad publicó los poemarios que lo harían una de las voces más veraces en el panorama poético nacional. También se ha dedicado a la traducción de textos del francés y sus clases de cine son consideradas por sus estudiantes como instrucciones para apreciar mejor el séptimo arte.

## **Bocas**

Boca que bocas me dibujas  
y en mi boca conversas

Boca que polvo besas  
y en saliva me bañas  
que mi nombre abanicas  
y que disparas aves

Boca temible si colorida  
como el pigmento  
en el rostro del guerrero

Boca viaje de góndolas  
emplasto que restaña  
la dentellada del lobo

Boca temblor de hojas mojadas  
que con hilos de agua  
sometes mi tallo turgente

Boca cueva de reptil  
molido en ese molino me multiplico  
tu hilera de alfileres  
con cárdenos tatuajes me cifra

Boca recostados peces gemelos

Fetiché

de tan blanda: mi sosiego

de tan espina mi herida

Boca que toda boca me borras

y en mi boca enmudeces

## *Esprit de corps*

*In principio terra autem inanis et vacua,  
et tenebrae erant super fascient abyssi...*

Mas la piel es la orilla.

Allí termina el abismo y comienza el cuerpo.

Que se abre y se inflama.

Que con saliva amansa el roce.

Y con las manos mezcla y moldea.

(Cuatro elefantes levantan en vilo el lecho.)

Así es el cuerpo. Capaz de quemar el cuerpo,  
de incendiarlo para celebrar en sus llamas.

Vuelves a nacer, como de tu madre, desnuda.

Reniego del mundo y entro en tu cuerpo.

Nos damos a la luz. Las manos alumbran.

Molde y modelo, mi boca de tu boca.

(Un banco de peces ha inundado la habitación).

Órgano tras órgano de nuestros cuerpos

brotamos con toda nuestra edad.

Así es el cuerpo. Capaz de inventar el fuego,  
sacarlo del cuerpo para devolverlo al cuerpo.

El cuerpo es un caníbal

(muerde la carne con un arma blanca).

Es el más antiguo nómada,

y solo reposa en territorios amables y blandos.

(Hundo mi mano en el estanque. Cierras los ojos.

Me empapo de algas.)

La piel copia la piel. El sexo acuña el sexo.  
Así es el cuerpo, capaz de comer el cuerpo,  
devorarlo para luego volverlo a parir.



## Variación sobre un tema de Shakespeare

Tocar el cuerpo amado  
es como resucitar un bello cadáver  
hallado bajo agua.

Es animarlo con la mirada  
y abrigarlo con el tacto.

Con la caricia retiramos la hierba  
y nuestro aliento impulsa su pulmón.

Con el beso lo liberamos  
de su mortaja lodosa,

acuática,  
cotidiana.

Con el brazo le concedemos volumen,  
rubor,  
tono.

Con el olfato, olor.

Con la queja, una voz.

Y cuando ya respira  
con la palabra le devolvemos su nombre: Ofelia.

## Correo para poetas

Para sentirte más protegido en el oficio de poeta  
arrodíllate, por la arena, lienzo iluminado por la luna.

DEREK WALCOTT.

Amigo poeta:

para sentirnos más protegido en el oficio  
elevemos un salmo  
al dios que todavía no nace  
y muy de madrugada despertemos  
a todo el gremio de los guitarristas,  
solo así este instante volvería a llenarse con la misma sustancia  
que esa mañana en que sus piernas bajaron del autobús,  
—tenía diecisiete años y era toda libros y uniforme—.  
Para poner al amparo el poema oremos  
mientras contemplamos la delgada ilusión de esas películas  
que transcurren entre la nieve y árboles agostados,  
o inclinémonos ante las piezas de obsidiana y basalto  
en las que algunos hombres leen la biografía del incario.  
Para sentirnos más protegidos en el oficio  
deberíamos socorrer las heridas de los amantes  
con una gasa que por ejemplo  
tuviera la forma de andar de los amados.  
Maravillémonos pues de la humilde gracia  
con que toca un músico municipal  
y agradezcamos la voz del órgano catedralicio  
que como un anciano profeta predica  
una doctrina tan gastada como sus fuelles.

Yo mismo, para dar merecimiento a mi escritura,  
me adelanto a la habitación donde yace mi cadáver  
para saludar a los que se acercan y me despiden.  
En fin, para poner al amparo el poema, amigo poeta,  
te ruego hacerlo con la misma gracia que ella  
cuando termina de bañar su cuerpo.

## Balada para una mujer sola

Mi madre sabe apenas las letras  
que aprendió hasta el segundo grado.  
*(Well-begotten, and rais´d by a perfect mother).*  
Comenzó a leer libros a los cincuenta años —ahora tiene 60—.  
Ha releído varias veces *Lo que el viento se llevó*,  
en una edición popular.  
—Porque me gustan las historias del desamor.  
Historias de mujeres que también en los libros lloran —dice—,  
con un gesto de actriz del neorrealismo italiano.

Ella, la más pequeña hija del señor,  
es la hermana mayor del error y el dolor de toda mujer.

Nunca va al cine, por eso no hace distinciones entre Scarlet o  
Vivien Leigh —para ella toda mujer sola viste de escarlata—.  
Tampoco ha visto a Natassja Kinski ofrecer,  
como un acto de amor, su orina en un vaso a Mastroianni,  
y luego quedarse llorando a la salida de un cine,  
porque creía que *una bella historia de amor*  
*debe terminarse cuando todavía es bella.*  
Por su cuenta mi madre ha deducido que el amor  
es una bella historia solamente cuando es contada por otros.

Ahora lee a Álvaro Mutis  
y sospecho que está enamorada de Maqroll el Gaviero.  
—El amor es asunto fácil en la imaginación —dice—.

(Como fácil es escribir la palabra muerte  
—pienso para mí—.)  
Es entonces cuando entiendo que  
entre Whitman, Borges y yo  
(*Bien engendrado y criado por una madre perfecta*),  
con Vivien, Natassja y el Gaviero,  
hemos cantado esto que solo puedo llamar  
*Balada para una mujer sola.*

## Visita de la cruz

Apenas pasó el umbral de la puerta supe que era un enviado, un mensajero, que a pesar de su espalda desangelada algo venía a entregarme o a llevarse; el bulto que protegía entre sus brazos lo delataba. Con manos nerviosas lo abrió y me mostró el mensaje. ¡Era un Cristo tallado en madera! (¿Un dios de sesenta o setenta centímetros?) Soy un maestro tallador —me dijo—, es un encargo. Vengo de una aldea distante, alejada de todas las ciudades y las estrellas; el comprador falló y no tengo dinero para el regreso. Aventuré una cantidad. Nada respondí. Dijo que aceptaría la mitad, un tercio. Finalmente el precio cayó hasta la humillación.

Algo le dije sobre el desierto del cielo, sobre el espejismo azul; algo simple acerca de la sordera que impide escuchar a dios —me guardé el comentario sobre las bulas y burlas papales. Insistió. Cuando pretexté que mi bolsillo no alcanzaba para poner precio a un dios de ochenta centímetros —por falta o por exceso—, se resignó y comprendió que debía retomar el camino hacia su Gólgota.

Cuando volvió a cruzar el umbral de la puerta lo vi claramente: ¡qué sombría revelación! Llevaba otra cruz más grande y pesada sobre su espalda. Mi fe y caridad no igualaron a la de Simón de Cirene.

## **Bóvedas**

Si fuera posible,  
como una sábana, como una piedra,  
levantar o despertar estas líneas (las palabras:  
bóvedas custodiadas por una espina y un compás)  
y mirar debajo o detrás,  
se verían entonces, un poco ajados,  
quizá lejanos pero legibles,  
ciertos nombres o unas manos,  
las verdaderas voces que han dictado el poema.  
Pero no,  
porque una mística común  
hermana a la sábana, la piedra y la palabra  
en el oficio del secreto y el silencio.

## Drama con bodegón

La escena era cotidiana:

en la casa retumbaba el anuncio:

“ya llega el rey,

avanza soez y ebrio,

arrastrando su leva y su voz”.

Pero a ella, resignada y paciente,

no le temblaba el oficio ni el mantel.

Lo despliega en el aire y lo tiende sobre la mesa:

y entonces la madera se convierte en un país de

nácar;

por allí crecen cerámicas, confituras y frutas,

ya maduras, ya lavadas.

En las cuatro esquinas dispone dulces y tisanas,

y el país (nuestra casa) se aroma de manzana y

camomila.

Ella ofrece tanto porque su cocina es abundante

—es el exceso del barroco criollo, la hipérbole del

hervor—

como si un ángel hambriento le revelara que su mesa

tiene más de cuatro patas.

Y allí está el ventrudo rey.

Arrastra la silla y golpea sus nudillos

sus dientes chapotean en baba.

Antes de bajar el telón quema un fajo de

billetes.

Cuando el bodegón está por desmayarse,

ante tan discordante comensal,



ella, que heredó la gracia de ver las metáforas y no las  
cosas

—es lo que hace la salamandra para recibir al sol—,  
con un suave golpe de párpados opera la visión:

    convierte el vino en agua,  
    se olvida del grotesco y percutido rey,  
    y en su mirada aparece el príncipe  
    del que se enamoró  
    en otra edad, bajo otra luz,

—es lo que hacen las mujeres con eso que llaman  
amor—.

### ***Grande finale***

Cuando levantes tu mano ¡Oh, diosa!  
llévala cubierta de encajes.  
Que bruñido destelle el puñal  
y su joya labrada por un pulidor magrebí.  
Evítame la afrenta de tus uñas  
y asegúrate que en la prisa  
no se te corra el maquillaje.  
Que tus tacones se apliquen  
en la eficacia del golpe,  
que no te apene el cordero de mis ojos.  
Que mi herida sea hermosa  
como hermosa tu agitación.  
Todo *grande finale* es un lance de dados,  
y para jugarlo hay que vestirse de ocasión.

## Soñar con el corazón

Mi madre dice que para dormir bien  
hay que sacarse la cabeza  
una hora antes de entrar en la nube,  
que solo entonces se sueña con el corazón.  
Y es cierto.

Cuando me saco la cabeza esa mujer viene  
y reparte pisadas por este reino animal.  
Atraviesa tejidos y va marcando arterias  
con el certero ritmo de su pisada.  
A veces resbala alguna de sus prendas  
y puedo medir la circunferencia de su hombro.  
Otras veces me impaciento en contemplarla  
y bajo del lecho,  
salto por la ventana y voy tras ella,  
y cuando por fin alcanzo la altura de su vientre,  
su imagen se apaga como un grano de agua.

## **Retrato móvil de Sísifo Cajilima**

Es seguro que sobre corpulencias como la suya, recia y equina, montó la imaginación de aquellos delirantes escribas que concibieron deidades, duendes y gaseosos altares. Cada semana y puntualmente lo miro pasar calle arriba, con su raída dignidad oculta bajo el saco, el mismo que repite cada viernes y calle abajo.

¿Cómo puede tan robusta humanidad, ya mellada por la sal y el alcohol de feria, viajar sobre esos zapatos devastados por el sol? ¿Cómo puede este gigante cruzar frente a mi puerta vencido bajo el peso de su magra mercancía, si en otras tierras y bajo altos pórticos lo habrían celebrado como a un gladiador o un Patriarca?

Seguramente, reciedumbres como la suya incendiaron la cabeza del mitómano que creó a Sísifo o a San Cristóbal —el santo que cargó a Cristo—. Mas, sobre los hombros de mi macizo héroe, en lugar de la piedra griega o del dios hebreo, calle arriba y calle abajo, va una caja de limones, de la que cada viernes apenas compro diez.



## **César Molina (1965)**

Poeta que ha preferido la contemplación a la publicación y el repaso de sus obras antes que la profusión de estas. Su condición de migrante —ha vivido en Estados Unidos, con esporádicos saltos a su tierra natal, desde hace más de treinta años— signa su escritura y su manera de percibir la palabra.

### *Catholic splendor*

Estás más solo que nunca,  
por lo difícil que te es encontrar,  
a quienes están con vos;  
las mujeres muertas  
aún te excitan,  
pesan en ti  
todas las impurezas,  
porque jamás has podido,  
amanecer con el mañana.

Vives para dañar tus sentidos,  
la ciencia solo te conmueve  
cuando aclara  
el martirio de la carne,  
en la línea siempre buscas  
sus posibilidades de perversión,

no eres de este tiempo  
no podrás hacer otro a tu medida  
al modo del Teniente Jünger;  
mejor intenta tu propio éxodo,  
y cierra tus folios,  
deja al tiempo

tu rancio anecdotario,  
para que todo lo que dijiste  
sea usado en tu contra.

## **Estoicos**

Somos la minoría  
que cierra la marcha,  
de la impaciente turba  
que Moisés comanda,

un mismo sueño  
nos ha juntado;

el dios que aniquiló  
a los egipcios  
barrará después  
sus propias villas,  
como si su ideal fuera  
acomodar escombros,  
para reinar entre  
las aves de rapiña,

por eso esperamos tranquilos  
el momento en que  
el profeta levante el bastón  
que partirá el mar;

seremos libres  
cuando las aguas  
se cierren con nosotros dentro.



## El cruce

Every mother's son of ye draw his knife,  
and pull with the blade between his teeth.

HERMAN MELVILLE. Moby Dick

Antes de templar el viento,  
Oh Señor de estas aguas,  
mansos nos encomendamos  
a ti que sabes de estas corrientes,  
del modo en que el frío conoce  
nuestras grandes cicatrices.

En medio de la huida  
no aprendimos tu prudencia,  
tan solo el necesario ardor  
para recoger como endemoniados  
cada uno de tus pasos.

Al viento que silba enardecido  
acállalo con el trueno  
y restaura en el reino  
la quietud que acompaña al agua  
cuando es tocada por la brisa.  
Porque nuestras son, Rey de Ítaca,  
todas las ciudades que te vieron.

Esta raya de mar gruesa,  
que a través de los bancos de niebla  
parece ceniza como lomo de rata,  
es la última línea a cruzar.

Son nueve millas de agua,  
templadas como el halcón,  
que nos acecharán, perseverantes.

En el cruce del Estrecho los vientres  
evocarán la compañía del aire cálido,  
no habrá soplos salvadores  
elevándose desde tierra  
para ayudarnos en el trasiego.

Al litoral llegaremos agonizando:  
ligarán nuestros dedos desde sus bases  
hasta que la sangre los pinte otra vez.  
Debajo de las narices, colocarán espejos  
esperando que se empañen.  
Con grandes agujas buscarán  
en los corazones el ápex  
para escrutar en sus signos la vida.

Vamos llegando a la cota soñada:  
aquí todas las noches confluyen,  
aquí nadie escuchará los aullidos,  
aquí olvidaremos—quizá para siempre—  
los nombres de todos los dioses.

¡Quiero a este cielo cinabrio, tripulantes!  
Vamos a franquearlo hasta oírlo crepitar,  
vamos a sobarlo hasta escuchar

los crujidos de nuestros huesos.  
Veo a la vieja niebla encrespada acercarse  
bufando en nuestras nuca.  
Veo el arriba de gavilanes y garzas reales,  
acercarse, bufando en nuestras nuca.  
Veo el arriba de gavilanes y garzas reales,  
de zarapitos, cigüeñas y frailecillos.  
Comienzo escuchar estremecido  
las oraciones de la avidez.  
Los labios ya se mojan  
con las lenguas de los otros.

*Chicago, mayo de 2003.*

## **Cristóbal Zapata (1968)**

Polígrafo, dedicado tanto a la poesía, el ensayo y el relato, es además curador y crítico de arte, uno de los más connotados del país. Su poesía ha sido publicada en Ecuador, Perú y España, y es considerado unánimemente un poeta en las diferentes facetas de su vida. Ha ejercido cargos públicos destacados, como el de director ejecutivo de la Bienal de Cuenca, el evento de arte por antonomasia del país.

## *Plein soleil*

Pedro cerró los ojos. Los abrió. Las olas acababan suavemente en la playa. Cerró los ojos y escuchó como un gruñido o como un estertor: la mar.

IGANACIO ALDECOA

Cesura, continuidad de la ondulación. Las olas como ejércitos armados de plata, como el fulgor —advertido a lo lejos— de yelmos, arneses y lanzas: enfiladas huestes que avanzan temblorosas y espejeantes, confiadas. Cuando se encabritan están al borde de sus vidas: zambullidas en sí mismas son sólo espuma, arena, baba; la cometida final del guerrero, la venía al gladiador brindada.

No hay trámite de la luz, sobre su lomo el sol monta una brecha de brillo unánime que es encrespa y precipita en la orilla: oro desmoronado. ¿Dónde se gesta esta erección de agua? ¿Con qué silencio y disimulo se agazapa? En su breve curso —incesante, y sucesivo, distinto y repetido— las olas van del rumor al estruendo, de la embestida esplendente a su avenida de limo.

Más allá, en la simulada firmeza, lanchas estacionadas de Autoridad Portuaria vigilan —como el imprevisto jurado de una naumaquia— el zigzag de los surfistas, el detenido viaje de una vela.

No hay odres para guardar tanta brisa. El aliento marino hincha todo lo que toca: carpas, parasoles, efímeras tiendas del verano; se arremolina y escapa espeso de sal.

Sobre la arena se han tendido toallas y mantas donde derramar los cuerpos: desnudeces apenas veladas se arriman y avecinan: corvas, muslos, pelvis, talles, pechos. Aquello que cubren con mínimas prendas en verdad lo descubren y ensalzan, como la piel de musgo adherida a los acantilados que el mar desgasta y rasguña, acentúa la desnudez de la piedra.

No hay flujos secretos, manchas ni ocultas estrías, todo resbala y se revela. Las secreciones traspasan las prendas, por los brazos y piernas lentos ríos

de sudor y aceite se abren paso. Envuelve a los bañistas una heteróclita estela de aromas: huelen a dátiles, a bacilos de Döderlin, a esperma. Penetrados de sol y de océano, exhalan las entrañables fragancias del amor.

Durante el tiempo que dura su abandono, ¿estos cuerpos piensan, se piensan, qué piensan? ¿O son solamente un estar-para-la-playa?

Los ritmos tropicales programados en el *wurlitzer* de alguna fonda, pugnan por afirmarse; el Chanduy –caprichoso y esquivo– los escabulle y los vuelve intermitentes. Su vaivén se parece al de Ella, que aparece y desaparece, que se aleja y se acerca, como si cumpliera un estricto rol de actuación que la obligará a ir y venir –sinuosa y arisca–, esquivando guijarros, botellas y cuerpos. Una paseante altiva y desdeñosa habituada a los requiebros obscenos, a perdonar flaccideces y obesidades, a ignorar los discretos encantos de los bañistas.

Ella va y viene, como las tintineantes campanillas de los heladeros por el boulevard, como ejercitando un íntimo ritual de desplazamiento. Adorna su ceremonia con un sombrero de mimbre a la Gainsborough, envuelto en un fino paño violeta, que al caer roza con las borlas su hombro castaño; ese mismo paño viaje alrededor de su cadera, y anudado a la altura de su ombligo, chorrea en flecos sobre su bikini esmeralda. Las piezas sugieren un isósceles invertido, un isósceles con vértices de jade.

Ella es una fragua. En sus traslados, a veces las prendas se pliegan y muestran una areola granate, un vello expansivo; nada la ciñe: los bordes que la calzan no la ajustan ni la prensan, simulan adherencia. Su atuendo está hecho de sombras y transparencias, de guiños y veladuras. Su cuerpo de arena turbulenta es frágil y templado.

De vez en cuando, una escuadra de gaviotas, con la resolución y destreza de las *Luftwaffe*, se lanza sobre la fijeza del agua.

En la terraza de un bar dos meretrices gastan su día libre bebiendo cerveza.

Desatendidas de la presunta clientela, se dedican a olisquear burlonas los perfumes ajenos; a repasar anécdotas, ahorros y ganancias. Modosamente vestidas y austeras de maquillaje, las delata su cháchara efusiva, y acaso también sus carteras tachonadas de chatarras estivales.

Ahora, decida, Ella se aproxima al Escriba. Tal vez, desde el instante mismo en que sus miradas chocaron hacia el mediodía, no ha pensado en otra cosa que abordarlo –emboscándolo, sitiándolo, elaborando un recorrido perifrástico–, o quizá, recién acaba de descubrirlo, exhalando desganado salomónicas columnas de humo, volcado en ademán de escritura sobre una mesita del *Plein Soleil*.

Cuando la ve arribar, él finge serenidad. Ella se hace de una silla y al sentarse deposita el sombrero en el perfecto hueso de su rodilla. Es irreprochable y nítida como un celentéreo. El pelo abatido y oscuro, los ojos sagaces, la boca deseante y lustrosa para decir “Ya vine”, con la resolución de la que llega para siempre.

Ella y el Escriba, juntos, abandonan el local. Atrás queda el heroico afiche de Alain Delon –músculos, yodo y bronce– manipulando el cedroso volante de un yate.

Es temprano en la noche. Sobre la playa, los veraneantes empiezan a improvisar brasas alrededor de las cuales habrá convites y bailes. El mar ha desaparecido, invisible presencia, ahora es solo una furia ruidosa, un eterno bullicio de agua.

## Geodesia

Tan pronto la memoria  
empieza a recordar  
el cuerpo recién amado,  
como si apenas volviese del amor  
ya fuera visión, o sueño, o sombra.

Del tuyo me queda  
la curva negra de tu frente,  
la suave estribación de tus costillas,  
la cordillera ósea de tu espalda,  
la cavidad salina de tu vientre.

Me queda también  
la línea azul que has dibujado en tu cintura  
como aquella otra  
que imaginaron los geodésicos  
para dividir el mundo en dos.

Pongo mi mano sobre tu línea  
y la Tierra es mía.



## No hay naves para Lesbos

Por distintos caminos y otros puertos  
debes ir; por aquí no pasarás:  
barcos más leves te serán abiertos.

DANTE

En New York, hacia mil novecientos ochenta y tantos  
es muy delgada la línea roja,  
la sangre del deseo corre  
por arterias de cristal.

Hubieras hecho mejor Gia  
quedándote en tu casa en Filadelfia  
pero el deseo —aquello que nos obstinamos  
en llamar destino— escoge por nosotros.

Vas a conocer la desesperación del amor  
la impaciencia del amor.  
Pronto, entre los fogonazos de las pasarelas  
—tan poco perdurables, tan poco memorables—  
entenderás que ningún ferry lleva a Citerea  
que no hay naves para Lesbos,  
que todas van a las islas del tedio americano.

Cuando descubrimos  
que sólo nos incumben  
los ángeles o los demonios  
hay muy poco que elegir  
y el sexo no importa.

El alma de una mujer  
es todo lo que persigues  
por las desnudas calles de Manhattan.  
Si no la encuentras, si se va  
te pierdes en los pasadizos recónditos de la ciudad  
buscando los salvoconductos  
cada vez más caros y letales.  
Todo sirve para pasar el trance,  
el ancho río de la desazón.

Así, con la inocencia y la resignación  
de un ángel que cae del firmamento  
cruzaste la delgada línea roja.  
Nunca te enteraste de las estadísticas,  
apenas reparaste que ya eran incontables  
los apestados y los muertos,  
innumerables las urnas cinerarias  
que coronaban las consolas de las casas.

Porque estabas embarcada  
en esa burbuja que el corazón  
imagina como un Absoluto,  
esa ampolla de jabón que insuflamos  
con la ilusión de verla flotar  
y ascender etérea y grácil  
sin acordarnos que ya mismo, ya mismo  
reventará en el Vacío.  
Por lo demás  
empezaban los malos años para el Absoluto.

Tu cuerpo se fue llenando de huecos negros  
como estrellas muertas,  
el Hudson desembocaba en el Hades,  
y los cancerberos  
—más espectrales que en la Antigüedad—,  
llevaban esterilizadas escafandras blancas.  
No la mujer que esperaste:  
Perséfone vino a prender tu mano.

Y la belleza, tu legendaria belleza de un día  
Gia Marie Carangi  
apenas te sirvió para cubrir algo más  
que las elementales necesidades de la especie:  
una suite en Lexington Avenue,  
los fuegos instantáneos de tus combustiones,  
una portada de *Vogue*  
que envejece en arcanas hemerotecas,  
y donde tus ojos, mentolados y tiernos  
aún brillan con sospecha.

## Stone

El gesto dura unos segundos  
(destello y obturación de la luz).  
Sharon desmonta  
para volver a montar  
su pierna brillante de seda  
sobre la otra, briososa de sed.  
Pero en ese centello del aire,  
en esa ráfaga de tiempo  
(desnuda bajo su falda diminuta)  
ha dejado entrever el bosque y la noche,  
la misteriosa piedra revelada  
sobre la que los hombres edificarán su templo.

## **Plegaria del fauno**

*A Galo, para rezarla juntos*

En los lechos del desconsuelo  
donde me entiendo con mi deseo a solas  
ofrecedme, Padre Nuestro que reinas en las alturas,  
una ronda de bacantes,  
como renovabas —en otros tiempos— mis ánforas de vino;  
dejad que las muchachas ebrias y lascivas  
vengan a confortarme con la caliente esencia  
de sus sexos perfumados.

Yo he cumplido con mi parte:  
he cuidado vuestras vides y vuestros bosques,  
he guardado vuestros ritos y vuestras fiestas.  
En el invierno de mis días, enviadme, amado Dionisio,  
los signos propicios de la primavera.

## Poema de adviento

En el vientre de la madre  
el hijo crepita y tiembla  
como un racimo de uvas  
sacudido por el viento.

¿Cómo crecerá esta inesperada creación  
concebida en la vendimia de los cuerpos?

Azorado y crédulo,  
el padre espera su descenso  
del paraíso vegetal,  
como las frutas maduras se desprenden  
para ser otro cuerpo y otra sangre,  
el vino ardiente de la vida.

Vehemente y curioso  
arrima su oreja al tambor materno, y escucha  
—tal si viniera de muy lejos—  
la melodiosa percusión de la luz.

## Conjugaciones

Amada mía

no existe el Futuro Perfecto.

En ese tiempo

*habremos caído.*

## **La miel de la higuera**

Bajo el follaje de tu falda  
mi mano busca el fruto oscuro y fragante  
tal una promesa nocturna,  
y tus muslos se abren complacientes  
para que mis dedos lo hagan estallar  
como una granada vegetal.

Chupan mis labios la pulpa encarnada  
hasta embriagarse con su miel negra,  
mi licor secreto, mi jarabe eficaz.



## **De la cartografía**

*A Janneth Méndez y Pablo Cardoso*

Dos mujeres vuelven a verse en Lesbos,  
dos hombres se reconocen en Sodoma,  
un hombre y una mujer se juntan en el Edén.

A veces el deseo recuerda otro lugar.

## De la alfarería

Para Eduardo Vega y Alexandra Kennedy

Multiplicados, amada mía,  
las dos ramas de tus brazos  
por las dos sierpes  
de tus piernas  
dan cuatro miembros  
prodigiosos,  
claros,  
donde el cuerpo extiende  
su deseo,  
su música, su alegría,  
y con las que mis manos hacen  
esas formas del barro que llamamos  
Amar.

## Luego / todavía

*A Eduardo Milán, con efecto retroactivo*

El poeta y el artista saben  
que el mundo completa su sentido  
en el borde de una página  
en la esquina de una tela,  
que cada palabra o figura renuevan  
el significado inconcluso de los seres y las cosas.

Lo supo Mallarmé cuando tituló *Igitur*  
a un insólito texto,  
y más tarde Duchamp, cuando añadió al *Gran Vidrio*  
el adverbio *même*:  
“luego” o “todavía”/ “entonces” o “aún”.  
Entre estas suspensiones del lenguaje  
se abre la realidad al infinito,  
revienta el día de los signos,  
estalla la noche seminal.

## **Franklin Ordóñez (1973)**

Oriundo de Loja, ha hecho de Cuenca su ciudad adoptiva, viviéndola con intensidad. Ha sido, además de poeta, catedrático universitario, periodista y docente. Su obra no consta de demasiados títulos y es sin duda una referencia de la poesía cuencana. Su postura reservada lo ha vuelto un poeta enigmático, aunque en su poesía se vislumbra su realidad vital con total transparencia.

## **Jerusalén de Jesús**

Somos los últimos de la caravana. Vamos a Jerusalén en busca del Mesías. Dicen que mañana, al anochecer, estaremos en la ciudad. No conozco Jerusalén, Paulo sí, pero su corazón se ha dormido. Paulo amaba sus milagros: los pájaros de barro sueltos al viento, sus huellas en el agua.

Unos le pedirán címbalos, lucernas; otros amuletos para alejar la soledad. Yo, que arrastro el cadáver de mi amado, le pediré por los latidos de su corazón.

*Cuenca, 2001*

## **El jardín de las delicias**

A Ernesto Carrión

### **I**

Desciende la voz, juega con el barro.

(Adán intenta creer el milagro. Eva está harta del silencio.

La verdad es el Reptil: la voz del Animal crece en su Vientre como Árbol.)

### **II**

Caín deja la carroña y busca otros cielos.

### **III**

Oscuridad;

el hombre de negro,

de labios me sumerjo al infierno.

*Madrid, 2002*

## **Dios bárbaro**

Los pájaros estaban irritados con nosotros sencillamente  
Porque no dábamos importancia a sus palabras.

Al diablo las aves, sus cantos,  
Madrid desembrizada de la niebla,  
el llanto de rondadores y guitarras.

El mundo gira porque tú lo mandas

*Madrid, 2002*

## Esperando a Aquiles

Todas las tardes, el joven va a la orilla del mar y entre la bruma busca un carruaje halado por caballos. Sobre el carro al héroe de la batalla. Esa tarde escucha las oraciones que navegantes han inventado al guerrero. *Algún día apareceremos en sus sueños, juntos.* Por boca de nuevos muertos sabe que en la isla donde creció el amado, la llamada de Aquiles, se comienzan a levantar templos. Sobre un acantilado ve muros de mármol, en su interior el altar donde el guerrero viste su armadura. *Una inscripción hablará del amor y los amantes, de la locura del sobreviviente al perder al amado. Del corazón marchito del amado esperando el encuentro.*

Enciende fuego. Con piedras y ramas de mandrágoras levanta altares. Sobre un mantel coloca pan, dos copas de vino. *No sabes cómo me atemoriza que no des conmigo, que en tu viaje al país de los muertos me olvides. Hay veces que tomo ramas encendidas y las alzo al aire, grito aquí estoy, mírame, soy Patroclo... Por ti me embriagaría con la sal de los mares, bebería las rocas y sus huesos. Siempre comentaste mi impaciencia. Pero tengo miedo que me encuentres diferente, lleno de años y vacío. Tengo miedo a olvidar tu voz: se están borrando los bajeles que tatuaste en mi ombligo. Tengo miedo de que olvides las caricias de mis labios; mis manos con las que aprendí las líneas de tu cuerpo. Hay veces que me invade el terror y te imagino en otros brazos. Qué sería de nosotros si no hubiera jugado al héroe. Peleé para ti, intenté sorprenderte. Pero los dioses. Pero los dioses estaban con Héctor. Esa mañana me contemplaba desde el lecho.*

—Eres un niño —me dijiste.

*Sonriente me vestí con tus prendas: me armé con tu lanza, tu escudo. Salí al campo de batalla. Aquiles, más dulce tu silencio que las heridas.*

Cuenca, 2003.



## **Canto del sháman**

Dormimos rodeados de volcanes.

Al volver del sueño,

regreso infinito de sombras y osamentas,

sobre los párpados tenemos polen y ceniza:

ángeles y eunucos degollados...

Entre la fe y la abundancia, prefiero las navajas

de tus manos

**La lengua de la piel**  
**[fragmentos]**

**VII**

Los buitres son mis hermanos.  
Tú eres huérfano como el aire.  
Plata, plata quemada...

**VIII**

Mi voz es un canto desolado que florece en marejadas violentas.  
Solo conoce la paz de tu piel, de tus poros cansados y eternos.



## **Alexandra Vásquez (1973)**

Sin ser cuencana —nació en Paute—, su obra se publica en la capital azuaya y logra unos ribetes de alto nivel estructural. Su forma de habitar a Cuenca la vuelve una cuencana por designación y palabra.

## Ángel

Al amanecer  
un ángel aguarda  
transmutado en el misterio del jardín,  
sombrió como todo ángel.

Cuelga solitario  
lamiendo la savia verdeoscura  
con la que la tierra se prolonga entre las hojas.

Caracol de luz  
se encuentra con mi mirada,  
enrosca su cuerpo fingiendo prisa,  
titubeando por un instante  
ante su infinitud.

El resplandor dorado entre la sombra  
lo delata,  
algo en mí lo reconoce.

La ferocidad ámbar de sus ojos  
traspasa los escudos de los míos  
como espada inevitable.

## Agua

Si el agua fuera  
realmente  
agua,  
nosotros,  
seres líquidos,  
tal vez tuviéramos el afán  
de recogerlos en los recipientes precarios que nos contienen,  
de bebernos unos a otros,  
aun sin sed,  
tan solo para no desperdiciarnos.

Si el agua fuera realmente agua,  
ya no nos habitarían sueños ni palabras,  
sino monstruos marinos y tempestades.

Ya no buscaríamos en dónde enraizarnos,  
al contrario,  
anduviéramos siempre avanzando,  
siempre marchándonos.

Nos confundiríamos entre tanta transparencia,  
no sabríamos dónde termina el uno y dónde empieza el otro,  
ni si nuestras lágrimas surgen de ojos ajenos.

Si el agua fuera realmente agua,  
no distinguiríamos el llanto de la risa,  
pues cada estado sería el mismo estado  
fluyendo siempre en el caudal del olvido.

Pero el agua  
no es agua.  
Igual que nosotros,  
es solo un nombre  
que torna cierta la ilusión  
de lo diferente.

## **Juan Fernando Auquilla (1973)**

Poeta de toda la vida, y sin embargo sin una cuantía considerable de obras, ha sido también docente, además de incursionar en el ámbito de la academia. Su inclinación hacia las visiones —y por lo tanto deconstrucciones— de la ciudad como ente vital, lo vuelve uno de los poetas más honestos de la cuencanidad.



## **Ciudad nómada**

Vengo desde el sur  
recorriendo los senderos.  
Llego hasta la ciudad  
ubicada en la mitad de este valle  
de pronto se abren sus puertas de par en par  
me tragan entero...  
ahora soy un habitante ciego  
son mis manos y mi cuerpo  
las herramientas para habitarte  
incluso hasta el norte...  
¡tú eres la ciudad!

\*

En estas calles...

allá estoy yo de la mano de mi madre caminando.

¿cómo seré luego de 20 o 30 años?

\*

Muchos años después recordarán que he sido  
soy y seré quien desean que sea  
aquel que nació en algún lugar del mundo  
del cual nadie quiere acordarse,  
allí donde los semáforos siempre pintan blanco  
y existe un olor designado para la muerte  
y otro para la vida, estaré aguardando.  
Muchos años después...  
seguiré observando desde un lugar oscuro  
cuidando de una flor y dibujando serpientes y elefantes  
allí estaré...  
escribiendo mi nombre con huellas de gaviotas  
en un planeta de dos soles gemelos y amarillos  
y me recordarán arrojando  
las llaves a las alcantarillas  
por si acaso se les ocurra a los ladrones ingresar a la  
casa  
y esta está tomada

\*

Aunque cruce la calle siempre habitarán estos pasos.

## IV

Tus alas en forma de boomerang se reinventan,  
vuelven siempre al lugar desde donde iniciaron su recorrido;  
me pierdo en ti, como cuando miras la pupila de un felino inundado de  
luz  
o los ojos de una libélula que te retratan de cuerpo entero.  
Tú, vuelo infranqueable, recorrido en espiral,  
conduces los anhelos hacia una flor que reposa sobre el agua.

## V

El sol descansa por un momento,  
inmenso campo de libélulas  
energía, fuego, sombras,  
silencio, silencio, silencio...  
zumbidos edificados con deseos, colores,  
los pasos y las alas siguen la luz



## **Sebastián Endara (1978)**

Aunque nació en Quito, su ciudad de residencia ha sido Cuenca desde hace cerca de treinta años. Sus textos están frecuentemente cruzados por la filosofía, su carrera universitaria y su oficio. Es articulista de diarios nacionales. Ha publicado poesía, aforismos y ensayos filosóficos, siendo acaso el único caso reconocido y constante de la ciudad.



## Poesía para insomnes

8

la mirada que está perdida  
es una mirada enamorada  
del vacío más profundo

su deseo, su anhelo,  
es ser otra mirada,  
quizá una mirada ausente  
o una mirada despreocupada

el deseo en la mirada  
excede la realidad planificada:  
la paradoja de la violencia  
y la resignación  
se convierten en una lágrima

agua que baja  
de la imagen maldita,  
del deseo imposible,  
de la impotencia

**9**

esquivo tu descaro  
porque esquivarte  
es estar más atento  
al sentido de tus manos,  
pero con una diferencia:  
que creo y que amo  
tu presencia

### 13

avivo el tiempo  
implacable, inerte  
de la muerte en el hechizo  
del canto a lo informe

subrayo las líneas  
el arpa susceptible  
del viento, la nostalgia,  
de la purificación

y la herida contiene  
la razón y el elixir  
de la nada,  
maldita sea...

qué hago en el lenguaje  
si la aurora de tu cuerpo,  
no es una promesa,  
pero tal vez me detenga  
bajo las hojas del árbol  
de tu vientre

**18**

hacer el amor en la televisión;  
es como rezar y asesinar  
al mismo tiempo,  
como ser y escupir  
en el sarcasmo de la alcoba-set,  
hacer el amor así  
es reconciliarse con el absurdo

## 19

tu alma, una mirada rechazada  
tu corazón, una vía al acantilado  
tu sexo, una metáfora inadmisibile  
tu alma, una vía al acantilado  
tu corazón, una metáfora inadmisibile  
tu sexo, una mirada rechazada  
tu alma, una metáfora inadmisibile  
tu corazón, una mirada rechazada  
tu sexo, una vía al acantilado

29

y si yo fuera tu sueño anhelante  
como el árbol que entenece  
la llanura de la muerte,  
como un poema que te abrió el corazón,  
no sería este desconocido,  
este que te mira  
detrás de los espejos

te marchas mientras deseo  
que vuelvas al menos tu mirada  
eterna, profana, compasiva  
sobre mi,  
pero te vas  
como se van las aves,  
a un cielo impreciso  
y absoluto

## **En el más cercano límite del cataclismo**

### **XIX**

Cuando la esencia del cielo prepare la flora del pedernal enardecido,  
cuando la balanza que llevas en el sexo juzgue cada sílaba mojada con  
la escala de la espuma y el ritmo; se renovará la fruta que llevas en los  
labios y tu pulso de aventurera difunta cobrará vuelo de pasión iracunda.

### **XXXI**

La forma oblicua de las almas, señal perdida en el diseño inteligente  
del milagro, arrecife del mar añorado, atestado de animales metafísicos.  
¡Encuentra el espejo submarino, fosforece en el tacto de otra mano, bajo  
el cataclismo del amor esclarecido que proyecta lo efímero y destruye lo  
eterno!

## **Juan Antonio Serrano (1979–2012)**

Fue poeta y fotógrafo. Su temprano deceso lo volvió parte del imaginario de la ciudad. Hombre de vastas lecturas, las supo comprimir para brindarnos un mosaico de sus sentimientos de manera bien dosificada y con amplitud e inteligencia.



## **Primero inmortal**

Las enseñanzas son diarias y casi siempre son las mismas;  
Sin embargo, ¡cuán distintos somos hoy de ayer!

Ante las dudas seguimos siendo los mismos,  
Aunque estas —que son miedos— sean diferentes.

Las preguntas nos siguen en la vida,  
Es difícil no pensar en la inmortalidad mientras seamos tales.

## Banal es cualquier cosa

¿Qué diablos es el mundo de la vida?  
Ante eso no importa su carácter, todo es simple  
La edad de oro —nuestra edad— no acaba nunca...  
...Por ahora.

Decir una palabra escandalosa,  
Volver a las noches fatuas medio siglo después,  
O media después,  
¿qué importa?

Yo sé lo que es... ¡cualquier cosa!  
Multiplicidad,  
Propuesta total,  
Construcción,  
Deconstrucción.

Son —¿lo somos todos?— pequeños abre bocas para decepcionar el  
orden y el sentido,  
Un poco de ideas subversivas,  
Un poco de mierda moral.

El ser humano solamente duerme y espera un signo,  
Un solo signo que le sirva de pretexto para cruzar la puerta de entrada  
al pesimismo.

## Ni adivino ni rey

En el silencio que existe entre nuestras miradas,  
Un puente recorrerá la distancia a través de tus gestos,  
Nos destruiremos por simples esperanzas que no se cumplieron jamás.

Aquí somos miles y miles los que vamos tras las lágrimas,  
En esa curva en la que nos toca saltar para superar el obstáculo,  
No nos queda más que endulzarnos tu nombre para tener buena suerte,  
La que no depende de nosotros.

Y por más que uno intente decir que los encuentros no son casuales,  
Es curioso levantar la mirada,  
Dar la vuelta y ver el tiempo dado,  
Ver los pasos y no encontrarlos a todos,  
Tener la idea de que la ironía se juntó a nuestro miedo,  
De que el deseo reprimido habló con el pasado  
Y que el futuro no encontró mejor aliado que un vodka.

Ese día será las consecuencias de lo que hoy pasó.

Esperemos que nuestro malestar sea cómplice de lo bien que la  
pasamos.

## **Piano**

Nuestro actuar

Siempre

Es

Condicionado

Por

Algo

Que

Nunca

Llegaremos

A

Saber.

En el momento en que uno se plantea la duda sobre lo que vendrá

Es mejor atenerse a las consecuencias

Deberemos saber, después de todo

Que el verdadero error está en arrepentirnos.

## Red red wine

Desde las lágrimas procuramos darnos nada,  
Absolutamente nada,  
Ni las penas...  
Y por egoístas nuestro odio lastimó al que no le importaba jugar: la  
coincidencia.

Fuimos tan tontos que creímos que el paraíso nos saludaba,  
Mucho peor aún, quisimos ser condescendientes con él,  
Inventamos las palabras adecuadas,  
Compramos las cervezas,  
Todo andaba bien.

...Nos bajamos de la nube sin chistar,  
cuando tocamos tierra nos dimos cuenta de que no era cierto lo  
evidente,  
de que no eran ciertas las mentiras (ciertas mentiras);  
de que existimos para callar, decir la verdad y engañar.

Éramos unos atrevidos,  
Unos irreverentes,  
Unos validos mierda,  
Unos aburridos de mierda,  
Una mierda.

Ahora no sabemos si estuvo bien o mal,  
Pienso que no importa saberlo siquiera,  
Aunque, de todas formas,  
Pensar que existió es una buena salida para no tener que dar  
explicaciones.

Ahora es mejor decir nada,  
Absolutamente nada, ni las penas.



## **Juan Carlos Astudillo (1979)**

Poeta, fotógrafo, ensayista, periodista, catedrático y gestor cultural, este polifacético poeta ha publicado desde sus años universitarios. Es y ha sido el director y motor de la revista de creación literaria y artística Salud a la Esponja. Su poesía está atravesada por una visión cósmica del bien y de la comprensión de lo humano y la naturaleza.



15

Mi abuela murió a los 87 años, con COVID, lejos de todos los que la amamos.

Nadie vio sus manos ni el rosario ni la pared y el clóset se quedó en el ancianato.

Nunca vimos la habitación en donde exhaló, ni sabemos si dormía.

## **breviario**

si preguntaran al final —digo—  
preguntas simples,  
exageraciones del qué cuando era antes,  
o cómo,  
solo espero no haber invadido asediado  
ni aquejado a lo que nunca fue su aquí  
surgiéndose en mis horas...  
ni haberlo confundido a ningún caudal colmena  
in presencia asolvencia,  
estornudo que se cuece como durmiendo después de la cena,  
o del calor que va subiendo  
cruzando al frente  
como si nada fuera o importara...  
cuando en realidad todo importara, porque Es...

## **derramado**

[fragmento]

respirarla en calma,  
maraña tendida  
Cuenca,  
servido, ella alterna,  
solo...  
continua cadencia  
de escuchar similar.  
La noche siempre llama  
—por otra parte—  
con voces diferentes cada víspera,  
por la mañana crecen caminan y ya no vuelven  
sino de otros nombres,  
adaptados a la sombra que asida al cuerpo cae,  
al galope: música sucesión destello;  
nocturnos habitantes,  
habitables nocturnos ...

## la Razón de la Ira...

### i

Para la hora de la cena

—y en todas las noches—

voces llaman y gritan:

“Escucha la Razón de la Ira”.

nadas y silencios cruzan de repente

y el frío nos despierta por segundos...

(La cima consiste —sin embargo— en desnudar intuiciones y vedar los siervos esclavos de la inquisición del nuevo milenio, la pólvora fecunda y crecen reptiles de odio con esferas asimétricas de muerte y cañones y distancia).

—Cuando escucho, voces impiden la huida. Pienso si serían mejor la brisa y sus costumbres. Los goces podrían confundir alturas...

Un no tan joven pastor de “ovejas” conduce su rebaño y entre otras cosas aconseja:

“No escuchen la Razón del Llanto, busquen el día del presagio y consagren ojos y vida a su llegada”.

Entre tanto la nostalgia

(que sorprende como la ternura o el silencio),

escudriñando recuerdos enaltecí la muerte.

El joven pastor sostiene las píldoras en la mano y dice:

Que este olvido me conduzca al fin de tu mirada. Amada.

## **El vértigo del nido**

el eco monocromático,

La gota tonal,

El murmullo de las formas.

\*

el desaprender la claridad que viste

el gemido,

apenas,

que despide.

\*

la certeza de nacer para volver

\*

los colores que visten los acuerdos del día,



**libertaria...**

me llevo un fósforo en remiendo  
y un trozo de papel:

¡siempre llueve en la montaña!

me llevo el secreto en una pluma, oscura,  
de un peso extraño y cobarde.

¡todas mis aves vuelan al revés!

me llevo a la voz maniatada, el desapego,  
adiós y escudo bajo el brazo.

\*

“un rey es un erizo de pestañas...”

R. Alberti.

te conozco por tu acento  
y esa forma de atarse el cinturón.

por cómo caminas sabiéndote el pueblo entero.  
dominguero. absorto.

un segundo en tu nariz  
me conmueve el mundo y rezo.

tu chaleco, indeciso por el gris y el claro abarrotados  
desde el piso hacia el abdomen plano de ese pantalón mezquino  
y los tobillos encontrados, sucios, enfangados...

\*

“suelta lo que no tienes, lo que no puede ser tuyo...”

B. Borg.

cuando tu voz camina una diástole me niega el mundo, me lo oculta...

(si supieras, si supiera...

si una luz nos tocara el rostro,

el punto que marco distancia y desconsuelo)

pienso en la certeza de los místicos y los adictos, aquella perdida que  
vivifica la sonrisa del viento en gestación...

sin embargo, están los días en que tu temblor es claro y pierdo pensando  
todo lo que pensé pensabas. es decir, no eres, y, sin embargo, destellas  
la máscara que construimos frente a la cotidianidad del mundo: tú  
mi lluvia, mi lluvia, mi risa para el día y calor en vela del tiempo que  
crecimos juntos...

\*

puerta de tocte y sigsal, la vergüenza es un  
atado de distracciones,  
un espacio entre silencios.

muda la tarde colecciona un confín de colores.

los preside alguno.

una voz se encuentra resoplando las riendas de lo “que es de ser...”  
una luz, un chiste.

(tras cada cuete se quiebra la tarde en la montaña...)

\*

tu imagen me pinta en quiebres del azul melodías de deshielo...

sobre ellas te desvío...

silencio...

sobre ellas río...

\*

todos  
los canales

del vacío  
se encienden  
en un  
mismo estertor  
anaranjado.

una puerta  
como piedra  
dibuja su atención: firmeza de canto rodado y mañana de ruido y  
camino.

una sombra  
me ahueca el silencio  
en que transita la urbe  
cuando la veo trisarse

los arcos del destiempo y la memoria.

8.-

en el útero del día  
una luz

sin sombra  
tiembla el rostro,

aroma y oración...

la mañana se guarda el resplandor que maduran la noche y el ensueño;  
candencia constante que titila el qué hacer nupcial,  
bautizo en vendimia y resplandor que distrae la razón  
cuando el pulso asegura los pasos que inauguran la jornada...

## **Ángeles Martínez (1980)**

Poeta, historiadora, gestora cultural, publicó su primer poemario en épocas universitarias, lo que fue una suerte de súper ventas en la ciudad, ubicándola como la poeta por excelencia de su generación y una promesa singular que rompería los esquemas. Su voz es rotunda, diáfana y transparente.



## **Infodio**

Dije te amo...  
pero no prometí eternidades,  
y te escondí la dosis  
no sé, por gusto.

Dije...  
Yo no bebí tus líquidos espesos,  
ni juré usar la navaja suiza  
para buscar mis venas  
¡No en tu honor!

Dije te amo,  
tal vez no mentí,  
a veces se siente cualquier cosa.

## Erótico

Otra vez el deseo...  
qué difícil pelear  
contra su fuerza,  
contra su ímpetu,  
sobre mi debilidad.

El deseo que empuja,  
que envuelve,  
que nubla;  
que se clava en mitad de todo,  
en mitad de nada.

Que quema,  
que contagia,  
y expande.

Y tú, tan cerca,  
y tan dentro...  
ese latir de las venas,  
esa adrenalina  
que exige un cuerpo;  
esa necesidad agobiante,  
estas desesperantes ganas  
de querer hacerlo  
de una puta vez.

Que difícil pelear  
contra el deseo

de matarte.

## **Razón de olvido**

Sus alas estaban hechas de la noche,  
burbujeante espuma del abismo.  
Se desplegaban conquistadoras de misterio y de  
lejanías.

Sus alas eran luz,  
sus alas eran sombras,  
y convicciones inauditas.

Ganas de olvidar todo;  
y eran el cielo,  
y eran el suelo.

Sus alas estaban hechas del infinito  
con incrustaciones púrpuras.

¿Por qué le deje ir entonces?

Porque yo quería abrazos y él tenía alas.

## **Sin metáforas**

Yo hablaba en serio  
cuando dije “te comería...”  
tú me interrumpiste,  
con cara de orgullo.  
Debiste pensar  
que eres irresistible (y hasta podría ser cierto),  
extendiste tu mano,  
para decirme “ven”.  
Pero yo que hablara textualmente  
no me moví,  
me quedé mirándote,  
“te comería... -repetí-  
...pero estás crudo”  
y no tengo tanta hambre.

## Estudios sobre la violencia

mi rey  
ven  
presencia  
el homenaje

voy a quemar  
dos decenas  
de gatos  
claros-vivos  
sé que sus alaridos  
conseguirán  
el premio  
tu sonrisa

mucha fiesta  
muchedumbre  
pero igual  
encontrarás  
erecto  
fácil  
mis ojos  
prendidos  
a ti  
sus hogueras  
dobles y triples

la ciudad es luz  
que no conozco  
y conoces

me entrego  
y froto  
toda  
en ceniza felina feliz

maúllo mascullo lamo

incineradas  
(de paso)  
las noches  
de otros siglos  
en que gemía  
sin saber tu nombre  
en que gemía  
sin saber  
gemir

## Advertencia

yo no le voy a los agujeros negros  
me aterran los silencios  
los vacíos  
me confunden  
hacen que guarde esperanzas  
como pajaritos desnutridos  
que duele ver

ahora mismo siento  
cómo me picotean  
los dedos  
yo no sé regurgitar nada  
y una palmada  
                  una caricia  
no calman mi tristeza  
                  ni su hambre





## **Pedro López (1979)**

Poeta y cinéfilo, ha publicado, aparte de su único libro de poesía, en varias revistas y diarios varios ensayos literarios, reflexiones que pueden ser consideradas prosas poéticas y es un examinador incansable de las circunstancias de la vida, miradas desde el prisma de la cultura y la intelectualidad.

En la prórroga mis hijos  
y la súplica insistiendo,  
los andenes no se venden  
cuando rompen el momento,  
la lujuria se hace virgen  
como cuando no había tiempo,  
en mi cama velan muros  
y en mis ojos el silencio.

## Testimonio de un peatón que odiaba los relojes

Cuando a la calle doy mis pasos,  
las risas más esbeltas  
me envuelven en sus dientes  
propensos a los últimos peinados,  
no faltan tampoco los señores  
que ostentan el fulgor de sus costumbres,  
y los parques que son extractos  
de la jungla en la que un día  
fuimos dueños de las sombras.

Las damas se santiguan  
frente a los mendigos  
que rezan aun sabiendo  
que Dios no cree en el ayuno,  
también hay colibríes y murciélagos,  
e incluso algún travesti  
procurándose un abrazo.

Los taxis que se saben de memoria  
las esquinas, los pecados,  
no dudan en conducir hasta el infierno  
a las almas que expiaron sus promesas,  
todo esto presenciado  
por las impenetrables vitrinas  
que atesoran pretextos  
para que las tareas de los desheredados  
no sean presa de los infortunios  
que apedrean a quien busca,  
en lo cotidiano, los prodigios

## **Insomnia**

Un manto de bostezos mal habidos  
condenan a mi pecadora calma  
al suplicio de ver al enemigo  
en la sombra que cubre su fantasma.

Tormentas de presentes, de futuros,  
de ruegos, de gemidos, de osadías,  
cuánto hace del día que fui bueno  
y los míos también me sonreían.

Padezco una obsesión intermitente  
que acusa de cobarde al peregrino  
que duda de la ley y de los muertos,  
que tiembla y no se duerme por el frío.

## Sollozos rezagados

*a mi madre*

Te extraño,  
y la luz que deshabita tus ojos  
es la sombra que hoy me cuida el paso.  
No tenerte es volverte a amar,  
saber que me buscabas en jardines  
flanqueados de edificios  
que eran cárcel y aposento.  
¿Cómo es que recién ahora  
retumban tus huesos en mis horas?  
Han pasado sucesos y pecados  
que vistieron mi duelo con perfume,  
pero recién ahora, después de la resaca,  
me acuerdo que no has vuelto, que te fuiste,  
y eso que yo regué tu sepultura  
y aún tomo pastillas en tu nombre..  
¡Qué noche más lúcida esta noche  
que me muestra sin manchas tu cariño!  
No sé si mi musa es una golfa  
o si el cielo se gana con anillos,  
no sé si mi barba me proteja  
cuando viejo me quede sin motivos,  
no sé si los libros me secunden  
cuando tenga que ensuciarme las rodillas...  
Solo hay una certeza que es tan fría  
y es que aún no te he llorado lo que es mío.

## Daddy

Acaso eres el culpable por las quinceañeras  
que no desfloré,

o por la cortesana que sostuvo mis lascivias...

Qué eres, que fuiste,

la esperma que invadió

las profundidades de mi autora,

la sombra que nunca se interpuso

entre el sol y mis diplomas...

Dónde andan tus pasos,

llevan tu apellido los retoños que no veo

pero que algo de mi tendrán tampoco.

Naufrago, son ya demasiado pesadas las olas

que esta tempestad augura a mis letrinas,

lejos de ti sobrevivo enfermo,

desheredado, bastardo,

haciendo lo que un taxi debería hacer por mis rodillas,

cantando por la usura de un aplauso de belleza,

temeroso de victorias que alumbren mis remiendos

de parientes y gusanos.

Cuanto antes debería comer pan con sudor

o bien un nido de pastillas que silencien estas voces,

a propósito, cómo se enterarían mis mecenas

del último suspiro de mi espera,

cómo se llenaría el espacio neorrealista en sus hazañas,

podrían volver a mirarse a los ojos

cuando a un brindis incomode una silla sin mi sombra.

Mudarme de vereda sería acaso placentero,  
mas no puedo, ni tampoco lograr cheques.  
Aún lloro, aún quemo, aún rio,  
en medio de la urgencia de una musa  
que no rompa el cristal de los anteojos  
del chófer que la lleva en mis delirios;  
y sin saber sigo cantando  
casi a punto de escupirle a las imprentas,  
de acabar con mi peinado y mis perezas,  
y a su vez aferrándome a la almohada  
que tanto me ha curado de las fiebres  
que lloraban cuando el mundo me dolía con horarios.

Y a todo esto, mi madre  
futura, ausente, mimosa.





## **Sebastián Lazo (1982)**

Poeta, comunicador social, radiodifusor, gestor cultural, dj, actor y payaso de fiestas infantiles, se trata de un personaje dúctil que se puede desenvolver, con igual éxito, al frente de un micrófono como al frente de una hoja en blanco. Su poesía es atractiva y sensorial.

Cuando digo Amor  
se me rompen los dientes,  
por eso solo lo escribo,  
cuando escribo amor  
se me nublan las letras  
entonces solo lo pienso,  
cuando pienso en amor  
acapara los sueños,  
por tanto solo lo veo.  
cuando veo amor  
se me ciegan los ojos,  
entonces lo guardo.  
cuando lo guardo  
el amor se estropea, se pudre,  
entonces lo digo  
aunque se me rompan los dientes.

\*

Comprender tus lugares,  
explorarte, ocultarme en ti,  
señales de humo, perderme,  
habitarte, descubrirte,  
brújulas, caminos...  
sedosos montes, tus valles  
y volver a salir, de tu cuerpo,  
para perdernos.

\*

Cuerpo presente

extrañable

limitado

confuso

lejano

ausente

extraviado

preocupado

impaciente

distraído

cercado

agudo

frío

y

sin

mí.

\*

Lo que tocas de mí  
ya es tinta,  
mi extraña metamorfosis  
un derramamiento ordenado  
de ideas y dimensiones  
que solo transcurre  
y puede  
en este  
momento  
espacio  
susurro  
callado  
y desembocado encuentro

Soy ahora endeble materia  
en tus manos  
estrujable  
rectangular  
y multiuso

pero es la letra  
la que te habla  
implacable arma  
de la memoria

la que ahora nos concede  
este literal encuentro

\*

Empieza a llenarse de ti, vida,  
el amor que en mi creas.  
No cabe ya tristeza mínima,  
todo eres y de todo hacia mi llegas.

Apenas ese ayer que recuerdo solo;  
un pasado que miro  
desde este hoy habitado por ti,  
colmado, entero, completo.

Vacío ahora de soledad  
este empezar a sentirte  
conmigo alrededor, girando.

\*

Encuentro, enciendo,  
apago un cuerpo  
que no es el tuyo, buscándote.  
Otros labios se rinden  
ante el cobijo de mis ganas,  
otros lugares, otros pretextos.  
Invento nombres, caminos,  
cafés y de ahí espero  
por horas  
hasta que nunca llegas.

Hasta que me lleno de vacío,  
y me doy cuenta  
lo grave que fue haber coincidido,  
te espero, llega la lluvia  
y empiezo a caminar a casa  
cansado y aburrido  
esperando que estés ahí.



\*

Quemar los labios, la mejor opción,  
después buscar entre los escombros  
lo que nunca debimos encontrar.  
Hallar el intento, las mentiras,  
delirios, inventos entre lo quemado.

Después para lamentar,  
ahora no hay tiempo, ni ganas,  
se debe buscar.

\*

Es ella quien me habita,  
no esa soledad inmensa,  
esos osarios silencios,  
ni los inquilinos del olvido.  
De quien el mundo toma lenguaje  
para contar su alegría.  
Quien espanta  
los cuadros grises/ los paisajes sepias,  
la tristeza cotidiana de una tarde al azar.

Tu nombre quemó nuevamente mi lengua,  
no se si fue el vino  
pero no fueron las ganas.  
Basta de ti.  
¡Desalójame!  
Habita donde tu presencia  
no perturbe mi espacio.  
Ni tus ganas mis ganas,  
sácame el recuerdo, tus sábanas,  
nada de ti necesito para morir, nada,  
solo llévate lo que queda  
y no vuelvas nunca más,  
a tratar de ser.

\*

Fragmento este dolor  
lo trizo,  
y esparzo en lugar de juntar  
y dedicártelo,  
es regado por las calles  
por almacenes  
épocas, días,  
lo toso, muerdo, trago.

También sabe a ti,  
lleva aquel sabor  
que el mundo te dio,  
y que por bien de ambos,  
de terceros, de calles  
y almacenes  
de épocas y días  
no debiste entregármelo.

## **Yesenia Espinoza (1983)**

Poeta de larga data, ha expresado su posición erótica ante la palabra en varios títulos. Ha publicado el libro *Eros es razón* en 2013.

## **Ella**

Si ella te espera como yo  
Por qué sigo siendo Penélope  
Y no me convierto en Calipso.

\*

Tus besos tienen la infancia  
De una rosa sin brotar



## **José Corral (1985)**

Poeta, gestor cultural, desde adolescente marcó su camino hacia las letras y su difusión. Como gestor cultural, ha trabajado en varias ferias de libros y en emprendimientos de promoción y divulgación de la lectura. Sus poemas han aparecido en varias revistas.



## **El nombre que todos buscamos está en la ceniza**

Cuando resbalé por aquellas laderas tristes,  
recordé el rostro envejecido de Manuela.  
Parecía todo muy atardecido.

Lo verde, que ya no era su nombre,  
fue fuego. Todo  
lo que era verde fue fuego.

Su nombre era entonces otro  
cuando apenas amanecía.

Había recordado  
el rostro rejuvenecido de Manuela,  
cuando trepaba intrépido  
los montes verdes  
que fueron cenizas.

\*

La noche que tan auxiliar es de ti.  
Invisible, con forma de verdad.

La vida: cuando uno reconoce sin casco:  
los pasos para seguir en  
suma todos los archivos del comedor de vinos.

Los amaneceres tropezados en la tempestad  
de verdes músicas, y esos rayos atormentados  
que buscaban iracundos en el cuarto  
tonalidades aliadas en el alma para desarmar,  
seguían, más allá, con el vuelo unido por el hilo de luz,  
que atraído por las arenas de oro,  
se introdujeron sin aprieto y se murieron ahogadas.

## **Deceso heroico con vista al cénit**

La urgencia es un deseo y es también necesidad  
la gota es un espasmo que desgarrar cuando cae

decúbito prono  
decúbito inclemente  
decúbito porno  
decúbito supino

los párpados ya encierran el día  
pienso en el basalto y en el algarrobo  
pienso en la lluvia que cae oscura en las islas de Jara

## **Tour errante**

Con el delirio de desnudar-me tu cuerpo / para sonreír tu disgusto y enfadar tu alegría,  
ordeno mis papeles para cruzar / por fin /  
a la ausencia que permanece atenta en la otra almohada.

Me siento presente / en el olvido / de tus segundos largos.

Rechazo la posible idea de importar / me pertenezco intacto al tiempo embebido.

## Serena

Atiende mi beso —diré—  
terminarás cuando mi alma se parezca a un pedazo de azul tieso.

Cuando te encuentre vestida de nada como el viento, serena,  
nos beberemos; tentaremos a probar las sonrisas durante la cena.

Entonaré entonces de norte a sur el canto de mi boca en tu cuerpo.

Te abrigaré tanto que sentirás mis huellas en tu sangre...

Arderán las flores del primer día en el Génesis,  
se llenaran de arbustos los fortines,  
se aburrirán los trenes de cruzar fronteras,  
se quedarán en silencio las palabras de los poetas tristes,  
se consolarán penas entre peces y policías desolados.

Encontraremos el pasado, uno sólo, espíándonosos dormidos.

\*

El feliz lago de niños entumecidos del calor,  
se derriba y forma el estilo de presentarse  
en el cuerpo de los dos.

\*

Tus labios de luna en mi subconsciente  
y las ganas de tenerte con la luz de 2  
aumenta en energía grande,  
una de las crecientes  
en entera absorción de mi centro izquierdo.

Los golpes del cielo en mi pelo gris  
—por ausencia—,  
en los retornos distantes  
que se acercan poco a poco,  
muy poco,  
deseo,  
    ganas,  
        amor.

Necesito de tu voz para seguir.

## **El tiempo embebido**

Escribo una canción encima de tus imanes.  
Se configura y se refleja en mi paladar oscuro,  
aun boca arriba.

La canción canta el líquido que te forma,  
y al soltarse se frustra y se extiende  
como una luz que brota, que se enternece y que se transforma.



\*

Rezo por la mañana del náufrago horizonte.  
Evito la indigna pena.  
Permanezco atento en la soledad que mañana  
me quemará en tu infierno.  
Canto el viento de tu efímera sonrisa,  
que abraza las cuerdas del artista, solo;  
o,  
es que esto de no ser Dios  
le deja a uno mediocre en el dolor.

## **Jorge Aguilar (1986)**

Poeta que ha indagado en las formas más rigurosas de la expresión lírica, ha publicado pocos libros a la fecha, alguno que otro de forma manual y artesanal. Gran lector y conocedor de la literatura local y nacional.

### *Benedicite ignis*

La infancia como dique que contiene, irresueltas, las mutaciones del estertor y del insomnio.

Se supone que necesito prescindir de la melancolía  
y no puedo desterrar la ventisca con que un insecto es saludado  
el primer día del fin del mundo.

En la infancia no hay patria despierta,  
ni trapos que censuren la forma primordial  
de los pájaros.

La infancia es un animal vestido de hélices y lloviznas antiguas,  
donde las sombras van moldeando la arcilla de la lengua.

La infancia entendida como pluralidad del nombre,  
de la aguja,  
de la Realidad que se reproduce en las entrañas.

Extienden miles de manos sobre las estrías de un sol languideciente;  
la flama redondea un azul que tiembla en su volumen  
y su cadáver rebosante de viento.

La infancia es un estanque donde titubea el hermetismo de la piel  
y se subvierte el flujo de las acciones.

Somos la dimensión que juega con la espina y el imán de los ahogados.  
Avanzamos hacia una ilegible tormenta que se disfraza de espadas de  
madera  
y humo de cabras sin ordenar.

En esa leche se oxidan nuestros últimos intentos de atrapar  
el sedimento perfecto que nos permita esculpir, en redes de agua,  
la altura de nuestras chamizas.

La infancia es una quebrada que recibe la caída y el vértigo de nuestra vulnerabilidad.

Es el color de un patio inmenso flanqueado por el vapor que escapa del pan,

a la hora en que las brujas empiezan a gritar sobre la periferia de la vigilia.

La infancia es un ánfora que amansa a la fruta,

es la esquirra y la bendición de los extraños,

es una escalera animal que inmoviliza la sintaxis de los fantasmas cuando la aurora nos incendia con su follaje de mariposas y gusanos negros,

es una sucesión de jaurías que vibran al compás del aliento,

es el fragor que nos dispara un ente extático.

La infancia es un dique y nosotros su légamo y su invisibilidad,

es el cráneo del primer habitante del fuego, bautizado con una gota de fiebre,

es un estuario de antorchas olvidadas por esclavos

en su frenético afán de lograr amamantarse del alba.

La infancia es la ofrenda última siendo acuchillada por el primer llanto heredado,

es un cuerpo labrado en silicio por el desdén

que va cosechando cornamentas y códigos y huesos y cantos e imágenes,

es la sonrisa cancelada a inicios de siglo, decretando que todo bien puede ser una

ruinosa simulación que se abraza a las polillas del pensamiento.

La infancia es una azulada inundación que nos va ahogando sobre los  
castillos  
acústicos  
del universo.

## LE LLEVARÉ FUEGO

Relámpagos sobre la rama de oro y la piedra fangosa

## **1 Hijo de la rama de oro**

Llegamos a danzar junto a las brasas.

Ennegrecidos los rostros

ya que habíamos recolectado

algunas cabezas enemigas.

Gritamos.

Cacareamos.

Aullamos

para que sus fantasmales hijos

no vinieran a devorarnos los pies

en la madrugada.

Llegamos a la aldea,

el cuerpo mitad negro,

mitad blanco;

las armas bañadas en ceniza.

Sobre el pecho ansioso y apedreado,

la cabeza de un ave transparente.

Reptaremos sobre nuestra sangre

sin ningún remordimiento.

Al alba, llegarán los corceles de agua

a bendecir nuestra estirpe.

## 2. Hijo de la piedra fangosa

Un cúmulo de gargantas  
suspendidas sobre barro eléctrico.  
Fue ahí que mis manos no supieron tallar el cristal  
en el que bailaba tu memoria.  
Mis manos, cortadas sobre un cadalso  
en donde se sacudía tu primera sonrisa.

Todo es frágil desde este lado de la sangre,  
como nudo de horca cincelado  
por un puñado de canciones espesas.  
Como los verdugos bostezando sobre el légamo brillante  
de nuestra ciudad recién devastada.

Llevamos la vestimenta de los parias  
y la sombra a rastras  
sobre zaguanes que no han conocido  
más melodía que la cópula  
entre cuchillos.

Mis manos de cristal no lograron domesticar  
la estridencia de tu memoria ejecutada.  
Desde este lado de las sombras,  
nuestra suspensión no coincide  
con la languidez del sol  
y la lagrima (al fin) va despojándose  
de éxodos y escorpiones.  
Me rompo sobre los maderos

que escupieron tu descendencia.  
Me perfumo con la melodía  
que va cayendo de nuestras encías.  
Leve música sobre la aridez del paladar  
colonizará las cumbres que florecen  
cuando una especie se resquebraja.  
(Flores innominadas despertarán siendo llama líquida)

MIS MANOS DE SAL NO DESATARON LA MADRUGADA SOBRE TUS  
SENOS DE SIMA OCEÁNICA.  
NUESTROS CUERPOS NO SABOREARON LA CORRUPCIÓN DE LOS  
FRUTOS QUE DEJAMOS

[ SOBRE LA PIEDRA SACRIFICIAL.  
Este es un reino dividido en dos alientos:  
• el grito que viste a la tormenta  
• la tempestad que arrulla a nuestros hijos.

Me visto con tu rabia  
cuando sucumbe el galope del rayo,  
con esa insondable fragilidad del bramido  
al ser liberado en las fisuras de la noche.

Un cadalso es una rosa que se niega a ser contemplada por sus espinas.  
Una canción es un ave que se queda inmóvil en el corazón de una  
tormenta.  
Una herida es un cristal que enmudece después de cada diluvio.  
Un incendio es una mujer que se acucilla para parir a la noche.



En algún punto del mapa existe una mujer  
que ha venido sonando, desde su infancia,  
con el precario funcionamiento de mi patíbulo.  
Ya no huiré de la barbarie ni de la guerra.  
Aquí ofrendo mis manos para dar inicio a mi suplicio.

## **Verónica Neira (1987)**

Poeta, académica y gestora cultural. No sabemos de otro libro que el aquí citado.



## **Issa Aguilar (1988)**

Poeta, periodista, gestora cultural, desde temprana edad ha publicado varios poemarios de trascendencia y ha obtenido sendos galardones y reconocimientos a nivel nacional. Sin duda, es una de las principales voces poéticas de su generación. Dirige la revista cultural de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Laboró en diarios y ha realizado varias reseñas sobre Cuenca.

## Poetitas de mi tierra

Al “mejor poeta del Ecuador”.

Mi reino por verlos sobrios  
desamparados  
lejos de la cháchara y su burbuja menguante.

Mi risa por creer que cualquier pelvis se revuelca por tenerlos bien  
adentro.

SE ABRE EL TELÓN:

Chulla quiteño,  
mono *aveza'o*,  
morlaco intelectual.

Simulemos aplausos sonoros para los textos ajenos,  
que no nos limpiamos el culo con los emergentes,  
que no nos devoramos la yugular entre nos.

La falda más corta claudicará. La *groupie* más guapa...

(Hmmm...)

Ahí viene...

—Hola nena, ¿no sabes quién soy yo?

TELÓN CERRADO:

Disputa de premios,  
contabilidad de vaginas conquistadas,  
libros a la deriva de mesas pegajosas, donde lanzan cervezas y babas.

Líneas y babas.

Versos y babas.

Babas solas.

Balbucesos.

El mejor de ustedes, elige el silencio  
—como repasando el próximo capítulo de memoria—  
alza los ojos al cielo  
vergüenza ajena, llámese.  
No se sabe siquiera como el mejor,  
sospecho que finge no saberlo.  
Uno de diez mil. Tan etéreo.

*Chuchaqui:*

*Guagua* mimado de rasgos delicados,  
cuánto amor falto y/o sobrante de tus antepasados,  
cuánto talento disuelto en el trago y la soberbia.

Te reconoces padre y la ternura desborda. Me desborda.  
Te dices marginado y suplicas el abrazo.  
Es que eres el niño más lindo de Neverland.

Poetitas de mi tierra:

la absenta se ha terminado,  
la absenta nunca ha existido,  
se la han bebido los poetas. Los de verdad.

## Allá donde las morales son más altas que las cúpulas

Te hablo desde la vergüenza ajena  
la que sientes por la *bastardita*  
que estalla de cuando en vez  
en los fríos que reprochan  
a las pieles muertas que no ceden  
por complejo y cumpla

Cuna de incestos  
de ilustres pensadores  
ávidos por conocer el apellido  
el estado civil  
la apariencia sexual  
porque *qué ha de ser que fulanita se excite pensando en otra fulanita*  
eso es pecado, hijo mío,  
tan obsceno como cuando *zutano* fue a la misma con la falda  
[corta.

Pisé tantas veces el DEPARTAMENTO DE ORIENTACION Y BIENESTAR ESTUNDIATIL del colegio, como el redor en mis mejillas. Al psicólogo le caía mal que mamá y papá no estén unidos bajo el honorable sacramento del matrimonio. Hoy, mis mejillas se tornan pálidas y orgullosas cuando pienso en el mejor ejemplo que mis padres han de regalarme.

El inicio de todo.

Fue no saber si me llamaban María Isabel o acomplejada.

María Isabel o resentida social.

María Isabel o que amargada sois, vaya.

María Isabel o discriminadora.

María Isabel o machista.

Pero yo digo nomás, que:

La *morlaquí* presume de su ascendencia española y se resiente como el indio.

Sale a las calles a defender sus derechos sexuales y recorre 13 kilómetros y medio para amarse libremente en la periferia de los moteles.

A las mujeres de carita lavada y pelito teñido, les gusta que las llamen sucas, seguido del apellido que si no es ostentoso, ya para qué.

¡Destiérrenme, destiérrenme ahora!

Quién va a querer pisar las calles adoquinadas con excremento de caballo,

quién va a querer vestirse de chola buena moza cuando a las mozas las deshumanizan,



cuando una vida se oculta detrás de un vestido blanco y un  
fiestón.

Endemoniada aldea  
con aires de ciudad,  
conservando siempre  
conservando todo  
hasta la mentira.

Ciudad cielo  
de viejas feas,  
caras lindas  
y machitos locos, *psychos*, carentes de atención.

Ciudad río  
DIOSA  
sin vos no existe poesía.

## Piel en llamas

Lola tiene un cliente fijo  
una marca púrpura fija  
un menos 60 por ciento de autoestima fijo  
y un orgasmo desleal de casi 120 decibelios.

Pero hoy la Lola mata. Retuerce. Libera. Su almohada cómplice.  
Sus *guaguas* sonrían y ella sueña *again*.

Recuerdo mis veintiuno como si fuera ayer.

La *Carita de Dios* fue testigo de mi descoque mientras yo, durante una hora vi la cara del Diablo. Enterita. Tal como nos la pintan desde la infancia.

Ni un solo petalito de rosas en las sabanas, de esos que ofrecieron las revistas púberes. Mi cuerpo falleció en las sabanas más comunes y corrientes —corrientes, sobre todo— de un cuarto de hostel de la Plaza Foch.

Todo penetró, menos las miradas. Y el *te amo* del artículo 14 de la constitución monárquica de las princesas y cholas cuencanas, se vio reemplazado por un contundente *ayau* que fue lo único que expulsaron mis labios en medio de esas cuatro pálidas paredes.

A partir de esa noche, comprendí que las circunstancias y cualquier buen pretexto, me llevarían más de una vez a vivir

en el cuerpo de la Lola. A mirar al tumbado o al cielo pidiendo que acabe... o que él termine. A sonreír medio de lado o medio de placer cuando cualquier “él” quisiera medir su virilidad en mis pupilas mentirosas. A volver a casa apretando los dientes en un taxi y deseando abrigarme en mi cama para no despertar en unos 330 días. A inducirme al vómito y sacar del gusto y del susto, el sabor a lenguas ebrias, nicotina y perfumes caros.

Y no peco de mal agradecida. En más de una ocasión el pellejo se erizó y la pelvis se sintió sumergida, claro. Pero el deseo no dejaba de encontrarse carente de afecto. Una vez dado de baja, no volvía a encenderse en pectoral alguno. Ninguna respiración hacía bailotear al cuello y las heridas arteriales seguían frescas.

Convertirse en catadora de pieles no deja de ser una delicia nunca —total— la dermis tiene experticia en renovarse.

—Pero,

¿Habrà algo más glorioso que follarse a un pene-corazón-cerebro juntos?

¿Habrà algo más divino que arder dentro de una piel en llamas?

## Es julio 18, mi amor

Me escribió en blanco y negro  
para parecer ayer.

Para emular  
los días nuestros y  
escapar de  
lo extraño que puede ser  
(no) tenernos.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> No he de dejar de amarte nunca, grandísimo hijo de perra.

## Desde el multivértigo

*No olviden: lean, hagan deporte,  
aférrense a la música y devoren a su mujer.  
Ahí está la felicidad. Lo demás vale tres cantimploras.*

ABDALÁ BUCARAM ORTIZ

El pudor con el que la niñez nos malcrió, resbala desde tu cuello.

Incendio la misma manzana de esa pecadora a la que ya no se nombra, en el fértil árbol de fruta carne.

Allá arriba donde el contacto visual se pierde, para descender impregnando uñas, ensalivando erecciones.

De cuando en cuando, un quiebre decidor me avisa que hay que trepar de nuevo para hallarse en el agua clara de tus ojos, para encontrar a ese ciclope que el *Cronopio* aconseja.

...Y el cuerpo no está solo ya, el tuyo reposa dentro y es visita.

Lates en mí y en ella, guiando la danza de nuestros vientres con la comodidad del silencio y el gemido que para entonces, crean un lenguaje propio (;casi *glígligo!*), porque la lengua es sabia y más la tuya...

Aquí mi cintura despega del suelo sin parar de bullir, vos dejás tacto —gusto y yo por segundos, la vida.

Inimaginables trasbordos climáticos,  
abandono de mezquindades con la satisfacción tuya.  
Cerramos los poros cuando te abrazas a mi pecho.

Caemos

Volvemos a la muerte.

## No todos los gringos son malos

*A Tom Waits*

Se necesita estar descosido desde el alma, viejo  
haberse envenenado hasta el futuro  
e inyectarse sin prescripción  
poesía de la hermosa, de la enferma: lo mismo.

¿Quién lo merece?, me preguntaba  
y ya te había rasguñado en la espalda un par de versos,  
valentín hipocondríaco  
me has salvado más veces que cualquier pájaro astuto,  
te debo doces vidas  
me debes seis intentos.

Reviviste a una generación de dioses  
revive ahora a una generación zombi  
enfermiza en la bulimia de su ego,  
“la música los abraza gratis”, grítales en la cara.

“God knows, I was feeling alive,  
    God knows, I was feeling alive,  
        God knows, I was feeling alive,  
and now the sun’s coming up”.

Se necesita estar descosido desde el alma  
viejo hermético  
carroñero  
impredecible,  
para que en tu garganta calcen vidas  
y se crean eternas.

## **De por qué todos los síntomas de subestimar son tristes**

Sabía que un día pasaría  
pero todavía quema tu aceite en mi dorso  
donde vaciabas los restos del amor  
que quemamos y del que aún  
no han volado las cenizas.

Mi amor, dije  
cuando te pedí que me alcanzaras una cucharita  
y vi tu cara de ángel alegre  
y fue tarde.

Es arrebatado de posesión me cobraría intereses  
nos sentenciaría a poseernos  
mirando de reojo al amor equivocado  
dormir en nuestras camas.

A veces te extraño tanto.

No he ido al doctor en meses  
pero sé que el alcohol ya no es mío  
me he involucrado con él hasta el hartazgo  
y siempre quiere que golpeemos a tu puerta  
mostrando el desastre que somos al recordarte.

A mí me basta con saber  
que una mujer abandonó tu casa  
azotada de rabia por tu erección a medias.



No quiero que seas feliz con otra  
ni aunque yo no pudiera ser la felicidad tuya:  
de este espanto de ser humano te enamoraste.

Yo te juro y tengo la certeza  
de que hay jinetes que cabalgan cada noche  
sobre nuestros cuerpos.

## Gracias

*A María Isabel, Pedro y Liz*

Resiste como si fuese un mandato escrito en la Constitución  
perdido entre la sociedad de la antipatía  
por la que vos te desvelas y te rompes la cabeza  
repleta de ideas para un pueblo indolente.

Besa como si todos quisieran responder al beso  
que la madre suelta en la frente del hijo  
cuando sale a pelear por los derechos  
resquebrajados por dictaduras encubiertas.

Llora por la niña madre que confía en tu corazón potente  
a la que le han burlado la ley y el padre  
que la tocó sin que ella comprendiera  
los destrozos dinamitados de un mundo enfermo.

Sana a los nuevos lanzapiedras  
y diles que desde adentro todo es fragua  
como la canción que fue compuesta  
el día en el que creíste que la muerte te alcanzaba



## **Isabel Ochoa (1987)**

Poeta, de un solo y auspicioso libro.

## Tu mano

Voy abriendo tu mano  
—analizándola—  
como a un dinosaurio desnudo  
de cinco piernas  
de cinco sexos

la siento temblar  
vibrar como una orgía fértil  
apegada a mi cuerpo

resbalosa, acuática  
tu mano rosadísima

nadando en el agrio  
húmedo  
estéril

en el en necesario  
aguacero íntimo

## La turquesa

Cuando hablo con la Turquesa  
de los cuentos,  
de la inmensa necesidad de acariciar sus pestañas  
de desenredarlas

las ganas ilusas, un poco torpes  
por momento bárbaras  
de masticarme su pubertad hasta hacerla sangre  
hasta hacerla de carne y manzanas

hago relucir mi hambre que es de pájaros  
de delgados fantasmas sentados en su falda  
de sus naturalezas varias  
que muy a lo lejos, me entusiasman.

Cuando la Turquesa baila con nadie  
arrastrando los pies hacia todos lados  
como alfiler guiado por mi aliento  
haciéndose espuma entre la playa,  
busco sus manos  
que como hebras indóciles se alojan zurdas  
sacando del bolsillo un pañuelo  
una mariposa, un cielo con ojos.

Su cara lúcida  
sus ojos como dos puntos  
perdidos en la leche etílica de las nubes

cuajados de mareo  
de comas vulgares  
la toco, la escucho  
volviéndome lentamente sorda  
su voz de golondrina. una voz con plumas  
que repite mi nombre de manera turquesa  
¡tan turquesa;

hasta hacerme resbalosa  
hasta necesitarla  
hasta necesitarte de nuevo Turquesa.

## **Cíclopes en la tierra**

Produciendo el mismo aliento  
el mismo sonido unipolar absoluto  
abrimos las bocas

los ojos como agrandados, turbios  
justifican la ausencia de las narices  
parpadeos celestes  
delirantes y tibios

los cuerpos que se alargan  
tendidos como metros sebosos  
de plastilina morena  
como escuálidos precipicios

llevándonos las caras juntos hasta lo alto  
derribamos  
como madejas de fideo  
un plato de mermelada

en una misma viscosidad  
somos un polígono rancio  
furioso, repleto de cartas idénticas.



## **Un trozo de hilo**

flota en agua  
amarrándose  
y desamarrándose  
como un cordón de zapato  
que busca el nudo preciso  
para colgarse.

## La mosca

Apropiándose  
de la punta de mi lápiz  
la mosca sienta sus piernas  
*(medias de nailon estampadas  
que acaban en zapatillas de color de acero)*

hago girar el lápiz,  
poniéndola boca abajo  
boca arriba.  
la mosca me mira  
mientras se acaricia el pelo  
y se quita las alas,

su cuerpo de pluma negra  
se vuelve una silueta de lana  
flaca y metódica,  
latente de contrasentido  
que va desfigurándose  
como el delicado brazo de un segundo  
acribillado con la ferocidad del puntero.

## **Anomalía**

Frente a la blanca sábana de la distancia  
la oscuridad se vuelve más tenue cada vez  
la ambivalencia de los seres que perduran  
es lento presagio de insospechados lutos

Yo me siento a contemplar las calderas  
sobre planchas de madera oxidada por la bruma  
sólo espero que mañana los almacenes abran  
y la gente pueda seguir comprando las ideas  
de necesidades y futuros

Como envidio tanto a ellos como a los mercaderes  
porque desde mi puesto no estoy exento del engaño  
no habito en un albergue ni en un retiro forzado  
y sólo me senté por el cansancio de tanto paseo

Las personas siguen recorriendo la vida  
y ya no importa tanto si la fruta viene del campo  
o del supermercado  
lo más importante es que haya donde conseguirla  
el futuro es una masa de promesas y decepciones  
servidas sobre un mantel que no pertenece a ninguna mesa

Me cubro con la sábana de nuevo  
no porque haga frío sino por no estar a gusto  
a veces protegerse y esconderse no es la misma cosa  
aunque de lejos parezca que nos ocultamos de todo

Y aunque crea que lo mejor es seguir caminando  
no importa para qué ni por donde ni cómo  
me sentaré un rato más a ver crecer las manzanas  
antes de regresar  
inevitable  
a hacer fila por ellas en el supermercado



## **Camila Peña (1994)**

Poeta, radiodifusora, bailarina, obtuvo un justo reconocimiento con su primer poemario. Está a punto de sacar el segundo.

Se acercan unas alas gastadas, un azul brillante a punto de expirar. Entre el verde que calma, es una muerte suave: la realidad absurda de las flores<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Errores de ruta y después el descenso al lugar más perfecto. Pulmones con tierra. Respira aquí. Eso que ves, las partículas doradas. Te hablaron de una piedra de la locura: mordiste.

El primer jardinero  
tiene voz de mujer,  
viste una túnica de alas quemadas.



No se dirá nada de los crujidos de su espalda porque puede querer usar la boca para decir la herida. El niño cruel escapa para reír. Cuando toca otras manos descubre que puede sanar.

La tierra invisible transforma los cuerpos.

Jardinera yo, niña pájaro, mujer, hombre del mundo que  
camina por la hierba dejando un hilo de sangre.

Mientras alguien grita. Yo lloro. Mientras alguien grita.  
Yo río.

Más allá de mi nombre se encuentra lo inexistente. La cosa se muestra: cordada es la hoja en forma de corazón. Paso mis dedos por sus líneas. La hoja es el silencio que precede a la palabra, su nombre el momento presente que se funde con mi centro<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> La llegada de los lobos es el único posible inicio del poema

## **Juan Fernando Bermeo (1989)**

Poeta, cuentista, gestor cultural, editor, catedrático, músico, amante de los juegos inteligentes, es una de las voces preponderantes del panorama poético local.

## Cinco percepciones de agosto

1

Me convierto poco a poco en ese ser que transita entre los miedos de los niños y jóvenes.

No es un acto de transmutación, sino de sinceridad. Cuando era el amante de cobija unilateral y flores a la puerta, temía que llegase una de esas sombras que te hacen dejar

de suspirar por un beso, por un encuentro. Huí muchas veces de la idea de que se debe

amar para siempre a la persona que niega a cambiarse de piel con el tiempo, temí incluso

estar sentenciándome a mí mismo con la premisa. Pero cubierto de porquería, escucho

los rumores de la gente que me señala como la violenta representación del desamor y

el descaro. Yo abrazo esta piel que me crece debajo, le abrazo fuerte porque sé que en

mucho tiempo podría ser lo único sincero que se aferre a las comisuras de mis brazos. En

el reflejo del charco de gargajos que me regaló la sociedad, apenas puedo identificarme.

La sonrisa sincera que se imprime en mi rostro me delata.

2

El amor siempre es más complicado que lo que te dicen los libros, pero más sencillo que lo que te dice la conciencia. Una sábana compartida, un par de manos que se entrelazan a espaldas del mundo, una pareja que duerme en una cama con más gente y que aprovecha para besarse entre las oscuridades varias del alcohol y la noche son todas señales de que entendiste mal esa clase que te dio el curita en la escuela, son las señales de que todos lo entendieron mal (posiblemente, hasta el cura). El desamor se distingue más por la crudeza de los hechos. Es más fácil ver una paloma estrellada en una pared si esta es blanca y contrasta con la sangre de la derrota anticipada. Cuando pensemos que el dolor resulta de una decisión mal tomada, es necesario que detenerse a considerar que, a lo mejor, el error venía desde más atrás. Quién está enamorado no se deja llevar de otras miradas. Reclaman las abuelitas a los nietos que tienen más de una novia, como si fuera tan fácil dejar el cigarrillo encendido, tambaleándose entre el cenicero y la carpeta de mimbre que se quemará al contacto. Siempre estamos jugando con más de un equipo, pero es mejor ponerse una camiseta, para que le duela al público cuando esta sea

reemplazada por otra, en alguna compra de pase o en algún cambio de corazón.

El dilema no está en el beso, sino en el cambio de labios. Si los sentimientos son iguales o más fuertes que antes, sabrás, muy en el fondo, que el cambio empezó hace rato y que transmutar de una mirada a otra no es un acto sencillo, pero sí letal. El daño que tu cabeza experimenta cuando ves el alma de un mortal volverse humo frente a tu boca es irreparable, como si alguien te dijera al oído, el resto de tu vida, que puedes correr a ese horizonte y que llegarás para la cena con una puntualidad envidiable. Aunque los labios y los genitales hayan conseguido retozar como tostándose en el tiesto de las buenas costumbres, la carencia de este humo (pequeña esencia en llamas consumida dentro del suspiro) solo puede significar que algo dentro murió, que algo dentro de ambos, necesita repuesto. 4 Todo es mi culpa, aunque me iba a casa con las manos secas y el corazón alquilado. Si se buscó o no la excomunión de la iglesia de las buenas parejas, honradas, fieles y bendecidas por Dios, escapa a la realidad que se ha vertido ya sobre un razonamiento que se quedó corto frente a la avalancha de sensaciones. Tengo la culpa por no verlo venir antes, tengo la culpa por haber permitido que mi cabeza abra el cerramiento, tengo la culpa

por no haber puesto  
un candado o una cadena que dijera a los foráneos que la propiedad  
privada empieza desde  
la señal y no desde el corazón desnudo que agoniza unas cuerdas más  
allá. La transformación  
está llegando a su fin y ahora tengo frente a mí dos habitaciones que se  
ven cómodas, pero  
las trampillas que encerrarán mis piernas en una de ellas me invitan a  
escoger. Que alguien  
le diga a la sociedad que detesto las elecciones, que alguien le diga a la  
vida que, desde antes  
de ser culpable, la decisión ya estuvo tomada, pero nadie se molestó en  
avisarme. 5  
La transformación está completa. Somos ahora un producto mixto entre  
la podredumbre  
del ser humano y su propia naturaleza incomprensiblemente buena,  
disfrutable. Hay peores  
cosas que escupir al cielo; cuando a uno ya le han dado escupiendo, la  
cara recibe el gargajo  
como a un viejo amigo, incluso lo espera. Tal vez solo me cansé de  
vomitar teamos, esperando  
retribuciones y no aplausos. Y aquí, en otra piel, rodeado de miseria,  
desaprobación, odio,  
arrepentimientos varios y una terrible sensación de terror que supuran  
las paredes y ojos  
en este nuevo estadio; aún aquí, lo único en lo que puedo pensar ahora,  
irónicamente, es en  
lo feliz que me hace esa sonrisa, la que provocó todo.  
Y también sonrío, ya sin vergüenza.



La duda no diferencia a quienes firman su testamento:  
la muerte es ineludible como la vida

La deuda corre las mismas praderas en las que nosotros cosechamos  
y no se irá lejos

Así, finalmente, pagaremos a la gran madre  
en otro tipo de efectivo

El legado,

lo escrito,

su concepto;

es el mejor repechaje

que hemos disputado

contra la muerte

y, a veces,

contra el olvido

Playa Escondida

*A Carito P., con amor y convicción*

Qué diferente ha sido el mar con un propósito  
que no deja de ser otra forma de decirte

Que me encanta que te guste dormir y las golosinas por sobre existir, como  
a mí

Que aún no entiendo cómo amas tan bien mi piel si no comes carne  
Que las migas de galleta sobre la sábana se quedan porque también  
quieren

probar un poquito de tu cuerpo

Que siempre es un buen momento para los besos, porque son como la  
pizza y

siempre es buen momento para la pizza

Que admiro la capacidad que tienes para escucharme con atención, a pesar  
de

lo difícil que es frenarme al parlotear

Que, así mismo, la admiración puede ser mutua y que, en la vida, la  
competencia

hay que dejársela a los competidores; nosotros funcionamos mejor en  
Equipo

Que es lindo escribir cuando sabes que alguien pagará con gusto el  
sufrimiento de leer, porque miente el que no quiere otro fin para sus  
textos

Que me divierte el intentar comprender cómo las arañas deben huir de tu  
mirada, pero a la vez no soportas que la falta de recursos te prive de  
construir

ese refugio gigante en el que todo animal abandonado sería feliz

Que ahora sé que la pasión por los gatos y los musicales son una buena  
idea, en

la mayoría de casos

Que los vuelos compartidos también pueden ser marítimos y terrestres, si  
estamos juntos  
Que ha sido lindo conocer otros países, sobre todo, cuando el viaje empieza  
entre nuestros dedos  
Que, si no te veo, me duele extrañarte más de lo que el reloj del ego deja  
pasar  
al ir hacia atrás  
Que me encantan los delfines y todo lo que el océano ha traído hasta mi  
playa  
Que a veces me asusta esta violencia repentina con la que siento que me es  
imprescindible tu presencia  
Que me es imprescindible el amarte

Que no deja de ser otra forma de decirte  
Quédate  
que yo me quedo

## **Los árboles no tienen sentido del humor**

Un programa de computadora no representa mis sentimientos

Una película de comedia de segunda clase no demuestra la realidad de mi barrio

Una antena para cable satelital no reparará la gotera de mi techo

Está clara cuál es la solución y cuál el problema

Causa y efecto

Sonrisa carmesí y carretera azulada

La literatura no podrá salvar a nadie si no pudo rescatarse a sí misma de la sórdida industria

Ya a los Poetas no les interesa los romances entre sus textos y las máquinas de escribir

Las canciones son visiones caramelizadas con brutal crudeza sobre las calles blanquecinas

Y el furor del ruido de la turba hace de sordina para el silencio ocaso de las ideas futuristas

Pero este no es un texto de crítica a la tecnología

(el ser humano es el único ente que entenderá esto o tal vez ni él)

Ni siquiera es un tratado de la pobreza caligráfica  
de los que somos casos de estudio

El camino de esta urbe de plata sólo puede indicarnos  
que el vacío ya está lleno  
más solitario que nunca  
La contradicción es lo que se vuelve ironía  
La ironía es lo que da risa  
Una risa sí podrá hacer la diferencia

El humor es esa franja que oscila entre la tierra del silencio  
y el cielo del conflicto  
La ironía indeleble del humor es ser una sensación humana  
como la muerte

Así que cuando pienses que la culpa es de la tele  
reflexiona sobre la letanía que señala como único culpable  
al tipo con el control remoto, que aún se retuerce en su mano  
y ríe

## **Cementerio de espadas**

Esta Necrópolis que hoy nos llama  
no es sino los subterfugios de nuestra ira  
cuando comenzamos a enterrarnos desde abajo  
debimos saber que los caminos se volverían estrechos

Ahora estamos en este desierto gélido  
donde las tormentas de arena se ahogan en el concreto  
podemos ver y tocar a nuestro alrededor la furia  
el aplastante tornado compuesto de ideas no nacidas

Caminamos con sueños con espadas  
penitentes frente al cadáver del tiempo  
somos también la llave que se antoja ley y voto  
esculpido corazones en los inquebrantables vacíos

Creemos que dolemos e importamos en las vísceras  
cuando donde realmente arde es en el alma  
Le inventamos culpas a la música y miedos al arte  
y siempre somos nosotros los heraldos inconformes

Así, en este inhóspito valle de dudas  
levantamos edificios entumidos en grava  
con construcciones grises y banales  
queremos ver la película sin apagar la luz  
simulando que no somos otra cosa  
que la porción del mundo que conocemos

El panorama también ha visto días mejores  
pero luego de la guerra difícilmente veremos  
más que lo que callan las rocas

para ocultar la realidad que nunca estuvo escondida:

Somos solo espectadores  
en esta proyección infinita  
donde prestamos oídos  
a una película de cine mudo

En este cementerio que galopa bien dentro del alma  
de la ciudad  
sólo quedan espadas sin dueño y sin nombre  
columnas ensangrentadas que soportan una sociedad  
que no reconoce lo que la muerte ha creado  
para que ellos vivan

# Contenido

<b>LOS BARDOS. ESTUDIO CRÍTICO</b>	<b>9</b>
<b>“SALUD A LA ESPONJA” Y ONIRIA CÍA. LTDA.</b>	<b>21</b>
Galo Alfredo Torres (1962)	22
César Molina Martínez (1965)	28
Cristóbal Zapata (1968)	30
Franklin Ordóñez (1973)	38
Juan Fernando Auquilla (1973)	40
Alexandra Vásquez Fárez (1973)	42
María Paula Martínez (1977)	43
Sebastián Endara (1978)	44
Juan Carlos Astudillo, “Tuga” (1979)	46
Juan Antonio Serrano (1979-2012)	51
Pedro López (1979)	55



Ángeles Martínez (1980)	57
Yessenia Espinoza (1983)	60
Sebastián Lazo (1982)	61
José Corral (1985)	66
Jorge Aguilar (1986)	70
Isabel Ochoa (1987)	71
Verónica Neira (1987)	72
Juan Fernando Bermeo (1989)	73
Isabel Aguilar (1988)	75
Guillermo Gomezjurado (1993)	77
Camila Peña (1994)	78
Conclusión	80
<b>GALO ALFREDO TORRES (1962)</b>	<b>84</b>
Bocas	85
<i>Esprit de corps</i>	87
Variación sobre un tema de Shakespeare	89
Correo para poetas	90
Balada para una mujer sola	92
Visita de la cruz	94

Bóvedas	95
Drama con bodegón	96
<i>Grande finale</i>	98
Soñar con el corazón	99
Retrato móvil de Sísifo Cajilima	100
<b>CÉSAR MOLINA (1965)</b>	<b>102</b>
<i>Catholic splendor</i>	103
Estoicos	104
El cruce	105
<b>CRISTÓBAL ZAPATA (1968)</b>	<b>108</b>
<i>Plein soleil</i>	109
Geodesia	112
No hay naves para Lesbos	113
Stone	116
Plegaria del fauno	117
Poema de adviento	118
Conjugaciones	119
La miel de la higuera	120
De la cartografía	121

De la alfarería	122
Luego / todavía	123
<b>FRANKLIN ORDÓÑEZ (1973)</b>	<b>124</b>
Jerusalén de Jesús	125
El jardín de las delicias	126
Dios bárbaro	127
Esperando a Aquiles	128
Canto del sháman	129
La lengua de la piel	130
<b>ALEXANDRA VÁSQUEZ (1973)</b>	<b>132</b>
Ángel	133
Agua	134
<b>JUAN FERNANDO AUQUILLA (1973)</b>	<b>136</b>
Ciudad nómada	137
IV	141
V	142
<b>SEBASTIÁN ENDARA (1978)</b>	<b>144</b>
Poesía para insomnes	145
En el más cercano límite del cataclismo	151

<b>JUAN ANTONIO SERRANO (1979–2012)</b>	<b>152</b>
Primero inmortal	153
Banal es cualquier cosa	154
Ni adivino ni rey	155
Piano	156
Red red wine	157
<b>JUAN CARLOS ASTUDILLO (1979)</b>	<b>160</b>
15	161
breviario	162
derramado	163
la Razón de la Ira...	164
El vértigo del nido	165
libertaria...	169
8.-	175
<b>ÁNGELES MARTÍNEZ (1980)</b>	<b>176</b>
Infodio	177
Erótico	178
Razón de olvido	180
Sin metáforas	181

Estudios sobre la violencia	182
Advertencia	184
<b>PEDRO LÓPEZ (1979)</b>	<b>186</b>
Testimonio de un peatón que odiaba los relojes	188
Insomnio	189
Sollozos rezagados	190
Daddy	191
<b>SEBASTIÁN LAZO (1982)</b>	<b>194</b>
<b>YESENIA ESPINOZA (1983)</b>	<b>204</b>
Ella	205
<b>JOSÉ CORRAL (1985)</b>	<b>208</b>
El nombre que todos buscamos está en la ceniza	209
Deceso heroico con vista al cénit	211
Tour errante	212
Serena	213
El tiempo embebido	216
<b>JORGE AGUILAR (1986)</b>	<b>218</b>
<i>Benedicite ignis</i>	219
1 Hijo de la rama de oro	222

2. Hijo de la piedra fangosa	223
<b>VERÓNICA NEIRA (1987)</b>	<b>226</b>
<b>ISSA AGUILAR (1988)</b>	<b>228</b>
Poetitas de mi tierra	229
Allá donde las morales son más altas que las cúpulas	231
Piel en llamas	234
Es julio 18, mi amor	236
Desde el multivértigo	237
No todos los gringos son malos	239
De por qué todos los síntomas de subestimar son tristes	240
Gracias	242
<b>ISABEL OCHOA (1987)</b>	<b>244</b>
Tu mano	245
La turquesa	246
Cíclopes en la tierra	248
Un trozo de hilo	249
La mosca	250
Anomalía	251
<b>CAMILA PEÑA (1994)</b>	<b>254</b>

<b>JUAN FERNANDO BERMEO (1989)</b>	<b>260</b>
Cinco percepciones de agosto	261
Los árboles no tienen sentido del humor	268
Cementerio de espadas	270







Este Libro se terminó de imprimir  
el mes de noviembre del año 2022 en el  
PrintLab de la Universidad del Azuay  
Con un tiraje de 300 ejemplares.



DIRECCIÓN GENERAL DE  
CULTURA, RECREACIÓN  
Y CONOCIMIENTO



Casa T.T.  
Editorial

Dirección Municipal de Cultura,  
Recreación y Conocimiento



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa   
Editora

ISBN: 978-9942-847-57-7



9 789942 847577